



MESSI
ES UN PERRO
Y OTROS CUENTOS

HERNÁN
CASCIARI

orsai



Hernán Casciari nació en Mercedes, Buenos Aires, en 1971. Fundó la Editorial Orsai y dirige la revista del mismo nombre. Publicó las novelas «El pibe que arruinaba las fotos» y «Más respeto que soy tu madre»; los libros de cuentos «España decí alpiste», «El nuevo paraíso de los tontos», «Charlas con mi hemisferio derecho», «Messi es un perro» y «El mejor infarto de mi vida»; y los libros de historietas «Doce cuentos de verano» junto a Horacio Altuna y «Papelitos» junto a Gustavo Sala. Sus libros han sido traducidos a varios idiomas. Hasta septiembre de 2010 fue columnista de opinión de los periódicos El País (España) y La Nación (Argentina), a los que renunció para embarcarse en proyectos propios. En 2012 empezó a leer sus cuentos en las radios Vorterix y Metro; el éxito de esas lecturas hizo que comenzara a hacerlo en teatros y más tarde en la televisión. Protagonizó «Una obra en construcción», junto a personajes reales de sus cuentos; «Tragedias» con Zambayonny, «Comedias» con Fabiana Cantilo y «Nostalgias» con Cucuza Castiello. Recibió el Premio de Novela en la Bial de Buenos Aires (1991), el premio Juan Rulfo (París, 1998) y el premio de la Deutsche Welle al mejor blog del mundo (Berlín, 2005). En 2000 se radicó en Barcelona. Tuvo un infarto y nació de nuevo en Montevideo en diciembre de 2015. A causa del susto, desde 2016 vive en Buenos Aires.

MESSI
ES UN PERRO
Y OTROS CUENTOS

MESSI
ES UN PERRO
Y OTROS CUENTOS

HERNÁN
CASCIARI

orsai

«*Messi es un perro y otros cuentos*»

2015, Hernán Casciari

hernancasciari.com

casciari@gmail.com

Ilustración de portada: Horacio Petre

ISBN: 978-84-15525-09-7



El PDF de este libro fue liberado por su propio autor y lo descargaste de internet sin cometer ningún delito. Si su lectura te hace sonreír o emocionar, pensá que podría ser un buen regalo para alguien (y queda feo regalar un PDF para un cumpleaños). Podés comprar este libro en papel desde *hernancasciari.com* y el autor te lo enviará a la dirección que indiques, dedicado con fingido cariño.

La mayoría de estas historias, antes de ser escritas, fueron soportadas oralmente por mi primo William, de gran paciencia.

A él dedico este libro.

Índice

Prólogo	9
Competencia oficial	19
Messi es un perro	21
10.6 segundos	29
La trampa de McCracken	47
Diario íntimo del Mundial	53
Escupir el asado.....	91
Competencia personal.....	109
La revancha	111
El segundo cajón	123
La batalla del movimiento.....	131
Un belga en casa.....	139
Nuestros dominios	151
La estrategia del banderín.....	159
Papelitos.....	169
Fuera de competencia	183
Los jefes, los empleados.....	185
Una alarma inesperada	195
Protocolo en el subsuelo	205
Algo para recordar.....	215
Basdala	225
Gaussian blur	241

Nota del autor: Escribí los relatos que componen este libro entre 2010 y 2014, mientras dirigía la revista Orsai. Nueve de ellos aparecieron allí; los otros solo en el blog. En todos los casos, preferí mantener las referencias temporales. (H.C.)

Prólogo

En la solapa izquierda de este libro dice que nací en Mercedes en 1971, pero todo lo que sigue es relativo o fragmentario. Nadie es como informa su biografía. En realidad, nadie es de una manera única o lineal. ¿Quién soy realmente? Pero sobre todo, ¿quién debería explicarlo?

Las biografías estándares dicen qué libros escribimos, qué premios ganamos y otro montón de luces de colores; pero nunca explican a quiénes hicimos daño o qué piensan de nosotros los que nos desprecian. Si en lugar de personas fuésemos gobiernos, nuestras biografías serían un medio oficialista vergonzoso. Una mirada obsecuente sobre nuestra propia gestión.

Esto ocurre porque, en general, a las biografías las redactamos nosotros mismos en tercera persona del singular —*nació, estudió, obtuvo*— y le hacemos creer al lector que fue redactada por otro, por un escribano neutral de bigote sardina.

Pero no; son nuestros dedos los que teclean, en noches que después nos van a hacer poner colorados. Y a veces es todavía peor, porque dejamos que la redacte el departamento de marketing de la editorial que nos publica.

En la solapa de mis primeros libros, cuando los editaba *Mondadori*, decía: «Hernán Casciari es el escritor virtual más leído en lengua española». Tardé mucho en sentir vergüenza por ese engaño. Al principio los dejé mentir y hasta me sentí orgulloso de la frase, incluso sabiendo que no existe ninguna estadística seria que lo certifique.

Ahora por suerte esos libros están descatalogados, y las reediciones de mis novelas y cuentos en *Editorial Orsai* no llevan esa línea curricular patética (El primer volumen de cuentos sí, y no me lo perdono.) Dos por tres recuerdo que hay gente que tiene libros míos en sus bibliotecas con esa frase en la solapa, y siento vergüenza en retrospectiva.

Además, ¿qué significa eso de escritor *virtual* más leído? Suena bastante a premio consuelo. La editorial quería venderme de un modo importante, sospecho ahora, pero yo no tenía mayores méritos, y entonces debieron agregar la variable *online* que les mejoraba el recuento de votos.

Esta triquiñuela semántica me hace acordar a una costumbre de Chichita, mi madre, cuando yo era chico. A ella le encantaba contar frente a los demás mis hazañas, pero como yo no tenía muchas virtudes debía maquillarlas un poco.

Una tarde, frente a un montón de parientes, Chichita dijo: «Y un aplauso para Hernán, que en los exámenes de matemáticas de todo cuarto grado quedó ubicado como el segundo mejor varón».

Yo había quedado undécimo, después de nueve chicas y Walter Fedullo, pero ella se las había arreglado para mejorarme la biografía. Por suerte mi papá (que además de sensato fue un gran humorista) dijo enseguida: «Y no solo fue el segundo mejor varón, también fue el primer mejor gordo».

Para el prólogo de este libro decidí recopilar diferentes versiones biográficas, y no solo la estándar que el lector puede ver en la solapa. Ese será mi humilde intento de ser neutral.

Elegí a tres personas de mi entorno para que ofrezcan ópticas diferentes de mi curriculum.

1. Una madre. Chichita escribió hace años un comentario en mi blog, a raíz de mi cumpleaños número cuarenta; ese texto me pareció adecuado como biografía a favor. 2. Un amigo. Llamo al frente a Chiri, que en 2008 ayudó a presentar mi segundo libro en un teatro de Buenos Aires. Un fragmento de su coloquio servirá como biografía oficialista. 3. Un abuelo. En este caso, el materno. Un hombre al que decepcioné de principio a fin. Este último texto es el único falso (es decir, lo escribí yo mismo en ausencia del protagonista, que está muerto). Pero juro que lo hice con las palabras exactas que él usaba en vida para describirme. Los dejo con estos tres mosaicos de mi rompecabezas personal.

Biografía según una madre

Hernán Casciari, también llamado «mi gordo», nació un 16 de marzo de 1971, que era lunes. Habíamos pasado un hermoso domingo de marzo en la quinta de mis suegros. Estábamos todos en familia y entre amigos, esperando la llegada del primer hijo, el primer nieto, el primer sobrino. Él parecía estar muy cómodo donde estaba, porque no quería salir.

Aumenté veinte kilos durante todo mi embarazo. ¡Una barbaridad! Mi médico, el doctor Rebagliatti, me había dicho que podía haber un error en la fecha. De todos modos, si para el 16 no pasaba nada, me inducirían el parto.

Nuestro amigo Peti, que estaba con nosotros en la quinta, me llevó en su Citroën amarillo a buscar una pelota para jugar en la quinta. Cuando pasábamos por las vías lo hizo a mucha velocidad. «Vas a ver como así vas a tenerlo», me dijo.

Y tuvo razón. A las seis de la tarde empecé con dolores muy fuertes, y así estuve hasta la una de la mañana. Me internaron y decidieron hacerme cesárea, porque el bebé estaba atravesado, y así siguió toda la vida.

«Nació un varón —dijo el doctor Russi—, y qué grande es: cuatro kilos setecientos». Ninguna de la ropita que pacientemente le había tejido le entró. Las abuelas tuvieron que salir corriendo a comprarle ropa. Extasiada por todo lo que pasé, yo solo quería dormir. Pero el doctor Russi me dijo: «No, el hijo

debe estar con la mamá», y me pusieron al lechón sobre el pecho.

Lloraba tan fuerte que parecía un bebe de cinco meses. Roberto y yo estábamos felices: había nacido por fin nuestro primer hijo, el 16 de marzo a la una y cincuenta de la mañana; lo llamaríamos Hernán. Casualidad o no, un 16 de marzo de cuatro años antes Roberto me había declarado su amor por carta.

A partir de ese día supe que ya nunca más descansaría de noche como lo hacía antes. Y supe también que el gordito era único. Todo lo que me hizo sufrir después, lo curaba una sonrisa suya. Así fue antes y también así es ahora, porque imagino su sonrisa y se me borran todos los dolores.

Biografía según un amigo

Hernán Casciari nace en Mercedes, en 1971, pero yo lo veo por primera vez en 1977. Tengo siete años, a lo mejor ya cumplí los ocho. Vuelvo en bicicleta de la casa de mi abuela por la calle Treinta y Cinco y hay un grupo de chicos, en silencio, que escucha una melodía triste y dulzona. La melodía brota de un pequeño acordeón a piano. El que está detrás del instrumento es un gordito engominado para atrás, que gesticula emocionado mientras avanza la melodía y sus manos acarician el teclado. Me alejo del lugar un poco triste porque quiero quedarme con esos chicos; pero no los conozco.

Si lo pienso un poco, no es raro que el primer

recuerdo que tenga de él sea ese. Hernán en el centro de la escena, cautivando a sus amiguitos. Siempre fue igual.

Ya en la primaria las maestras elegían sus redacciones para leer en voz alta, y nosotros esperábamos ese momento porque nos divertía. Una vez en quinto grado la señorita Nélide nos pidió que completáramos una historia a partir de esta consigna: «los exploradores apartaron las ramas, y detrás apareció la ciudad perdida».

Toda la clase continuó con la historia de los exploradores. Hernán se quedó en las ramas, contando cómo dos hormiguitas cayeron al vacío a causa del manotazo de un explorador. En ningún momento mencionó la ciudad perdida. Las únicas protagonistas del cuento fueron esas dos hormigas.

Hernán era un nene que escribía de verdad, como los escritores de los cuentos que a mí me gustaban. Podría profundizar en otras cuestiones, pero no quiero ponerme sentimental. Sí quiero dejar en claro que quienes lo conocemos de chico siempre supimos de algún modo que, tarde o temprano, iba a ser escritor. Era inevitable.

Biografía según un abuelo

Mi primer nieto no nació en San Isidro, como le pedí a la madre, sino a cien kilómetros de mi casa; esto explica en parte que haya salido tan pelotudo. No sirvió de mucho el amor que le brindé mientras

crecía. Fue el primero de mis nietos; le saqué miles de fotos en la infancia y deposité en él mis ilusiones de abuelo. Pero algo fallaba en su personalidad.

Le dije varias veces a la madre que ese chico iba a necesitar las riendas cortas, pero en su casa nadie se las puso. Ni mi hija, por demasiado compasiva, ni mucho menos mi yerno Roberto, un buen muchacho pero incapaz de pegar un golpe sobre la mesa.

Por culpa de esta educación informal, que muchos creen que es *moderna*, a Chichita los dos hijos les salieron torcidos: el varón un drogadicto, un roñoso, un bufón de circo, y la más chica se tuvo que casar embarazada muy joven. Yo estuve a punto de no ir a ese casamiento; me dolía en el alma que mi nieta arruinara su futuro.

Pero fui, porque algunas cosas en la vida hay que hacerlas. Y en ese salón de fiestas vi la decadencia de mi nieto mayor. Él tenía entonces más de veinte años, estaba gordo, con un traje prestado que le quedaba corto de mangas, en una mesa con otros impresentables. Había un amigo suyo con el que era carne y uña —se llama Chupi, o Chipi— y este amigo le tiraba aceitunas de una punta a la otra de la mesa. Mi nieto las cazaba al vuelo, con la boca abierta.

Se me encogió el corazón de tristeza al verlo, pero sobreviví un tiempo a esa noche. Supe algunos otros dislates sobre su vida: que escribía o quería ser escritor, que se escapaba por las madrugadas de los departamentos donde vivía para no pagar el alquiler,

que fumaba y no creía en Dios, que a veces no tenía domicilio fijo, que apostaba.

Su madre jamás me informaba estas cosas, yo las sabía porque paraba la oreja en las conversaciones; Chichita se cuidaba mucho de contarme lo malo, únicamente me informaba sobre algún logro literario del hijo.

Tampoco creo que eso fuese cierto: yo leí algunos cuentos de mi nieto, en una breve época que vivió en mi casa, y me decepcionaron muy mucho. Escribía groserías, había temas sexuales y casi ningún valor ético a resaltar.

Puedo hablar sobre él solo hasta el momento de mi muerte, a finales del siglo pasado. Desconozco qué habrá hecho después. Solamente sé que no estuvo en mi entierro y que la última vez que pensé en él, antes de morir, vino a mi memoria aquella escena del casamiento: a mi nieto, a Hernán, alguien le tiraba aceitunas verdes como en un circo, y él las atrapaba en el aire, haciendo un sonido gutural con la boca. Cada vez que tragaba una, los otros drogadictos de la mesa le aplaudían la gracia.

Eso es todo lo que puedo decir sobre él.

Que Dios lo ayude.

Competencia oficial

Messi es un perro

La respuesta rápida es por mi hija, por mi esposa, porque tengo una familia catalana. Pero si me preguntan en serio por qué sigo acá, en Barcelona, en estas épocas horribles y aburridas, es porque estoy a cuarenta minutos en tren del mejor fútbol de la historia. Quiero decir: si mi esposa y mi hija decidieran irse a vivir a Argentina ahora mismo, yo me divorciaría y me quedaría acá por lo menos hasta la final de la Champions. Y es que nunca se vio algo parecido adentro de una cancha de fútbol, en ninguna época, y es muy posible que no ocurra más.

Es verdad, estoy escribiendo en caliente. Redacto esto la misma semana en que Messi hizo tres para Argentina, cinco para el Barça en Champions y dos para el Barça en Liga. Diez goles en tres partidos de tres competiciones diferentes.

La prensa catalana no habla de otra cosa. Durante un rato, la crisis económica no es el tema de inicio en los noticieros. Internet explota. Y en medio de todo esto a mí me acaba de pasar por la cabeza una teoría extraña, muy difícil de explicar. Justa-

mente por eso intentaré escribirla, a ver si termino de darle vuelo.

Todo empezó esta mañana: estoy mirando sin parar goles de Messi en Youtube, lo hago con culpa porque estoy en mitad del cierre de la revista número seis. No debería estar haciendo esto.

De casualidad hago clic en una compilación de fragmentos que no había visto antes. Pienso que es un video más de miles, pero enseguida veo que no. No son goles de Messi, ni sus mejores jugadas, ni sus asistencias. Es un compilado extraño: el video muestra cientos de imágenes —de dos a tres segundos cada una— en las que Messi recibe faltas muy fuertes y no se cae.

No se tira ni se queja. No busca con astucia el tiro libre directo ni el penal. En cada fotograma, él sigue con los ojos en la pelota mientras encuentra equilibrio. Hace esfuerzos inhumanos para que aquello que le hicieron no sea falta, ni sea tampoco amarilla para el defensor contrario.

Son muchísimos pedacitos de patadas feroces, de obstrucciones, de pisotones y trampas, de zancadillas y agarrones traicioneros; nunca las había visto a todas juntas. Él va con la pelota y recibe un guadañazo en la tibia, pero sigue. Le pegan en los talones: trastabilla y sigue. Lo agarran de la camiseta: se revuelve, zafa, y sigue.

Me quedé, de repente, atónito, porque algo me resultaba familiar en esas imágenes. Puse cada fragmento en cámara lenta y entendí que los ojos de

Messi están siempre concentrados en la pelota, pero no en el fútbol ni en el contexto.

El fútbol actual tiene una reglamentación muy clara por la que, muchas veces, caer al suelo es asegurar un penal, o conseguir que se amoneste al zaguero contrario es propicio para futuros contragolpes. En estos fragmentos, Messi parece no entender nada sobre el fútbol ni sobre la oportunidad.

Se lo ve como en trance, hipnotizado; solamente desea la pelota dentro del arco contrario, no le importa el deporte ni el resultado ni la legislación. Hay que mirarle bien los ojos para comprender esto: los pone estrábicos, como si le costara leer un subtítulo; enfoca el balón y no lo pierde de vista ni aunque lo apuñalen.

¿Dónde había visto yo esa mirada antes? ¿En quién? Me resultaba conocido ese gesto de introspección desmedida. Dejé el video en pausa. Hice zoom en sus ojos. Y entonces lo recordé: eran los ojos de Totín cuando perdía la razón por la esponja.

Yo tenía un perro en la infancia que se llamaba Totín. Nada lo conmovía. No era un perro inteligente. Entraban ladrones y él los miraba llevarse el televisor. Sonaba el timbre y no parecía oírlo. Yo vomitaba y él no venía a lamer.

Sin embargo, cuando alguien (mi madre, mi hermana, yo mismo) agarraba una esponja —una determinada esponja amarilla de lavar los platos— Totín enloquecía. Quería esa esponja más que nada en el mundo, moría por llevarse ese rectángulo ama-

rillo a la cucha. Yo se la mostraba en mi mano derecha y él la enfocaba. Yo la movía de un lado a otro y él nunca dejaba de mirarla.

No podía dejar de mirarla.

No importaba a qué velocidad moviera yo la esponja: el cogote de Totín se trasladaba idéntico por el aire. Sus ojos se volvían japoneses, atentos, intelectuales. Como los ojos de Messi, que dejan de ser los de un preadolescente atolondrado y, por una fracción de segundo, se convierten en la mirada escrutadora de Sherlock Holmes.

Descubrí esta tarde, mirando ese video, que Messi es un perro. O un hombre perro. Esa es mi teoría, lamento que hayan llegado hasta acá con mejores expectativas. Messi es el primer perro que juega al fútbol.

Tiene mucho sentido que no comprenda las reglas. Los perros no fingen zancadillas cuando ven venir un Citroën, no se quejan con el árbitro cuando se les escapa un gato por la medianera, no buscan que le saquen doble amarilla al sodero. En los inicios del fútbol los humanos también eran así. Iban detrás de la pelota y nada más: no existían las tarjetas de colores, ni la posición adelantada, ni la suspensión después de cinco amarillas, ni los goles de visitante valían doble. Antes se jugaba como juegan Messi y Totín. Después el fútbol se volvió muy extraño.

Ahora mismo, en este tiempo, a todo el mundo parece interesarle más la burocracia del deporte, sus

leyes. Después de un partido importante, se habla una semana entera de legislación.

¿Se hizo amonestar Juan ex profeso para saltarse el siguiente partido y jugar el clásico? ¿Fingió realmente Pedro la falta dentro del área? ¿Dejarán jugar a Pancho acogándose a la cláusula 208 que indica que Ernesto está jugando el Sub-17? ¿El técnico local mandó a regar demasiado el césped para que los visitantes patinen y se rompan el cráneo? ¿Desaparecieron los recogepelotas cuando el partido se puso dos a uno, y volvieron a aparecer cuando se puso dos a dos? ¿Apelará el club la doble amarilla de Paco en el Tribunal Deportivo?

¿Descontó correctamente el árbitro los minutos que perdió Ricardo por protestar la sanción que recibió Ignacio a causa de la pérdida de tiempo de Luis al hacer el lateral?

No señor. Los perros no escuchan la radio, no leen la prensa deportiva, no entienden si un partido es amistoso e intrascendente o una final de copa. Los perros quieren llevarse siempre la esponja a la cucha, aunque estén muertos de sueño o los estén matando las garrapatas.

Messi es un perro. Bate récords de otras épocas porque solo hasta los años cincuenta jugaron al fútbol los hombres perro. Después la FIFA nos invitó a todos a hablar de leyes y de artículos, y nos olvidamos que lo importante era la esponja.

Y entonces un día aparece un chico enfermo. Como en su día un mono enfermo se mantuvo er-

guido y empezó la historia del hombre. Esta vez ha sido un chico rosarino con capacidades diferentes. Inhabilitado para decir dos frases seguidas, visiblemente antisocial, incapaz de casi todo lo relacionado con la picaresca humana. Pero con un talento asombroso para mantener en su poder algo redondo e inflado y llevarlo hasta un tejido de red al final de una llanura verde.

Si lo dejaran, no haría otra cosa. Llevar esa esfera blanca a los tres palos todo el tiempo, como Sísifo. Una y otra vez. Guardiola dijo, después de los cinco goles en un solo partido:

«El día que él quiera hará seis».

No fue un elogio, fue la expresión objetiva del síntoma. Lionel Messi es un enfermo. Es una enfermedad rara que me emociona, porque yo amaba a Totín y ahora él es el último hombre perro. Y es por constatar en detalle esa enfermedad, por verla evolucionar cada sábado, que sigo en Barcelona aunque prefiera vivir en otra parte.

Cada vez que subo las escaleras internas del Camp Nou y de pronto veo el fulgor del pasto iluminado, en ese momento que siempre nos recuerda a la infancia, digo lo mismo para mis adentros: hay que tener mucha suerte, Jorge, para que te guste mucho un deporte y te toque ser contemporáneo de su mejor versión, y, trascartón, que la cancha te quede tan cerca.

Disfruto esta doble fortuna. La atesoro, tengo nostalgia del presente cada vez que juega Messi. Soy

hincha fanático de este lugar en el mundo y de este tiempo histórico. Porque, me parece a mí, en el Juicio Final estaremos todos los humanos que han sido y seremos, y se formará un corro para hablar de fútbol, y uno dirá: yo estudié en Ámsterdam en el 73, otro dirá: yo era arquitecto en São Paulo en el 62, y otro: yo ya era adolescente en Nápoles en el 87, y mi padre dirá: yo viajé a Montevideo en el 67, y uno más atrás: yo escuché el silencio del Maracanã en el 50.

Todos contarán sus batallas con orgullo hasta altas horas. Y cuando ya no quede nadie por hablar, me pondré de pie y diré despacio: yo vivía en Barcelona en los tiempos del hombre perro. Y no volará una mosca. Se hará silencio. Todos los demás bajarán la cabeza. Y aparecerá Dios, vestido de Juicio Final, y señalándome dirá: tú, el gordito, estás salvado. Todos los demás, a las duchas.

10.6 segundos

Menos de once segundos antes, cuando el jugador argentino recibe el pase de un compañero, el reloj en México marca las trece horas, doce minutos y veinte segundos. En la escena central hay también dos británicos y un hombre algo mayor, de origen tunecino. El deporte al que juegan, el fútbol, no es muy popular en Túnez. Por eso el africano parece el único que no está en actitud de alarma atlética.

Se llama Alí Bin Nasser y, mientras los otros corren, él camina despacio. Tiene cuarenta y dos años y está avergonzado: sabe que nunca más será llamado a arbitrar un partido oficial entre naciones.

También sabe que si, doce años antes, cuando se lesionó en la liga tunecina, le hubieran dicho que estaría en un Mundial, no lo habría creído. Tampoco la tarde en que se convirtió en juez: en Túnez no es necesario, para acceder al puesto, más que tener el mismo número de piernas que de pulmones.

Cuando dirigió su primer partido descubrió que sería un árbitro correcto. Fue más que eso: logró ser el primer juez de fútbol al que reconocían por las calles de la ciudad. Lo convocaron para las elimina-

torias africanas de 1984 y su juicio resultó tan eficaz que, un año más tarde, fue llamado a dirigir un Mundial.

En México le pedían autógrafos, se sacaban fotos con él y dormía en el hotel más lujoso. Había arbitrado con éxito el Polonia-Portugal de la primera fase, y vigilado la línea izquierda en un Dinamarca-España en donde los daneses jugaron todo el segundo tiempo al achique; él no se equivocó ni una sola vez al levantar el banderín.

Cuando los organizadores le informaron que dirigiría un choque de cuartos —nunca un juez tunecino había llegado tan lejos—, Alí llamó a su casa desde el hotel, con cobro revertido, se lo contó a su padre y los dos lloraron.

Esa noche durmió con sofocones y soñó dos veces con el ridículo. En el primer sueño se torcía el tobillo y tenía que ser sustituido por el cuarto árbitro; en el sueño, el cuarto árbitro era su madre. En el segundo sueño saltaba al campo un espontáneo, le bajaba los pantalones y él quedaba con los genitales al aire frente a las televisiones del mundo.

De cada sueño se despertó con palpitaciones. Pero no soñó nunca, durante la víspera, en dar por válido un gol hecho con la mano. No soñó con que, en la jerga callejera de Túnez, su apellido se convertiría en metáfora jocosa de la ceguera. Por eso ahora dirige el segundo tiempo de ese partido con ganas de que todo acabe pronto.

*

Ahora el jugador argentino toca el balón con su pie izquierdo y lo aleja medio metro de la sombra. El calor supera los treinta grados y esa sombra, con forma de araña, es la única en muchos metros a la redonda.

Alrededor del campo, acaloradas, ciento quince mil personas siguen los movimientos del jugador pero solo dos, los más cercanos a la escena, pueden impedir el avance.

Se llaman Peter: Raid uno, Beardsley el otro; nacieron en el norte de Inglaterra, uno en el cauce y el otro en la desembocadura del río Tyne; los dos tuvieron, pocos años antes, un hijo varón al que llamaron Peter; los dos se divorciaron de su primera mujer antes de viajar a México; y los dos están convencidos, a las trece horas, doce minutos y veintiún segundos, que será fácil quitarle el balón al jugador argentino porque lo ha recibido a contrapie y ellos son dos: uno por el frente y el otro por la espalda.

No saben que, una década después, Peter Raid hijo y Peter Beardsley hijo serán amigos, tendrán quince y dieciséis años y estarán bailando en una rave de Londres.

Un escocés de apellido O'Connor —que más tarde será guionista del cómico Sacha Baron Cohen — los reconocerá y, en medio de la danza, los esquivará con una finta y un regate. Lo hará una vez, dos veces, tres veces, imitando el pase de baile que aho-

ra, diez años antes, le practica a sus padres el jugador argentino.

Raid hijo y Beardsley hijo no entenderán la broma, entonces otros participantes de la rave se sumarán a la burla de O'Connor y se formará un bucle de bailarines que, en forma de tren humano, esquivará a los muchachos en dos tiempos.

Peter Raid hijo será el primero en comprender la mofa, y se lo dirá a su amigo: «Es por el video de nuestros padres, el de México ochenta y seis».

Peter Beardsley hijo hará un gesto de humillación y los dos amigos escaparán de la fiesta perseguidos por decenas de muchachos que gritarán, a coro, el apellido del jugador que diez años antes, ahora mismo, se escapa de sus padres con un quiebre de cintura.

Muy pronto Raid padre y Beardsley padre dejarán de perseguir al jugador: será el trabajo de otros compañeros intentar detenerlo. Ellos ahora permanecen congelados en medio de una cinta que el tiempo convierte, a cámara lenta, de VHS a Youtube.

Ahora sus hijos tienen cinco y seis años y no recordarán haber visto en directo el primer regate del jugador, pero al comienzo de la adolescencia lo verán mil veces en video y dejarán de sentir respeto por sus padres.

Peter Raid y Peter Beardsley, inmóviles aún en el centro del campo, todavía no saben exactamente qué ha pasado en sus vidas para que todo se quiebre.

*

Raudo y con pasos cortos, el jugador argentino trasladada la escena al terreno contrario. Solo ha tocado el balón tres veces en su propio campo: una para recibirlo y burlar al primer Peter, la segunda para pisarlo con suavidad y desacomodar al segundo Peter, y una tercera para alejar el balón hacia la línea divisoria.

Cuando la pelota cruza la línea de cal el jugador ha recorrido diez de los cincuenta y dos metros que recorrerá y ha dado once de los cuarenta y cuatro pasos que tendrá que dar.

A las las trece horas, doce minutos y veintitrés segundos del mediodía un rumor de asombro baja desde las gradas y las nalgas de los locutores de las radios se despegan de los asientos en las cabinas de transmisión: el hueco libre que acaba de encontrar el jugador por la banda derecha, después del regate doble y la zancada, hace que todo el mundo comprenda el peligro.

Todos menos Kenny Sansom, que aparece por detrás de los dos Peter y persigue al jugador con una parsimonia que parece de otro deporte. Sansom acompaña al jugador argentino sin desespero, como si llevara a un hijo pequeño a dar su primera vuelta en bicicleta. «Parecía que estuvieras en un entrenamiento, joder», le dirá el entrenador Bobby Robson dos horas después, en los vestuarios. «Ese no eras tú», le dirá su medio hermano Allan un año más tarde, borrachos los dos, en un pub de Dublin.

Kenny Sansom rebobinará mil veces el video en el futuro. Verá su paso desganado, casi un trote, mientras el jugador se le escapa.

Comenzará, en noviembre de ese año, a tener problemas con el juego y el alcohol. En la prensa sensacionalista lo apodarán «White» Sansom, por su afición al vino blanco.

Su único amigo de las épocas doradas será Terry Butcher, quizá porque ambos compartirán el eje de un trauma idéntico.

Butcher es el que ahora, cuando los relatores de radio y los espectadores en las gradas todavía están poniéndose de pie, le tira una patada fallida al jugador que avanza por su banda. Sin saber que su apellido, en el idioma del rival, significa carnicero, Butcher perseguirá enloquecido al jugador y le tirará una segunda patada, esta vez con ánimo mortal, en el vértice del área pequeña.

Terry Butcher tampoco superará nunca el fantasma de esos diez segundos en el mediodía mexicano. «Al resto de mis compañeros los regateó una sola vez, pero a mí dos..., pequeño bastardo», le dirá a la prensa muchos años después, con los ojos vidriosos.

Kenny Sansom y Terry Butcher no regresarán a México jamás, ni siquiera a playas turísticas alejadas del Distrito Federal. En el futuro, sin hijos ni parejas estables, tendrán por afición (con casi sesenta años cada uno) juntarse a tomar whisky los jueves por la noche e inventar nuevos insultos contra el jugador

argentino que ahora, sin marca, entra al área grande con el balón pegado a los pies.

*

Antes del inicio de la jugada, un hombre da un mal pase. Con ese error empieza la historia. Podría haber jugado hacia atrás o a su derecha, pero decide entregar el balón al jugador menos libre. Ese hombre se llama Héctor Enrique y se queda inmóvil después del pase, con las manos en la cintura. Después de ese partido nunca podrá separarse del jugador, como si el hilo invisible del pase vertical se transformara, con el tiempo, en un campo magnético.

Enrique todavía no lo sabe, pero volverá a participar de un Mundial de fútbol, veinticuatro años después y en tierra sudafricana. Será parte del cuerpo técnico de un entrenador que, más gordo y más viejo, tendrá el mismo rostro del hombre joven que ahora corre en zigzag. Y acabará su carrera todavía más lejos, en los Emiratos Árabes, de nuevo a la derecha del jugador al que, hace dos segundos, le ha dado un pase a contrapie. Durante muchas noches del futuro, en un país extraño donde las mujeres tienen que ir en el asiento trasero de los coches, Enrique pensará qué habría ocurrido si, en lugar de esa mala entrega, le hubiera cedido el balón a Jorge Burruchaga, su segunda opción.

Burruchaga es el que ahora corre en paralelo al jugador, por el centro del campo. Son las trece ho-

ras, doce minutos y veinticuatro segundos: está convencido de que el jugador le dará el pase antes de entrar al área, que únicamente le está quitando las marcas para dejarlo solo frente a los tres palos.

Burruchaga corre y mira al jugador; con el gesto corporal le dice «estoy libre por el medio» y mientras espera el pase en vano no sabe que un día, algunos años después, aceptará un soborno en la liga francesa y será castigado por la Federación Internacional. Otra entrega a destiempo. Pero él, congelado en el presente, todavía corre y espera la cesión que no llega nunca.

Días más tarde hará el gol decisivo de la final, pero el mundo solo tendrá ojos y memoria para otro gol. Año tras año, homenaje tras homenaje, el suyo no será el más admirado.

Una noche Burruchaga llamará por teléfono a Arabia Saudita para conversar con su amigo Héctor Enrique, y lamentará, un poco en broma, un poco en serio, aquel gol ajeno que opacó el decisivo de la final. Entonces Enrique verá por la ventana una tormenta de arena y, sin pretenderlo, lo hará sonreír. «No fue para tanto aquel gol», le dirá, «el pase se lo di yo, si no lo hacía era para matarlo».

*

Dentro del campo de juego el viento sopla a doce kilómetros por hora. Si hubiera soplado a sesenta kilómetros por hora, como ocurrió en la Ciudad de

México seis días más tarde, quizás la jugada no hubiera acabado bien.

El avance parece veloz por ilusión óptica, pero el jugador regula el ritmo, frena y engaña. Hay una geometría secreta en la precisión de ese zigzag, un rigor que se hubiera roto con un cambio en el viento o con el reflejo de un reloj pulsera desde las gradas.

Terry Fenwick piensa en las variables del azar mientras se ducha cabizbajo tras la derrota. Sobre todo en una, la menos descabellada.

Antes del partido, Fenwick le aconsejó a su entrenador Bobby Robson que lo mejor sería hacerle, al jugador rival, un marcaje hombre a hombre. Bobby respondió que la marca sería zonal, como en los anteriores partidos.

¿Qué habría ocurrido si Robson le hacía caso?, se preguntará Terry Fenwick desnudo, en la soledad del vestuario, con el agua reventándole las sienes.

En este momento, a las trece horas, doce minutos y veintiséis segundos del mediodía, es él quien ve llegar al jugador con el balón dominado; es él quien cree que dará un pase al centro del área. Fenwick piensa igual que Burruchaga, apoya todo el cuerpo en su pierna derecha para evitar el pase y deja sin candado el flanco izquierdo. El jugador, con un pequeño salto, entra entonces por el hueco libre, pisa el área y encuentra los tres palos.

«Mierda», le dirá a la prensa Terry Fenwick en 1989, «arruinó mi carrera en cuatro segundos». Dos años después del exabrupto, en 1991, Fenwick pasará

cuatro meses en prisión por conducir borracho. Dirá, a mediados de la década siguiente, que no le daría la mano al jugador argentino si lo volviera a ver.

En esas mismas fechas una de sus hijas cumplirá dieciocho años. Durante la fiesta, Terry Fenwick la encontrará besándose con un argentino en una playa de Trinidad. Reconocerá la identidad del muchacho por una camiseta celeste y blanca con el número diez en la espalda. Fenwick aún no lo sabe, pero en su vejez dirigirá un ignoto equipo llamado «San Juan Jabloteh» en Trinidad y Tobago, un país que no suele jugar mundiales, pero que tiene playas.

Fenwick se emborrachará cada día en la arena de esas playas. La tarde del encuentro de su hija con el argentino querrá acercarse al chico para golpearlo. El argentino hará el gesto salir para la izquierda y escapará por la derecha. Fenwick, de nuevo, se comerá el amague.

*

Ocho pasos, de cuarenta y cuatro totales, dará el jugador dentro del área, y le bastarán para entender que el panorama no es favorable.

Hay un rival soplándole la nuca a su derecha, Terry Butcher; otro a su izquierda, Glenn Hoddle, le impide la cesión a Burruchaga; Fenwick se ha re- puesto del amague y ahora cubre el posible pase atrás y, por delante, el portero Peter Shilton le cierra el primer palo.

El norte, el sur y el este están vedados para cualquier maniobra. Son las trece horas, doce minutos y veintisiete segundos del mediodía. Tres horas más en Buenos Aires. Seis horas más en Londres.

En cualquier ciudad del mundo, a cualquier hora del día o de la noche, intentar el disparo a puerta en medio de ese revoltijo de piernas es imposible, y el que mejor lo sabe es Jorge Valdano, que llega solo, muy solo, por la izquierda.

Nadie se percató de la existencia de Valdano, ni ahora en el área grande ni durante la escuela primaria, en el pueblo santafecino de Las Parejas.

Jorge Valdano se sentaba a leer novelas de Emilio Salgari mientras sus compañeros jugaban al fútbol en los recreos, arremolinados detrás de la pelota. El fútbol le parecía un juego básico a los nueve años, pero a los once ocurrió algo: entendió las reglas y supo, sin sorpresa, que los demás chicos no lo practicaban con inteligencia.

Empezó a jugar con ellos y, mientras el resto perseguía el balón sin estrategia, él se movía por los laterales buscando la geometría del deporte.

Y fue bueno. Integró dos clubes del pueblo y pronto lo llamaron de Rosario para las inferiores de Newell's; debutó en primera antes de los dieciocho. A los veinte era campeón mundial juvenil en Toulon. A los veintidós ya había jugado en la selección absoluta.

Pero en esos años de vértigo nunca amó el juego por encima de todo. Si le daban a elegir entre un

partido entre amigos o una buena novela, siempre elegía el libro.

Hasta ese momento de sus treinta años, Valdano no estaba seguro de haber elegido su verdadera vocación. Por eso ahora, que espera el pase, siente por fin que ese puede ser su destino, que quizá ha venido al mundo a tocar ese balón y colgarlo en la red.

Sabe que la única opción del jugador es el pase a la izquierda. No le queda otra salida. Mientras pisa el área piensa: «Si no me la da, largo todo y me hago escritor».

Pero el jugador entra al área sin mirarlo. Tampoco Butcher, ni Fenwick, ni Hoddle, ni Shilton se enteran de su presencia. Ni siquiera el camarógrafo, que sigue la jugada en plano corto, lo distingue a tiempo.

En el video, Valdano es un fantasma que asoma el cuerpo completo recién cuando el balón está en el vértice del área pequeña. Jorge Valdano todavía no lo sabe, pero al final de ese torneo comenzará a escribir cuentos cortos.

*

No hay enemigo mayor para un atacante que el portero. El resto de los rivales puede usar la zancadilla rastrera o las rodillas para el golpe en el muslo. No importa, son armas lícitas en un deporte de hombres y el agredido puede devolver la acción en la siguiente jugada.

Pero el portero, el guardavallas, el goalkeeper, el arquero (como el de Lucifer, sus nombres son infinitos) puede tocar el balón con las manos.

El portero es una anomalía, una excepción capaz de deshacer con las manos las mejores acrobacias que otros hombres hacen con los pies. Y hasta ese día ningún futbolista de campo había logrado devolver esa afrenta en un Mundial. Por eso ahora, cuando el jugador pisa el área y mira a los ojos al portero Peter Shilton (camisa gris, guantes blancos), entiende el odio en la mirada del inglés.

Media hora antes el argentino había vengado a todos los atacantes de la historia del fútbol: había convertido un gol con la mano. La palma del atacante había llegado antes que el puño del guardameta. En el reglamento del fútbol esa acción está vedada, pero en las reglas de otro juego, más inhumano que el fútbol, se había hecho justicia.

Por eso en este momento culminante de la historia, a las trece horas, doce minutos y veintinueve segundos, Peter Shilton sabe que puede vengar la venganza. Sabe muy bien que está en sus manos desbaratar el mejor gol de todos los tiempos. Necesita hacerlo, además, para volver a su país como un héroe.

Shilton había nacido en Leicester, treinta y seis años antes de aquel mediodía mexicano. Ya era una leyenda viva, no le hacía falta llegar a su primer y tardío Mundial para demostrarlo.

Aún no lo sabe, pero jugará como profesional hasta los cuarenta y ocho años. Protagonizará en el

futuro muchas paradas inolvidables que, sumadas a las del pasado, lo convertirán en el mejor goalkeeper de Inglaterra.

Sin embargo (y esto tampoco lo sabe) en el futuro existirá una enciclopedia, más famosa que la Britannica, que dirá sobre él: «Shilton, Peter: guardameta inglés que recibió, el mismo día, los goles conocidos como ‘la mano de Dios’ y el ‘del Siglo’».

Ese será su karma y es mejor que no lo sepa, porque todavía sigue mirando a los ojos al jugador argentino que se acerca, y tapa su palo izquierdo como le enseñaron sus maestros. Cree que Terry Butcher puede llegar a tiempo con la patada final. «Quizá sea córner», piensa. «Quizá pueda sacar el balón con la yema de los dedos».

Tampoco sabe que dos años más tarde se publicará en Gran Bretaña un videojuego con su nombre, titulado «Peter Shilton's Handball», ni que sus hijos lo jugarán, a escondidas, en las vacaciones de 1992.

Mejor que no conozca el futuro ahora, porque debe decidir, ya mismo, cuál será el siguiente movimiento del jugador. Y lo decide: Shilton se juega a la izquierda, se tira al suelo y espera el zurdazo cruzado. El argentino, que sí conoce el futuro, elige seguir por la derecha.

*

Antes de tocar por última vez el balón con su pie izquierdo, a las trece horas, doce minutos y treinta

segundos del mediodía mexicano, el jugador argentino ve que ha dejado atrás a Peter Shilton; ve que Jorge Valdano arrastra la marca de Terry Fenwick; ve que Peter Raid, Peter Beardsley y Glenn Hoddle han quedado en el camino; ve a Terry Butcher que se arroja a sus pies con los botines de punta; ve a Jorge Burruchaga que frena su carrera con resignación; ve a Héctor Enrique, todavía clavado en la mitad del campo, que cierra el puño de la mano derecha; ve a su entrenador que salta del banquillo como expulsado por un resorte y al otro entrenador, el rival, que baja la mirada para no ver el final del avance; ve a un hombre pelirrojo con una pipa humeante en la primera bandeja de las gradas; ve la línea de cal de la portería contraria y recuerda el rostro del empleado que, durante el entretiempo, la repasó con un rodillo; ve nítidamente a su hermano el Turco que, con siete años, le echa en cara un error que cometió en Wembley en un jugada parecida, ve los labios sucios de dulce de leche de su hermano cuando dice: «La próxima vez no le pegues cruzado, boludito, mejor amagáale al arquero y seguí por la derecha».

Ve el rostro de su hermano con la luz de la cocina donde ocurrió la escena, ve la picardía con que lo miraba; ve, detrás del arco, un cartel que dice Seiko en letras blancas sobre fondo rojo; ve las uñas pintadas de verde de su primera novia, el día que la conoció, y ve a esa misma chica, ya mujer, amamantando a una niña; ve una pelota desinflada y se ve a él mismo, con nueve años, que intenta dominarla; ve a su ma-

dre y a su padre que arrastran, con esfuerzo, un enorme bidón de kerosén por una calle de tierra en la que ha llovido; ve una taquilla, en un vestuario de La Paternal, que lleva su nombre y su apellido en letras flamantes, ve su orgullo adolescente al leer por primera vez su nombre y su apellido en la taquilla; ve un estadio, sus tablonos de madera, y ve también que un día el estadio entero, y no solo la taquilla, llevará su nombre.

El jugador argentino ha controlado el aire de sus pulmones durante nueve segundos, y ahora está a punto de soltar todo el aire de un soplido.

Al revés que todos los rivales y compañeros que ha dejado atrás, él puede respirar con su pierna izquierda, y también puede intuir el futuro mientras avanza con el balón en los pies.

Ve, antes de tiempo, que Shilton se arrojará a la derecha; ve la intención segadora de Terry Butcher a sus espaldas, se ve a él mismo, muchos años más tarde, con un nieto en los brazos, visitando la entrada del Estadio Azteca donde se levanta una estatua de bronce sin nombre: solo un jugador joven con el pecho inflado, un balón en los pies y una fecha grabada en la base: 22 de junio de 1986; ve una rave en Londres donde dos chicos de quince años escapan de una multitud que se burla; ve un departamento en penumbras donde solo hay una mesa, dos amigos y un espejo sobre la mesa; ve a una muchacha en una playa del trópico que se deja besar por un chico que lleva puesta una camiseta argentina; ve un en-

jambre de periodistas y fotógrafos a la salida de todos los aeropuertos, de todas las terminales, de todos los estadios y de todos los centros comerciales del mundo; ve a un niño embobado con un videojuego en la ciudad de Leicester, mientras su hermano vigila por la ventana que no aparezca el padre; ve el cadáver de un hombre viejo que ha muerto en Ginebra ocho días antes de ese mediodía, un hombre que también ha visto todas las cosas del mundo en un único instante.

Ve Fiorito de día.

Ve Nápoles de tarde.

Ve Barcelona de noche.

Ve el estadio de Boca a reventar y él está en el medio del campo pero no lleva un balón en los pies, sino un micrófono en la mano; ve a un anciano en el aeropuerto de Cartago, que espera a su hijo en el último vuelo desde México, para abrazarlo y consolarlo; ve un tobillo inflamado; ve a una enfermera de la Cruz Roja, regordeta y sonriente; ve todos los goles que ha hecho y los que hará; ve todos los goles que ha gritado y los que gritará en su vida entera; se ve, con cincuenta y tres años, mirando desde el palco la final del mundo en el estadio Maracaná; ve el día que verá a su madre por última vez; ve la noche en que verá por última vez a su padre; ve crecer a todos los hijos de sus hijos; ve los dolores de parto de una mujer que está a punto de parir un niño zurdo en Rosario, un año y dos días más tarde de ese mediodía mexicano; ve un espacio mínimo, imposi-

ble, entre el poste derecho y el botín de Terry Butcher. Cierra los ojos. Se deja caer hacia adelante, con el cuerpo inclinado, y se hace silencio en todo el mundo.

El jugador sabe que ha dado cuarenta y cuatro pasos y doce toques, todos con la zurda. Sabe que la jugada durará diez segundos y seis décimas. Entonces piensa que ya es hora de explicarle a todos quién es él, quién ha sido y quién será hasta el final de los tiempos.

La trampa de McCracken

Yo no sé si es porque estoy viejo, o porque estoy har-
to de ver jugadores en la misma línea a los que no se
deja avanzar, pero la posición adelantada cada vez
me parece más estúpida. Y voy a explicar por qué
con dos metáforas y una vieja historia.

La ley

En una remota isla chilena, al sur de la Patagonia, el
clima es tan cruel que todas las casas tienen gigan-
tescas ruedas en la base y todos los hombres mayores
de treinta años son alcohólicos.

Barrios enteros cambian de posición cada semes-
tre para evitar las inundaciones, y todas las mujeres
de la isla son golpeadas por sus maridos al menos
una vez al mes. Lloviznas, alcohol y aburrimiento: la
mezcla es feroz.

Algunas de estas mujeres toman valor y se divor-
cian de sus maridos golpeadores. Por seguridad, pi-
den también una orden de alejamiento. La ley obli-
ga entonces a los exmaridos a no acercarse a más de
quinientos metros de las casas de sus mujeres, y les

informan que, de hacerlo, irán presos o pagarán multas enormes.

Los exmaridos acatan la ley y se mudan a una pensión barata, muy alejada de sus mujeres. En la pensión miran la lluvia por la ventana, se arrepienten de ser tan brutos, se emborrachan y caen rendidos en camas mugrientas.

Esa misma noche sus mujeres (por despecho, por venganza, o porque la ley se los permite) mueven sus propias casas rodantes con sigilo y se acercan —metro a metro— a la pensión de los exmaridos.

Muy temprano por la mañana, las mujeres vengativas llaman a la policía y dicen:

—¡El hijo de puta está a menos de quinientos metros de mi casa! ¡Vengan a ayudarme, está quebrantando la ley!

Y así es como los exmaridos van presos una temporada, o pagan sanciones y nunca saben muy bien por qué.

Comparo a estas mujeres despechadas con aquellos zagueros que, sincronizados, dan un paso adelante para dejar al contrario en offside.

La costumbre

En un muy difundido —y también falso— experimento científico sobre el comportamiento corporativo, se colocan a cinco monos en una jaula enorme. En el medio de la jaula una escalera; encima de la escalera una banana.

Cuando uno de los monos intenta subir la escalera para conseguir la fruta, una manguera con agua a presión empapa a los cinco. Si más tarde un segundo mono, olvidadizo o hambriento, quiere subir otra vez la escalera para atrapar la banana, los otros cuatro se lo impiden por miedo al chorro de agua fría.

En este punto se quita de la jaula a uno de los animales y se hace entrar a otro mono nuevo. Lo primero que hace el chimpancé flamante —como es obvio— es trepar por la escalera. Los otros cuatro, alarmados y a los gritos, lo golpean y lo jalan para que no pueda subir.

El recién llegado aprende la lección y otro mono original es suplantado por un segundo animal nuevo. Este también quiere subir, los otros se lo impiden, etcétera. De este modo pasa el tiempo y se quitan de la jaula a todos los monos originales.

Los cinco nuevos chimpancés enjaulados no fueron empapados nunca con el chorro de agua fría, ni tampoco tienen memoria del castigo original. Sin embargo la banana seguirá intacta por siempre en lo más alto de la jaula. Los cinco monos finales pelearán y aullarán y rasguñarán cada vez que uno de ellos, muerto de hambre o rebelde, pierda los nervios e intente subir a buscar su comida. Saben que no se puede, pero no saben por qué.

Comparo el comportamiento de estos primates con los periodistas deportivos y los aficionados al fútbol que, todos los lunes, debatimos y discutimos y nos ofuscamos por culpa de la ley del offside.

La trampa

En la primavera de 1904 Billy McCracken y Frank Hudspeth eran zagueros del Newcastle, un equipo de fútbol que nunca había ganado el torneo inglés y que solía perder cada partido por más de nueve goles.

En aquella época se jugaba muy diferente: el trazado más habitual era un 2-3-5: cinco delanteros y solamente dos defensores. Por lo general el arquero pegaba un pelotazo muy alto y todos corrían como locos a buscar el balón hasta llegar a la línea de meta contraria.

Si bien existía una ley del offside rústica (la famosa regla número 11 instaurada en 1863, en donde un delantero debía tener al menos tres defensores delante), este inciso había sido creado *únicamente* para que nadie se quedara colgado en el área contraria esperando el pelotazo. Solo para eso. Y la ley se acataba con normalidad.

Pero en 1904 Billy McCracken tuvo una idea. Una tarde, en el vestuario, le dijo en voz baja al segundo zaguero:

—Ey, Frank, ¿que tal si el próximo domingo nos hacemos una seña y damos unos pasos al frente cuando parta el pase del contrario?

Frank era un poco estúpido y al principio no entendió.

—¿Qué ganaríamos con eso, Billy? —dijo.

McCracken buscó una tiza y dibujó en el suelo las posiciones del campo:

—Nosotros damos este paso al frente, los dos al mismo tiempo, y la ilusión óptica le hará creer al árbitro que el jugador contrario está en fuera de juego.

Frank se quedó con la boca abierta: no podía creer que una trampa tan simple no se le hubiera ocurrido a nadie en cuarenta años de fútbol. Pero era verdad: no se le había ocurrido a nadie.

Gracias a este engaño, el Newcastle ganó la *Football League Championship* de 1904-05, 1906-07 y 1908-09, sin que nadie pudiera entender por qué. En 1908 fue el campeón con menor cantidad de puntos en la historia inglesa; de hecho, el Newcastle empató cero a cero durante seis partidos consecutivos.

Cuando descubrieron el truco, los demás equipos de la liga inglesa empezaron a utilizar el sistema del achique, y los espectáculos de fútbol cayeron drásticamente en cantidad de goles y emoción. Entre 1910 y 1920 la gente empezó a ir mucho menos a las canchas, los delanteros no sabían qué hacer con sus vidas y los hinchas bostezaban a cada rato.

Para mal de males, cuando Billy McCracken fue demasiado viejo para jugar se convirtió en entrenador y quiso seguir utilizando su invento, entonces la *Football Association* decidió hacer todavía más férrea la ley del offside, en lugar de, simplemente, impedir la ley del achique.

El error fue tremendo.

El primer cambio a la *regla clásica* del offside ocurrió en 1925 y es conocida como la *regla actual*.

La regla clásica decía: «Un jugador se halla en fuera de juego si se encuentra más cerca de la línea opuesta que el balón y el antepenúltimo adversario».

La regla actual cambió la palabra *antepenúltimo* por la palabra *penúltimo*, para que los partidos no fuesen tan aburridos después de la trampa ideada por McCracken.

Volvieron los goles durante varios años, pero más tarde el juego se tornó más físico y técnico y entonces una tarde de 1990, después de un Mundial espantosamente aburrido disputado en Italia, se decidió que si el atacante y el defensor estaban «en la misma línea» ya no habría offside.

Y tiempo después, en 2003, hubo un nuevo manotazo de ahogado para darle ritmo al juego: se introdujo la «posición pasiva» (cuando un jugador no interviene en la jugada ya no importa si está en offside).

En ningún caso nadie pensó en impedir la trampa de McCracken, que hubiera sido lo más natural. Además, ninguno de nosotros había nacido cuando, en 1904, Billy tuvo aquella conversación con Frank.

Sin embargo, muchos años después ese engaño pícaro de vestuario amateur convertiría a todos los zagueros profesionales del siglo veintiuno en mujeres despechadas de la Patagonia, y a todos nosotros, los aficionados al fútbol, en chimpancés que discuten cada lunes sobre por qué nadie puede comerse una banana en paz.

Diario íntimo del Mundial

Miércoles 11 de junio, 2014

Hace cuatro años escribí en el diario *El País* una columna sobre ficciones de televisión y —como estaba a punto de empezar el Mundial de Sudáfrica— no se me ocurrió mejor idea que poner en pausa la temática «series» y hablar sobre fútbol durante un mes. Fue un desastre, porque al empezar predije (delante de miles de lectores españoles) que España caería en cuartos y que el seleccionado argentino saldría campeón. Es el día de hoy que todavía se están burlando de mí, qué vergüenza.

Cuando finalmente Andrés Iniesta hizo aquel gol agónico en el suplementario de la final y España se proclamó campeón del mundo de fútbol por primera vez en su historia, escribí un pequeño texto en mi columna de *El País* para congraciarme con los lectores ibéricos. No fue suficiente, porque me odiaron desde entonces y para siempre, con razón. Pero el texto (que se llamó «Bienvenidos a la elite») era muy sentido y un fragmento decía así:

Cambian muchas cosas después de que tu país gana una copa del mundo por primera vez. Cambian la relación del fútbol con las mujeres; desde mañana vas a tener que soportar a tu madre, a tu novia, a tu hermana hablando de triangulación y verticalidad. Es insoportable, pero el año que viene se les pasa. Cambian más cosas. La cantidad de chicos de ocho años que quieren ser mediocampistas. La cantidad de bebés bautizados con el nombre de Carles, de Andrés, de Iker. Cambia la publicidad deportiva: ahora serán spots sensibleros, porque existe, por fin, la memoria emotiva. Cambia tu relación con los países limítrofes: con el de la izquierda, que nunca ganó una final; con el de la derecha, al que ahora ya mirás de frente. Cambia el modo en que se emiten los partidos por televisión. Un país campeón del mundo no merece ir a publicidad durante siete minutos después de vencer en una final. Eso es mezquino, es sucio, es irresponsable. Dentro de cuatro años ya no ocurrirá. Cambian muchísimas cosas cuando tu país es el mejor de todos en el mejor deporte que existe. Cambia el modo en que esperarás el Mundial que viene. Cambian la Liga, la Copa y la Champion, que ya no valen tanto como antes. Ya hay un gol que gritaste más que ninguno. Enhorabuena, españoles. Bienvenidos a la elite de los hinchas que sufren de verdad.

Esta vez no pienso arriesgar una predicción deportiva, pero mañana empieza un nuevo Mundial de Fútbol, querido diario, y mi cerebro vuelve a estar incapacitado para escribir sobre otra cosa, para

ver ficciones en la televisión ni para pensar en algo diferente a una pelota en movimiento continuo. Y lo poco o mucho que tenga para decir, lo diré únicamente acá. De hecho, esta es la primera entrada de varias que intentaré redactar y publicar en caliente, mientras transcurran los partidos.

Jueves 12 de junio, tras la ceremonia inaugural

Querido diario, esta semana estuve en Perú, un país que no participa de mundiales de fútbol desde 1982. Estuve con un montón de gente joven que ni siquiera recuerda aquel Mundial de España, o que no había nacido cuando se llevó a cabo. Y sin embargo Lima rebosaba de espíritu mundialista. Al caminar por las calles limeñas, al ver los carteles en las marquesinas y el fervor inminente, intenté imaginarme un Mundial sin presencia argentina.

Lo más cercano en tristeza y desazón fue el campeonato de Japón 2002, en el que no solo nos echaron a patadas después de tres partidos horribles, sino que además fue mi primer Mundial lejos de Buenos Aires y también fue la fecha ingrata en que descubrí que mi mujer (por entonces flamante) no se despertaría por la madrugada para cebarme mate ni para consolarme.

Ahora, mientras escribo, faltan pocas horas para que empiece el undécimo Mundial de mi vida, y de a poco empiezo a sentir el cosquilleo. Hace unos días Gabriela Wiener me hizo una pequeña entrevis-

ta para la revista dominical del periódico *La República*. Hablamos casi únicamente de fútbol, pero hubo una respuesta que a los editores del diario les pareció inadecuada y publicaron solo parcialmente.

Gabriela me preguntó:

—¿La aguda crisis social brasileña, que han puesto de manifiesto las protestas callejeras estos días, impedirá que disfrutes del Mundial?

Y yo le contesté una exageración inofensiva que prefirieron no publicar:

—El Mundial se puede estar jugando en medio de niños etíopes muertos de hambre; incluso la pelota oficial del Mundial puede estar hecha del cuero de esos niños desnutridos, y el Gobierno del país anfitrión puede estar matando judíos pelirrojos durante los entretiempos, y se pueden caer en avalancha las tribunas de la semifinal más concurrida, con muertos destripados al costado del banderín del córner, que yo seguiré atento al fixture y miraré todos los partidos que pueda.

No entiendo por qué censuraron esa parte, si es lo que pensamos todos. En el mundo ocurren un montón de barbaridades todos los días. En cambio los Mundiales son cada cuatro años. No es justo que las tragedias y las mezquindades se pongan egocéntricas y acaparen el único mes interesante que tenemos.

La pelota empieza a rodar mañana. Ya me despedí de mi mujer, de mi hija y de todo lo que me rodea. No hablaré más que de fútbol, o de esa neblina antropológica que crece a su alrededor.

Los años en que no hay Mundial son años tontos. Y este 2014 por suerte no es uno de ellos. Este es un año intenso. Y dentro de esos años poderosos hay treinta días únicos que no se olvidan nunca. Hoy estamos entrando, con esperanza y ansiedad, a ese surco inolvidable del calendario.

Desde mañana puede pasar lo peor y lo mejor, y a veces las dos cosas al mismo tiempo. Si angustia es temor a lo que se desea, una final entre Brasil y Argentina, en cancha de ellos, en mi cabeza es deseo y es temor al mismo tiempo.

Domingo 15 de junio, tras Argentina 2 Bosnia 1

Querido diario, aunque el torneo haya empezado el jueves, en mi cabeza arrancó hace un rato, a los veinte minutos del segundo tiempo del undécimo partido, cuando Messi hizo su primer gol en un Mundial con la camiseta numero diez en la espalda.

Quiero olvidarme rápido del primer tiempo de Argentina contra Bosnia; hoy no es día para hablar de táctica. Prefiero centrarme en un detalle curioso: desde 1998 ningún jugador argentino con la diez en el pecho había marcado un gol. El último fue uno intrascendente del Burrito Ortega contra Jamaica en París.

El gol de Messi contra Bosnia le estampa a la camiseta argentina la rúbrica de sus antecesores: Kempes y Maradona. Fue un gol limpio, hermoso, de estilo propio y de importancia psicológica para el

grupo, como los que hacían Mario Alberto y Diego Armando. Y también fue un gol en el Maracaná, en ese templo, y en medio de un torneo que se proyecta como el menos frívolo y el más intenso de lo que va de siglo.

Hacía mucho que un Mundial no arrancaba sin más distracciones que las propias del fútbol. Mientras escribo esto se jugaron once partidos y se marcaron 37 goles, a razón de casi tres y medio por barba. Hace cuatro años, Sudáfrica había dejado 18 goles escuálidos a esta altura (1,6 por partido) y no solo eso: seis de esos choques acabaron en empates tristes. En este Mundial de Brasil todavía no hubo empates.

¿Ustedes se acuerdan cuál fue el tema central durante la primera semana de Johannesburgo? Las vuuzelas. Hablábamos sobre el ruido insoportable que bajaba de las tribunas. No había otra cosa para comentar. Pero esta vez la Copa se disputa en tierras de raigambre futbolística, y eso nos salva de tribunas neófitas que creen que el fútbol es una fiesta de colores. En las canchas brasileñas la mayoría entiende el reglamento y no malgasta la tarde en hacer la ola, ni en taladrar con bocinas de camión, ni en tomar sopa en los entretiempos.

Hace un rato el Maracaná fue lo más parecido a una cancha de fútbol en los últimos tres mundiales. Me acuerdo en cambio de la tristeza de Japón-Corea 2002, cuando oíamos murmullos de gol en las tribunas cada vez que la pelota se iba al lateral. Nadie en-

tendía un carajo de fútbol. En Brasil esto no ocurre: hay frecuencia pura entre el campo y los tablones.

Mi única frivolidad adictiva, querido diario, es ir corriendo a internet —después de alguna debacle muy sonada, como la de Holanda 5, España 1—, para ver cómo reaccionan las portadas regionales a su propio sacudón. Pensé que me iba a hacer feliz la caída española, pero a la mitad del segundo tiempo empecé a sentir pena por los chicos del Barça. No sé por qué; no esperaba que mi cerebro optara por una reacción tan sentimental, tan de *club*.

Supongo que ver a Xavi, a Iniesta, a Piqué, a Busquets o a Cesc (todos tan queridos y nobles) con los ojos desencajados y sin saber para dónde salir disparando, me hizo recordar el fin del ciclo blau-grana y se me humedeció la mecha de la felicidad por ver tambalear a España. Solamente me iluminaba el corazón de alegría verle la cara a Sergio Ramos. ¡Ah, qué asco más grande le tengo a ese muchacho!

La segunda catástrofe fue todavía más impensada: Costa Rica le hizo tres a Uruguay. El hipotético triunfo de Costa Rica se pagaba 12/1 en las casas de apuestas online un minuto antes de empezar el partido. Después del gol de penal de Cavani, apostar por los ticos llegó a pagarse 37/1. Y la opción de un marcador final de tres a uno a favor de los débiles cotizó 101/1. Es decir, que si al inicio del segundo tiempo le apostabas cien dólares al resultado que acabó siendo, un rato después te llevabas a casa diez mil dólares y cien para el taxi. Yo no aposté, ni a fa-

vor ni en contra. Lo único que hice fue mirar el partido con la boca abierta sin poder creer lo que estaba pasando, con una enorme sensación de angustia.

No quiero que los charrúas se vuelvan pronto a casa. En mi cabeza mundialista, el seleccionado uruguayo funciona como la rueda de repuesto del auto en unas vacaciones largas. Ante cualquier accidente, pinchazo o reventón argentino ahí está siempre la Celeste, en el baúl.

Me gustaría que este Mundial 2014 se mantenga intenso y lleno de emociones fuertes. Me gustaría mucho que Messi vuelva al Maracaná dentro de un mes y repita con la camiseta número diez. Me gustaría que el promedio de goles por partido se mantenga alto y que no suene ni una sola vuvuzela en las tribunas. Y por pedir, también quisiera que Uruguay siga en la Copa, porque es peligroso viajar por los mundiales sin rueda de auxilio.

Ocurra todo esto o no —y sin que incida que Argentina haya ganado hoy— este Mundial me gusta. Es una buena costumbre despertarse y saber que hay tres partidos al día, que la transmisión es siempre cuidada y limpia y que por fin hubo una fiesta inaugural pensada por gente de fútbol; es decir, breve y sin que a nadie le importe un carajo.

Una idea que todavía no se le ocurrió a ningún canal de televisión hispano —o por lo menos no lo he visto— es la de subtítular los himnos iniciales, y traducir los extranjeros al castellano. Sería fantástico entender qué dicen los versos patrios en cada cultu-

ra, y con qué palabras los gladiadores se hinchan las venas antes de empezar a defender sus colores y su honor. No es habitual ver a jóvenes fortachones millonarios —en el momento más importante de sus vidas—, gritar frases como «oh gloria inmarcesible» o «la libertad en rayos fúlgidos».

Estuve a punto de crear una campaña con el hashtag #HimnosSubtitulados, pero me cuesta mucho entrar a las redes sociales durante el Mundial. ¡Hay gente que manda mensajes durante los partidos, por el amor de Dios! Habría que instaurar como regla que el que tuitea durante los partidos de Argentina o no está nervioso o el fútbol le chupa un huevo.

Twitter está muy bien para equilibrar la modorra de espectáculos aburridos, como los Juegos Olímpicos o los premios Oscar. Es correcto, y hasta esperable, hacer chistes de ciento cuarenta caracteres mientras seis chicas hacen natación sincronizada. Pero tuitear mientras países importantes se juegan la vida en un deporte serio, es un despropósito.

Lamento decirlo, querido diario, pero qué vergüenza más grande me provoca espiar la cronología de algunos amigos míos a los que creía muy hombres, y que se han pasado todo el segundo tiempo de Argentina vs Bosnia haciendo chascarrillos sobre el apellido de un centrojás, o sobre la vestimenta del cuarto árbitro. Que me perdonen mucho, pero los que tuitean en tiempo real mientras once de los nuestros aprietan los dientes, esa gente, no entiende la diferencia entre un Mundial y Masterchef.

Mi papá, que en paz descanse, no podía soportar que volara una mosca en medio de un partido. Si sonaba el timbre o el teléfono a la mitad del Mundial, él ponía gesto de incompreensión del universo y pronosticaba: «O es una vieja o es un puto». Y siempre era una vieja o era un puto, no fallaba nunca. Una vez fue un mormón, que vendría a ser las dos cosas al mismo tiempo.

Es una suerte que Roberto Casciari haya muerto en 2008, antes de la twittermanía: el pobre no habría soportado descubrir que medio país (incluidos hombres grandes, con pelos en las patas) se hacen los chistosos desde su telefonito mientras Kempes y Maradona esperan en su parnaso al tercero de nuestros dioses.

Sábado 21 de junio, tras Argentina 1 Irán 0

Querido diario, con los años se aprende que no importa el fútbol: lo que importan son los preinfartos de los que te salvás. Es decir, los recuerdos imborrables que vas a atesorar para contarles a tus nietos. «Ah, querido nieto: yo fruncí el orto en aquel mítico Argentina-Irán del Mundial 2014...». Esa frase podría no haber existido nunca en el futuro. El cero a cero nos habría hecho olvidar este partido en un mes y medio. Sin embargo un zapatazo desde fuera del área en el minuto noventa y dos provocó que, de repente, haya nacido en la memoria una batalla más que narrar cuando seamos viejos.

Hace un par de días le hice esta advertencia a mi hija de diez años: «Nina: no pienses que los Mundiales de Fútbol serán así siempre. Estás viendo el mejor de toda tu vida». Y es verdad. Los abuelos y los padres cuentan cosas increíbles sobre los Mundiales del pasado. No tienen por qué ser triunfos; también se narran tragedias con gesto de melancolía.

El cabezazo impotente de Ortega; el gol del último Palermo; la bandera inglesa de Ratín; Luque quebrado y con un hermano muerto; el penal de Cambiasso; los ojos sin alma del juez Codesal; el gol temprano de Corbatta; la enfermera rechoncha que se llevó a Maradona de la mano... En esa jaula de memorias agridulces, desde esta tarde, hay también un gol de Messi contra Irán en el tiempo de descuento.

Este Mundial me está provocando muchas ganas de ser viejo y contárselo a los chicos que todavía no nacieron. Decirles que hubo un día que todo un estadio, en Brasil, coreó a los gritos «oleee, oleee» mientras un país de Centroamérica bailaba con ganas a la selección de Italia. Decirles que España se quedó afuera de la copa antes que nadie, y que Costa Rica llegó a octavos en un grupo de la muerte que tenía a tres campeones del mundo. Explicarles que hubo una vez un jugador llamado Álvaro Pereira que chocó la nuca contra una rodilla inglesa, se desmayó en el pasto, volvió en sí y no permitió ser reemplazado. Decirles que en mi época ver fútbol era maravilloso porque había un arquero mexicano que podía parar

todos los goles de Brasil en cancha de ellos. Contarles que un tal Luis Suárez fue operado de meniscos y pensaba que no llegaría al Mundial, pero llegó a tiempo, metió dos goles, rescató a su país de la agonía y después sentado en el banco lloraba y lloraba. Ah, querido diario, cómo quisiera que pase tiempo, mucho tiempo y contarles a mis nietos que hubo una vez un campeón del mundo que tenía mentalidad de equipo chico, y que por eso convocó a un extranjero llamado Diego Costa para el siguiente Mundial. Nadie se imagina a un campeón tradicional (Italia, Brasil, Argentina, Uruguay, Alemania) que después de ganar una Copa con todos los honores rapiñe a un jugador de otro país para incluirlo en sus filas. Esto solamente lo hacen los equipos menores. ¡Ah, como quisiera tener arrugas para decirle estas cosas a los muchachos del 2030!

Parece mentira pero estoy ansioso; quiero que termine este Mundial para empezar a tener nostalgia. No me importa en absoluto que Argentina sea campeón. Solo me interesa que los nuestros duren muchos partidos más, de ser posible los siete, para llenar mi alcancía de los preinfartos.

Estuvimos a punto, esta tarde, de haber vivido un Argentina-Irán anodino y olvidable. Eso nos hubiera obligado a hablar de fútbol toda la semana, nos hubiera obligado a hablar de mediocridad, de un equipo que no se encuentra a sí mismo, etcétera.

Por suerte estaba Messi deambulando y vomitando por el pasto, con la cabeza gacha como un pe-

rro que volteó la maceta. Por suerte estaba Totín, que en una de esas levantó las orejas y sacó un zapatazo infernal que me hizo pasar de la abulia al grito. No grité el gol, grité el nacimiento de un nuevo recuerdo increíble.

Nina estaba jugando en el comedor mientras yo miraba el partido. Me vio retorcerme, resignarme, sufrir. Me oyó tres veces gritar el oxímoron «¡grande, Chiquito!». Me vio fumar y me vio sacudirme después del golazo imposible.

A los 93 minutos del Argentina-Irán, casi afónico después del grito intempestivo, me salió preguntarle: «Nina, ¿vos tenés pensado tener hijos varones, no?». Me miró con cara rara. «Sí, claro, ¿por qué». Entonces le señalé el televisor con el dedo: «Porque les tengo que contar un montón de cosas increíbles».

Miércoles 25 de junio, tras Argentina 3 Nigeria 2

La buena noticia, querido diario, es que Argentina clasificó con nueve puntos y jugará el martes contra un equipo al que se le puede ganar. Después, en cuartos, tendrá que vérselas contra otro seguramente mejor, pero que tampoco nos provoca insomnio. El grupo temible quedó del otro lado de la llave. Los fantasmas de Alemania, Uruguay y Brasil nos asustarán recién en la final, si es que llegamos. Y Holanda en una semifinal hipotética.

Dios me libre y me guarde mucho.

Ya pasaron los papelones de tres europeos cam-

peones del mundo que se fueron por la puerta chiquita; pasaron también los dientes afilados de Luis Suárez y la increíble resurrección mexicana; pasaron por Brasil los guantes de Faryd Mondragón, que tiene mi edad y me hizo sentir todavía más gordo y sedentario; pasó Grecia a octavos, para tristeza de todos los periodistas deportivos chistosos que ya tenían a punto la frase «un partido de costa a costa» para el choque entre ticos y marfileños; pero sobre todo, ya pasó la primera parte de la Copa.

Desde mañana —como sabemos muy bien los obsesivos— el Mundial se convierte en otra cosa. No estoy hablando de fútbol, sino de la impostergable sensación de abstinencia que ocurrirá el próximo viernes. El primer gran problema de este Mundial de Fútbol, tan generoso en goles y en intensidad, ocurrirá el 27 de junio, cuando empiece el horrible día número dieciséis. El día sin fútbol.

Sí, querido diario: lamentablemente hay un día (cada cuatro años) en que el cerebro, el cuerpo y el alma pierden la brújula y se comportan como alcohólicos sin remedio. El viernes no habrá fútbol por primera vez, y será un día en que se mezclarán la depresión, el espanto y la certeza de que la vida era una mierda antes del Mundial. Desde que hay fixtures con treinta y dos equipos existe una jornada tonta que nos mira desde el almanaque. Yo bauticé a esas veinticuatro horas con un nombre que me da miedo: el «Horrible Día Dieciséis».

Yo creo que la FIFA está experimentando con la

capacidad de absorción del cerebro humano, ofreciendo tres chutes lisérgicos de fútbol al día, para después dejarte sin nada. Un partido atrás del otro, con una hora de descanso para que puedas limpiarte la baba del piyama.

Este año, como en los Mundiales pasados, vi absolutamente todos los partidos de la primera fase; incluso uno que, por presiones niponas, se jugó a las tres de la madrugada hora europea. Fue un Japón-Costa de Marfil intrascendente que miré de punta a punta sin pestañear. Como si ver todos los partidos fuese una obligación religiosa.

Cuando me fui a dormir casi amanecía y mi mujer me preguntó por qué me había quedado despierto para semejante bodrio. No le respondí, pero pensé: no existe ningún cocainómano que deje la última raya para aspirarla en diferido.

Hoy hice la cuenta: si contamos la previa de los himnos, los entretiempos y las entrevistas post partido, estuve en el sillón exactamente noventa y seis horas seguidas. Esos son cuatro días reales; cinco mil setecientos sesenta minutos. ¿Qué pasará el viernes, cuando no haya himnos ni árbitros ni tribunas coloridas ni goles en contra ni apuestas online?

El «Horrible Día Dieciséis» es tan espantoso como cuando te quedás sin cigarros en un pueblo que no tiene quioscos abiertos de noche. Esa fecha sin partidos tiene el sopor de la amnesia: no entiendes quién sos, ni por qué estás ahí (ya me pasó en cuatro mundiales). Es una sensación lánquida de

que nada bueno pasará si abris los ojos. Muy similar a lo que ocurrió hoy con Argentina cuando Messi fue sustituido: el planeta siguió girando quince minutos más, pero sin ninguna magia.

No sé cómo reaccionará mi cuerpo a la falta de pitidos iniciales. Solamente sé que Argentina lleva seis goles y que Messi hizo cuatro. A los otros dos los hicieron un extranjero y una rodilla. Sin esos cuatro goles de Messi nos hubiéramos quedado con dos puntos (dos empates y una derrota), nos habríamos vuelto a casa y entonces el horrible día dieciséis me habría durado cuatro años enteros.

Martes 1 de julio, tras Argentina 1 Suiza 0

Querido diario, no podré contarte el Argentina-Suiza que se jugó hace un rato. Los suizos avanzaron mil veces pero nunca supe qué hicieron. Cerré los ojos todo el tiempo; ellos pasaban la mitad de la cancha y yo me encerraba en una caparazón de oscuridad. Los ojos apretados, la cabeza al suelo y la radio como único contacto con el peligro. Cerraba los ojos y pensaba cosas feas.

Al principio lo hice de puro masoquista, en el segundo tiempo porque ya era cábala interna no mirar, y en la prórroga porque realmente no podía enfocar el televisor. Era una cuestión de salud física: me estaba empezando a enfermar, sentía cosquilleos en las manos y los tobillos muy fríos, como cuando te das vuelta con el porro.

En el fuero interno yo quería ir a penales. Cualquier cosa menos un nuevo avance de los suizos. Los penales son azar puro, no tienen mucho que ver con el juego; yo quería azar porque la fatalidad te deja respirar, en cambio el fútbol no te deja moverte del sillón. Que te ganen en los penales es como saber justo a qué hora te llegará el balazo, y en qué parte de la cabeza. Que te ganen con un cabezazo es no saber cuándo ni cómo ni quién te mata. El miedo es no saber a qué hora. El miedo es oscuridad y angustia.

Los avances argentinos sí que los miré a todos, porque el terror es antiestético y en cambio la esperanza es vistosa y se deja mirar. Por eso vi el pase majestuoso de Messi y el gol de Di María. Lo vi, observé el festejo, pero no se detuvo la angustia.

Me pasó algo que yo no tenía previsto: en vez de saltar del sillón y gritar el gol, aplaudí como un plateísta de pulovercito amarillo. Aplaudí como ese primer yanqui que aplaude en las películas, con esas pausas solemnes entre palmada y palmada, haciendo que sí con la cabeza y con los labios abanados, como si estuviera festejando un lindo gol de la liga inglesa. Qué reacción patética. El miedo me había invadido el cuerpo y me dejó sin reacción de felicidad. La radio todavía alargaba la «o» del relato de gol, pero yo solamente podía ver que los suizos ya habían vuelto a la carga. Faltaban tres minutos y por alguna razón extraña yo no me estaba creyendo el triunfo. Era contra Suiza y ganábamos uno a cero, pero yo estaba seguro que llegaría un gol de ellos. A

los 119 minutos Suiza metió otro pelotazo al área y yo, con los ojos cerrados, pensé dos cosas.

Uno: Cómo puede ser que haya esperado cuatro años un Mundial, y una vez que aparece no lo miro.

Dos: «¡Palo!», gritó Comequechu. Mi segunda teoría se difuminó, porque la radio gritaba que la pelota había pegado en el palo.

Cuando abrí los ojos, mi primo William se agarraba la cabeza y Comequechu estaba pálido; vi la repetición en cámara lenta y me felicité por haber sido cobarde. Yo no podía ver eso en directo, porque si veía esa pelota en el poste me moría, me caía redondo en el comedor.

Ahora, que rememoro la escena, me acabo de acordar la segunda cosa que pensé con los ojos cerrados. Pensé esto: si un partido de octavos contra Suiza me causa esta angustia, ¿será conveniente presenciar una final hipotética contra Brasil en el Maracanã? Lo pensé de verdad, con responsabilidad de padre de una nena de diez años. ¿Me recomendaría un médico seguir mirando este Mundial? Si con Suiza tuve taquicardia, ¿a qué ritmo cardíaco llegaré cuando Neymar cruce la mitad de cancha con pelota dominada y Fernández quede a contrapie?

Lo escribo en caliente, y con chispa de escritorcito simpático, pero lo estoy pensando en serio: soy gordo, fumo como un chancho, me angustia el fútbol y, para peor, estoy justo en los «cuarenta y pico», la edad en que suelen morirse todos los gordos que fuman y se angustian.

Ahora ya no sé si me está gustando tanto este Mundial, porque lo más lindo que tienen los mundiales es saber que no será el último de tu vida.

Sábado 5 de julio, tras Costa Rica 5 Grecia 3

Querido diario, ¿qué está pasando con las selecciones pintorescas? Siempre fueron países donde el fútbol es un pasatiempo. A veces prefieren el béisbol, la elección de Miss Universo o salir corriendo cuando los persigue un tigre. Siempre fueron las selecciones simpáticas de las Copas del Mundo. ¿Recordás, querido diario, cuando los invitábamos a nuestros mundiales para sentir ternura? Los invitábamos porque eran coloridos y dicharacheros, y porque nos encantaba hacerles goles desde afuera del área. Nueve a cero, diez a uno, siete a dos... Los incluíamos en el Mundial porque es aburrido jugar siempre entre potencias, y también un poco para reírnos con sus peinados.

Los espolvorábamos en el fixture para darle condimento exótico a la primera fase... Y ellos venían, mansitos. Qué ingenuos y domésticos venían. Cuánta candidez en la mirada. Nosotros practicábamos gambetas y ellos el contrapie a destiempo, nosotros la escondíamos y ellos la iban a buscar. Qué amigables perros de campo para nuestros caballos de fuerza. Y si de repente una jugada les salía bien, los mirábamos, paternales: «¡Pero observá al negrito, cómo festeja el gol bailando la conga!». Eran conmovedores sus arqueros manos de manteca,

sus piruetas excéntricas, sus mediocampistas caóticos. Nos hartamos de hacerles goles a sus líneas de cuatro mal paradas.

¿Qué pasó con las selecciones pintorescas? ¿Quién les explicó el asunto? Si hasta hace poco jugaban al fútbol por hobby, nunca habían visto un partido de Champions... Y ahora, de sopetón, nos plantan un 4-3-3 y no les podemos entrar.

Alguien les debe haber puesto internet a sus aldeas, televisión por cable a sus casitas de barro, porque de golpe aprendieron a tirar el achique, ahora saben triangular. Aguantan un cero a cero de espaldas al banderín, es un despropósito. ¿Dónde se ha visto que los países poderosos tengamos que ir a la prórroga contra Argelia? No puede ser que nos acorrale Irán, que Nigeria nos muestre los dientes. Que tengamos que ir a los penales con Chile, cortando clavos. ¿Cómo es posible que Costa Rica nos elimine? ¡A *nosotros*, que descubrimos el fútbol en siglo diecinueve! ¡Que nos meta un tres a uno a *nosotros*, que organizamos el primer Mundial! ¡Que nos baile a *nosotros*, que inventamos el catenaccio! ¿Qué está pasando para que de repente *nosotros*, las potencias, empecemos a pedir la hora?

Para cuando empieza el Mundial 2018, es vital que los centroamericanos vuelvan a ser simpáticos, como cuando nos decían de usted. Que los africanos sean de nuevo coloridos, como cuando nos tenían miedo. Que los colombianos sean de nuevo pintorescos, como cuando nos respetaban. Y si no, habrá

que ver a qué países invitamos dentro de cuatro años. Hay que empezar ya mismo a buscar mejor en el mapa. Dicen que todavía nos queda China y Corea del Norte, que tienen el internet bloqueado y no hay Youtube que les enseñe a pegarle con tres dedos.

Pero ojo, puede ser temporal: el día que a los chinos le instalen la parabólica, el día que los norcoreanos se aburran del pimpón y los misiles, el día que el comunismo aprenda a atacar con falso nueve... adiós Mundiales pintorescos. Adiós. Y para siempre.

Domingo 6 de julio, tras Argentina 1 Bélgica 0

La última vez que vi a Argentina en una semifinal, querido diario, yo no era yo: era un chico de diecinueve años mal acostumbrado. Pero sobre todo era joven, era bastante flaco, era soltero y tenía una extraña sensación de inmortalidad. Ser inmortal, en la juventud, era saber que ibas a jugar los siete partidos. Ser inmortal era entender que el peor destino podía ser jugar el sábado por el tercer puesto. Lo peor que te podía pasar en la vida era el bronce, pero nadie te echaba antes de tiempo. Nacías para jugar siete y jugabas siete.

De eso me di cuenta hace un rato: nunca había visto a la Argentina pasar a semifinales siendo un adulto. Nunca había visto a la selección de mi país pasar de cuartos sin mi padre. Nunca con mi hija.

Cuando terminó el partido contra Bélgica recordé cuánto hacía que no me sentía así de inmortal.

Fue hace mucho, en dos partidos inolvidables: mis quince años 2, Inglaterra 1; y mis diecinueve años 3, Yugoslavia 2.

Eso es todo lo que sé. En mi adolescencia fui inmortal como muchos otros que ahora pasamos los cuarenta. Fuimos inmortales, o creímos serlo, porque nuestros futbolistas nos mal acostumbraron: antes de los diez años ya nos habían dado una Copa del Mundo, y antes de los veinte nos regalaron dos finales y otra Copa. A eso hay que sumarle que siempre te sentís un poco eterno en la adolescencia, con o sin fútbol.

Yo me hubiera cagado mucho de risa, a principios de los años noventa, si un profeta de barba larga y canosa me hubiera alertado:

—Disfruta lo que tienes ahora, joven gordito, sal a la plaza ahora y toca bocina y abrázate con desconocidos, porque en el futuro solo habrá lágrimas y frustraciones; habrá una tarde en que le cortarán las piernas a tu Dios resucitado y se activará la peor de tus crisis personales; luego habrá penales fallados y prórrogas agónicas con final adverso; también veo un viaje en tu futuro: vivirás para siempre en otra tierra y te sentirás lejos de los tuyos; habrá una noche solitaria en Oriente en la que llorarás sin nadie que te consuele y sin octavos; habrá partidos insulsos y torpes; habrá una hija, sí, pero también habrá germanos altos y rubios que te quitarán la miel de la boca por dos veces, y esa hija te verá derrotado, llorando una goleada ominosa escondido en un baño.

Escucha lo que te digo, joven gordito: disfruta ahora y para siempre, porque todavía no has cumplido veinte años y aún te crees inmortal; salta y grita y canta bajo la lluvia de goles, porque en tu futuro habrá veinticuatro años de sequía y de silencio.

No habría escuchado a ese vidente. Y en caso de que hubiera aguantado su monólogo sin reírme, no le habría creído una sola palabra. Lo habría tomado por un borracho o un loco. Aunque ahora que lo pienso, en mi adolescencia me encantaba creerles a los locos de las plazas y conversar con ellos. Cuando sos inmortal te excita la gente con barba larga y canosa. Entonces le hubiera preguntado, después de su prédica:

—¿Dijiste veinticuatro años, viejo?

—Exacto. Casi cinco lustros de dolor, un cuarto de siglo de silencio en la garganta. Año tras año muriendo de angustia sin llegar a la orilla... Eso es lo que veo en tu futuro, oh, joven gordito.

Y yo le hubiera preguntado:

—¿Pero llego vivo, viejo demente? ¿Estaré ahí veinticuatro años después, cuando otra vez jugaremos los siete partidos?

Y él asentiría con un gesto ambiguo, como diciendo «sí, con un colesterol muy alto pero llegarás más o menos vivo».

—¿Y esa hija de la que habías estará ahí, conmigo, o la madre me habrá ganado la tenencia y vivirá en otra casa, odiándome, y yo pagando la manutención?

—No. Tu hija estará a tu lado.

—¿Y verá ese gol que nos deja en semifinales?

—Lo verá. Será un gol temprano del hijo de Jorge Higuaín, el que juega en River.

—¿El hijo del Pipa?

—No te vayas de tema, joven gordito; he venido aquí para advertirte de que no eres inmortal; disfruta los triunfos de la juventud porque más tarde habrá oscuridad y desconcierto y...

—¡No señor! —lo interrumpiría yo entonces—. Si mi hija estará ahí conmigo cuando pasemos otra vez a semifinales, ella sabrá desde chica qué significa todo esto, qué quiere decir ser hinchita de Argentina. Sabrá que la vida es nacer para jugar siete, soñar toda la vida con jugar siete... ¡y jugar siete, carajo! No me estás diciendo que no soy inmortal, viejo borracho: me estás diciendo que espere un poco para volver a ser feliz.

Y al escuchar eso, el viejo se iría de la plaza con su barba canosa, arrastrando los pies, cabizbajo, con todos sus pájaros de mal agüero encerrados en la jaula del futuro.

Miércoles 9 de julio, tras Alemania 7 Brasil 1

Las primeras palabras del papa Juan Pablo II después de los atentados contra las Torres Gemelas fueron las siguientes: «El mundo, tal y como lo conocemos, ha dejado de existir». Desde hoy se puede decir lo mismo sobre los Mundiales de Fútbol.

Escribo estas líneas, querido diario, horas antes de que Argentina juegue una semifinal después de

muchos años. Pero también las escribo sabiendo que el fútbol, tal y como lo conocemos, ha dejado de existir. El 7 a 1 de hace un rato en Belo Horizonte lo cambia todo y no puede ser bueno para nadie. Solo para los alemanes, que son máquinas sin corazón. Pero para nadie más.

Aunque la Copa la termine levantando Holanda o Argentina, este Mundial será recordado por otro evento. Aunque Messi o Robben hagan magia el domingo, e incluso tuerzan el viento del huracán germano, la bisagra de esta época deportiva tendrá su corte histórico en el estadio Mineirao, y no en el Maracaná. Por primera vez en su historia, un Mundial terminó cinco días antes del pitido final.

Y sin embargo veo en Twitter, en la prensa argentina, en la tele, alguna gente muy contenta por la desgracia brasileña. No puedo entender esa alegría. No me hace feliz en absoluto el 7 a 1 de esta tarde.

Hubiera preferido que el pelotazo del chileno Pinilla entrara, en vez de pegar en el travesaño, y que Brasil se hubiera quedado fuera en octavos o en cuartos; nunca de esta manera.

Me gusta que Brasil sea nuestro némesis en América, me gusta pensar en ellos como nuestro peor enemigo. ¡Ah, que rabia me dan sus camisetas amarillas, sus laterales que suben al ataque, su historia sin mácula, sus cinco estrellitas azules en el pecho! Pero hay castigos que no se le desean a nadie, ni al peor enemigo. Podemos desear ganarle a Brasil. Podemos desear que Brasil pierda siempre, si es po-

sible en tiempo de descuento. Podemos señalar con sorna que, aunque tengan cinco mundiales, nunca logran ganar los de su casa. Pero desear, o festejar, un 7 a 1 contra Alemania, sabiendo que el próximo festín de las máquinas feroces podemos ser nosotros, eso, es indeseable.

Es indeseable que los alemanes ganen su primer Mundial en América. Es indeseable que exista la posibilidad de que vuelvan a golearnos como en Sudáfrica. Es indeseable que los jugadores argentinos salgan hoy a la cancha pensando que, si le ganan a Holanda, lo que sigue no será épico, porque la épica ya ocurrió en semifinales. El 7 a 1 del Mineirao es el peor resultado del mundo. La maravillosa final esperada por todos era Brasil y Argentina. Cualquier otro cruce es una mierda pinchada en un palo. No arropo a Brasil como los falsos progres que pretenden que en el fútbol debe imperar la unión latinoamericana. ¡Y una mierda! Solamente digo que el viejo y querido balompié de los hombres imperfectos ha dejado de existir; desde hoy impera el fútbol de las máquinas sin falla. Esas máquinas que nos hicieron cuatro en Sudáfrica y nos dejaron traumas y sufrimientos durante años. Entre aquel partido y el de ayer, Alemania le acaba de meter once goles a brasileños y argentinos. Nos hermanó en la más puta de las desgracias. Nos dejó solos a un costado, preguntándonos qué se siente. Qué se siente que tu verdadero papá no sea otro equipo de once jugadores, sino un artefacto infernal. ¿Qué se siente?

Jueves 10 de julio, tras Argentina 4 Holanda 2

Yo conocí en Mercedes, querido diario, a un grupete muy compacto de cinco amigos jóvenes que habían visto las finales del 86 y del 90 en el mismo lugar: la casa de uno de ellos. Compartieron las cábalas típicas de los sillones, del nerviosismo cortado por el porro, de los abrazos de México y los llantos de Italia.

Después crecieron, pero siguieron siendo amigos tres o cuatro mundiales más, y repitieron las cábalas con menos suerte. Echaron panza, se fueron casando uno por uno, aparecieron los hijos y un día, después del Mundial de Alemania o antes, una especie de discusión pelotuda partió el grupo al medio.

Ya no se acuerdan si fue porque unos estaban a favor del campo y los otros no, o porque unos estaban en contra de la ley de medios y a los otros les daba igual. Fue algo raro, puramente político, que no había pasado nunca en esas sobremesas. Pero un día pasó: en una cena saltó la térmica, hubo una pu-teada agresiva, después un par amagó con empujones, otros separaron y pusieron paños fríos, pero se creó un clima tenso que no pudieron salvar. Y dejaron de reunirse.

El Mundial de Sudáfrica lo vieron tres por un lado, dos por el otro. También es verdad que habían crecido y tenían trabajos más duros, hijos y esposas, pero en el fondo sabían que no era por eso que no se llamaban más por teléfono ni hablaban de fútbol. Tampoco fue que no se vieron más: se cruzaban

cada tanto por la calle, se veían las caras en fiestas comunes y todo bien, ningún pique, pero estaba clarísimo que ya no era igual. Ya no leían los mismos diarios, ya no pensaban parecido.

En este Mundial, los partidos de primera fase los vio cada uno por su lado. El de octavos contra Suiza se juntaron dos y dos, y uno quedó suelto. El de cuartos contra Bélgica, tres en una casa, dos en la otra. En la semifinal contra Holanda, por primera vez en años, se juntaron cuatro a la vez. Uno solo se quedó en casa: el más dolido por las heridas de otros tiempos.

Cuando terminó el partido, hace un rato, justo en el momento en que Javier Mascherano hablaba con un periodista con los ojos llorosos, a los cuatro les sonó al mismo tiempo el timbre del teléfono. Era un mensaje del quinto amigo solitario. El mensaje decía: «¿El domingo en casa?».

Esta historia ocurrió hace menos de dos horas, en una esquina de Mercedes que yo conozco muy bien. Ese mensaje de teléfono es real; es más, quién dice que no se haya repetido en otras habitaciones del país. Es una enorme posibilidad. Y estoy convencido, sobre todo, de que las lágrimas de Mascherano tenían que ver con esa posibilidad. La alegría de Messi después del penal de Maxi, tenía que ver un poco con eso. El abrazo de Sabella con su asistente tenía que ver con eso. La última estirada de Romero tenía que ver con ese mensaje probable en los celulares de mucha gente: El domingo, ¿en casa?

Habrá que agradecerles un montón de cosas a estos futbolistas cuando vuelvan a Buenos Aires, con o sin la Copa. Muchas cosas: la unión y la humildad y la garra y la tenacidad para romper un hechizo de veinticuatro años. Etcétera.

Yo les agradezco que el próximo domingo 13 de julio, al mediodía, un grupo de cinco viejos ex amigos de mi pueblo se van a juntar en los mismos sillones del 86, después de mucho tiempo distanciados, y van a hacer fuerza por lo mismo.

Como antes, cuando éramos inmortales.

Sábado 12 de julio, durante Holanda 3 Brasil 0

Mientras escribo esto, querido diario, João da Silva arrastra los pies sin ganas y acerca el sillón a la tele. João es un cuarentón simpático y su esposa lo mira con pena. Falta una hora para el Brasil-Holanda por el tercer puesto y a João lo asalta una especie de d j  vu. Repiquetea en su cabeza un momento horrible de su primera adolescencia.

Recuerda la última nochebuena en que lo sentaron en la mesa con los primos pequeños. Tenía trece años cumplidos, ya le salían pelos en las patas, ya se masturbaba a escondidas, pero no le permitieron compartir la cena con sus tíos y sus padres; lo sentaron en la mesa de plegat n. Se sintió un idiota, con las rodillas dobladas, al lado de niños de diez años que cenaban en cuencos de plástico y se excitaban con el ruido insulso de los petardos.

João revive con fuerza aquella nochebuena espantosa en la que fue por última vez un semi-adulto que sorbía con rabia el menú sin picante. Su esposa lo mira de reojo, preocupada.

Ahora falta media hora para que empiece el choque por el tercer puesto y João está ahí, frente a la pantalla, con el mismo agobio de su adolescencia. Abre de par en par las ventanas, pone la tele sin volumen, descongela tres cervezas, sincroniza la imagen con la radio, pero hace todo sin brillo en los ojos; más tarde oír el himno como quien escucha llover, y si de casualidad suelta una lágrima será igual que la bilis del perro de Pavlov: pura costumbre.

Cumple con los rituales porque juega su selección de fútbol. Pero al mismo tiempo se pregunta (hace ya tres días que se lo pregunta) ¿qué sentido tiene todo esto, si en la otra mesa los adultos se están contando chistes verdes mientras beben de verdad? ¿Qué carajo hago yo con esta cocacola tibia en el vaso, al lado de estas criaturas que todavía creen en Papá Noel?

«Y si esta angustia me atraviesa a mí, que no soy nadie» —se pregunta João mientras los jugadores salen del túnel—, «¿que les estará pasando por la cabeza al bueno de David Luiz, al gigantón Hulk, al renacido Julio César, al voluntarioso Marcelo, a los once que están pisando por obligación el césped a esta hora, ante la indiferencia brutal del mundo?».

De repente, João recuerda qué pensaba cuando era chico, mientras se aburría como un hongo en la

mesa plegable de la navidad. Pensaba en el orgullo que sentiría al año siguiente, cuando por fin lo sentarían con los mayores; pensaba en la próxima nochebuena. Pero la metáfora se le rompe enseguida: ya no le sirve esa ilusión a futuro. Será que está grande, o será que Rusia 2018, en medio de tanta desazón, le parece una neblina en el calendario. Se siente desfondado y vacío. La mujer de João se acomoda en el borde del sillón y le acaricia la cabeza. La pobre le puso el hombro al marido durante los últimos cuatro días: desde los treinta minutos de aquel primer tiempo, cuando los alemanes hicieron el quinto gol, hasta esta misma mañana.

Fueron horas tremendas. João lloró, durmió, cagó y bebió, en ciclos rotativos de nueve horas. Solo hizo eso desde el miércoles. No atendió el teléfono, no fue a visitar a sus clientes, no besó a sus hijos ni vio pornografía en secreto. João se convirtió en un vegetal hasta hoy sábado, que por fin salió de la cama y arrastró el sillón hasta la tele.

«Deberías haberte bañado, amor, para ver más fresco el último partido; los muchachos jugarán con dignidad, ya lo verás... Harán muchos goles».

João recibe las palabras de su mujer como el que escucha la megafonía de un aeropuerto árabe. No tiene fuerza para decirle que, incluso si esta tarde golean, nadie se atreverá a festejar. Nadie saltará ni gritará con el alma, y eso es lo que lo pone triste.

No puede decirle a su mujer que necesita el abrazo de su padre, porque ella sentiría que sus cari-

cias son inútiles. ¡Pero cómo quisiera que su padre estuviera vivo en el sillón de mimbre! No para recibir el consuelo de su viejo, sino al contrario. Quisiera poder decirle: «Padre, ya no estés triste por lo que pasó en Maracaná, aquello que viviste en las gradas con vergüenza; ya no tengas pesadillas con Obdulio porque ha pasado el tiempo, padre, y el Mundial ha sido otra vez en casa y nos fue peor: Alemania nos metió siete y la final la jugarán los argentinos. Descansa en paz, papá, ya no sufras, que aquí está tu hijo para tomar el relevo del dolor».

Pero su padre no está, su esposa no lo comprende, su infancia lo asalta con recuerdos infelices y, para peor de males, por la ventana abierta se escucha a un grupo de hinchas cantando en español esa canción espantosa y pegadiza de Creedence. La mujer de João corre a cerrar las persianas pero no llega a tiempo y el estribillo invade la habitación.

«Putos argentinos, discos rayados», murmura la mujer, trabando los postigos.

João cierra los ojos y comprende la ironía: aquellos malditos se hartaron de preguntar qué se siente, qué se siente, qué se siente, y cuando por fin llega el séptimo partido, no se siente nada.

Ni las piernas, ni el corazón.

«Lo siento mucho», dice en voz alta João, «pero no siento nada».

Y a los tres minutos del primer tiempo, con marcador Brasil 0 Holanda 1, apaga el televisor y se va a dormir.

Domingo 13 de julio, antes de la final

Los talleres literarios, querido diario, aconsejan que no hay que sentarse a escribir ni en medio de la exaltación ni en mitad de la desdicha. Recomiendan que antes de escribir en caliente pasen los días y se ordenen las ideas. Está claro que los talleres literarios no entiende nada sobre una Final del Mundo.

A esta hora en mi casa de Sant Celoni es la mañana y es domingo; solamente queda el partido final. Hace un rato, después de que Holanda le metiera tres a Brasil, en mi cabeza saltó una alarma. ¿Qué pasa si Argentina pierde y tengo que escribir el final de este diario íntimo?

Estoy de acuerdo a medias con los talleres literarios. Yo creo que sí podría narrar en mitad de la exaltación; o por lo menos no me preocupa lo que salga de mi boca, de mis dedos, si Argentina ganara el Mundial. Cerraría los ojos y me dejaría llevar por la exageración, el chovinismo y la cursilería, más o menos en ese orden.

No me daría vergüenza ser frívolo.

El problema es si, en lugar del milagro, en la final ocurre lo que indica la lógica. Yo me conozco bien, y sé que no voy a tener fuerza ni ánimo para redactar la última crónica de estas páginas. Hace mucho tiempo que no puedo caretear energía cuando no la tengo. Aunque me sienta orgulloso de esta Selección, aunque el segundo puesto será sin duda dignísimo, yo me conozco. Solamente voy a tener

fuerza para cagar, dormir y estar triste. Ni los bomberos me van a despertar de la angustia. ¿Con qué aire voy a escribirte, querido diario?

En 2010, cuando Argentina fue goleada por esta misma gente en cuartos de final, estuve treinta y ocho horas sentado en el garage de casa, balancéandome de adelante para atrás, como los locos, y repitiendo una única palabra: Miroslav... Miroslav...

Nina tenía seis años y me miraba desde la escalera, con miedo, creyendo que me había convertido en el primer zombie gordo del mundo. Mi mujer me decía «levanta un poco el culo para que pase la fregona, que te has meado otra vez», y a mí me costaba incluso eso, levantarme del suelo para que me lavaran. No pude escribir una frase entera hasta cuatro días después, no pude ser chistoso hasta agosto, no pude comer berlinesas con crema hasta muy entrado el 2011. Por eso acabo de tomar la decisión (y eso significa que en estos años maduré mucho) de que estas palabras serán mi crónica final sobre la Copa del Mundo, si Argentina pierde.

A esta hora del domingo, según las casas de apuestas, «cagar, dormir y estar triste» paga 2.20, mientras que «escribir mañana con exaltación y cursilería» paga 3.50. Es decir, hay más probabilidades de que yo esté deprimido en la cama el lunes que de ser feliz como un chanchito.

Aprovecho entonces para decirles a mi hija y a mi mujer que cuento con ellas los próximos diez días; que aunque no me va a salir de la boca la frase

«tengo sed», cada ocho o diez horas deberán darme algo líquido. Aprovecho también para avisarles a todos los que me conocen, que no responderé correos, ni de consuelo ni de acreedores, hasta el lunes.

Y aprovecho, sobre todo (porque todavía en mi cabeza es domingo temprano y el partido no se jugó), para decir en voz alta que cuando se me pase la angustia, volveré a estar orgulloso, como hoy, de nuestros futbolistas.

Para siempre.

Martes 15 de julio, dos días después de la final

Querido diario, dos meses antes de la Copa del Mundo, cuando vivir era más fácil que ahora, cuando no se te aparecía en sueños Higuaín habilitado frente a un arco vacío, me comprometí a entregar un trabajo hoy, quince de julio.

Ni siquiera era un trabajo pago, sino el pedido de un amigo: «Hola Hernán, elegí los nueve libros que te hayan cambiado la vida y explicá por qué en mil palabras». Para darme ánimos, el amigo me decía que ya lo habían hecho, para la misma causa noble, Manu Ginobili, Adrián Paenza y no sé cuántos más. Cuando respondí ese mail y dije que sí, que cómo no, que encantado, la fecha límite del quince de julio era un día cualquiera del verano español, una luz tenue en el final del almanaque. No estaba en mis planes, ni en los de nadie, que resultara ser la segunda jornada de tristeza encerrado en mi garage.

Así que mientras lloraba a lo oscuro, me sonó la alarma que programé hace mucho, y que decía: «Acordate del pedido de Garbulsky».

—¡La concha de Garbulsky! —grité.

Mi mujer, que me estaba dando Seven Up con una cuchara sopera, me tranquilizó:

—Shhh, calma... ¿Garbulsky es el que os ha metido el gol en el descuento?

—No —le dije—. Gerry Garbulsky, el que organiza las charlas TED en Argentina. Le tengo que entregar un trabajo de mil palabras mañana a primera hora.

—¿Y podrás escribir, en ese estado calamitoso?

—Se lo prometí.

—¡Pero si no puedes mantenerte en pie!

—Ayudar a un amigo judío es una manera de cagar a los alemanes —le dije pegando un salto, y por primera vez en cuarenta horas emergí de las tinieblas del garage, me pegué una ducha y me fui a al escritorio.

Abrí la máquina sin navegar diarios deportivos ni Twitter. No quería ver ni una foto, ni un comentario de fútbol. Quería concentrarme únicamente en libros y autores, pero algo me patinaba en la cabeza. Si pensaba en Camus, me acordaba que fue arquero en Argelia; si pensaba en Borges o en Bolaño, me aparecían los dos centrales de Costa Rica. Cortázar era un belga alto que saltaba a cabecear. El teatro alemán duraba dos actos y una prórroga. El Julio César de Shakespeare tenía guantes, iba vestido de

gris y era brasilero. Neruda perdía contra Amado por penales y a Benedetti lo echaban por morder a Darío Fo.

Casi me vuelvo loco y salgo corriendo otra vez al garage a encerrarme. Pero hice un último intento y busqué de verdad, adentro de mi corazón. Le ordené a mi cabeza que silenciara la bronca. Y de repente pude irme lejos, a la infancia y a la adolescencia, a la época en que leer era lo único que me hacía feliz. Y pensé en Tom Sawyer, en Conan Doyle, en Cortázar y en Camilo José Cela, en Allan Poe, en un montón de libros que leí antes de los veinticinco. No creo que después de esa edad un libro te cambie la vida. La vida es arcilla hasta los veinticinco; después es piedra.

Y gracias a estos recuerdos pude volver algunas horas a una vida en donde el fútbol no es importante. Y pude escribir las putas mil palabras, y se las mandé a mi amigo. Y gracias a esa tarea un poco obligatoria, conseguí algo que creía imposible: escribir de un tirón dos días después de la desgracia del 13 de julio. Y no solo eso: hacerlo me levantó el ánimo y me hizo sonreír un par de veces mientras recordaba libros y escritores. Te cuento esto, querido diario, como una manera de cerrar dignamente mi charla con vos hasta dentro de cuatro años. Es mi manera de decirte que si algo nos salva, siempre, de todas las decepciones, es compartir historias.

Escupir el asado

La fábula es corta y la voy a resumir en el primer párrafo: unos excompañeros de colegio abrieron una página en Facebook en la que filmaban sus parrilladas y ofrecían secretos de cocción de la carne. Como la web tuvo rápidamente muchos seguidores, el grupo fue invitado a un ignoto mundial de barbacoa en el norte de África. La invitación fue fortuita, una gran casualidad que propició internet.

Los chicos aceptaron la invitación, fueron a Marruecos, se divirtieron como chanchos, salieron cuartos en la competición y cuando volvieron al país la prensa los linchó con salvajismo. Lo interesante es que, hasta dos meses antes, nadie sabía de la existencia de tal competición. Pero los titulares, de repente, parecían informar sobre el evento gastronómico más esperado del año: «Papelón argentino en el Mundial del Asado», dijo el canal de televisión *Todo Noticias*. «El equipo argentino no subió ni al podio», tituló *Clarín* en letras de molde. «Nos ganó hasta Liechtenstein», se burló el *Canal 26*.

Muchos usuarios de Twitter, arrastrados por la prensa, también se envalentonaron: «Ahora van a

decir que la achura no dobla», dijo alguien desde un sofá. «Si van al mundial de surf, lo pierden con Bolivia», dijo otro desde una oficina sin ventiluz. Las redes sociales, la radio, la televisión e internet masacraron al grupo hasta el cansancio, o hasta que otro tema les ocupó la agenda.

Los seis componentes del equipo argentino leyeron cada uno de estos comentarios todavía en Marruecos, mientras hacían las valijas para volver a Buenos Aires. Hasta ese momento, ellos estaban convencidos de haber pasado seis días inolvidables en el norte de África, con todo pago, divirtiéndose y cocinando junto a otra gente del resto del mundo. La prensa argentina, que nunca viajó hasta allí, les informaba desde internet que no, que de ninguna manera habían pasado seis días maravillosos, sino seis días horribles y llenos de vergüenza. La prensa les informaba que eran unos perdedores.

Esa es la versión corta, y alcanza para convertir en realidad una metáfora muy transitada. En Argentina la frase «escupir el asado» significa estropear con mala intención los planes de otros. Ese linchamiento mediático fue, exactamente, el regreso de la metáfora a su forma literal. Lo que pasó a finales de mayo de 2013 en Marruecos se puede narrar ahora como una fábula perfecta de la agresividad que se vive, también, en otros ámbitos menos frívolos que un mundial de barbacoa. La contaré porque estuve en Marruecos durante esos días, sin saber que aquello podía convertirse en metáfora social. Fui al mundial

de barbacoa porque soy gordo y me gusta comer animales muertos quemados, y conocí a los integrantes del equipo argentino en el lobby del hotel: ellos no sabían armar buenos cigarrros de hachís y les tuve que enseñar.

*

En realidad no sé por qué decidí ir al norte de África. Desde que soy sedentario y viejo mis arrebatos por volar a la aventura son contradictorios. Cuando falta un mes tengo muchísimas ganas de ir a cualquier parte porque mi cerebro sospecha que sigo siendo joven y nómada. Saco el tema en las reuniones, le digo a todos a dónde iré y fantaseo con que la pasaré mejor que nunca. Cuando falta una semana empiezo a dudar: recuerdo que me cuesta conversar con extraños, que no sé defenderme en ningún idioma, que me aburren los aeropuertos y que en los hoteles me deprimó. Cuando falta un día para el vuelo me gustaría que explotaran todos los aeropuertos del mundo para poder quedarme en casa, acurrucado en posición fetal mirando tele, y empiezo a buscar excusas para escapar de mis promesas. Entonces, zácate, un taxi me está llevando al aeropuerto. Tengo un bolso con ropa, tengo indicaciones de mi mujer en un papelito, y sobre todo tengo tanto malhumor dentro del taxi que no puedo entender por qué acepté salir de mi casa. Para peor, esta vez me metí yo solo en la boca del lobo.

Un mes antes de volar estábamos en Buenos Aires organizando la grilla de la revista Orsai número 14. Tirábamos temas posibles, buscábamos historias divertidas y autores que las pudieran contar. Alguien dijo, en la reunión, que existía un evento llamado *World Barbecue Championship*.

—¿Un mundial internacional de barbacoas?

—Sí señor.

Nadie sabía dónde iba a ocurrir, ni cuándo, pero lo habían escuchado por la radio y parecía inminente. Aún había poca información, sin embargo un dato nos sedujo: por primera vez, en los doce años que tenía el mundial, habían invitado a un equipo argentino.

—Hay que cubrir eso —dijo Chiri emocionado.

Yo estuve de acuerdo enseguida; siempre estoy de acuerdo cuando se trata de hacer crónicas frívolas. Google nos dio la información que faltaba:

—Acá dice que es en Marruecos, el último fin de semana de mayo. ¿A quién mandamos?

Y entonces dije algo que suelo decir cuando pierdo de vista que estoy viejo y que todo me aburre.

—Voy yo.

En general me condeno siempre con dos o tres palabras.

Chiri me miró con dudas. Sabe que el punto más alto de mi vehemencia ocurre cuando la idea está en pañales, cuando es fácil abrir la boca y fantasear, y que ese ímpetu mengua día tras día hasta que se convierte en el desgano más grande del mundo.

*

Lo mejor de un viaje a África es decir que se irá y escribir que se ha ido. Lo insoportable es tener que ir yendo. Pero una vez ahí, cuando el aire trae olor a carne asada, a hachís quemándose en el tabaco rubio y uno está tranquilo viendo a unos chicos asar animales muertos, todo se vuelve agradable. Lo pensé con fuerza la noche mágica de los corderos en cruz.

En el Mediterráneo africano eran las nueve de la noche del veinticinco de mayo (fecha patria) y todos esperábamos, en la playa, que apareciera la luna detrás del mar.

Desde la mañana se rumoreó, en el hotel, que esa noche habría luna llena, pero fue una sorpresa cuando apareció porque nadie la vio salir por el horizonte. En un momento no había nada y en otro momento ya estaba toda. La vio primero Joaco, el asador argentino encargado del carbón:

—¡Miren la luna, loco, parece un queso! —dijo, y más de cien personas miramos la frontera entre el cielo y el mar y dijimos la palabra «luna» cada uno en nuestro idioma, y enseguida el monosílabo «oh» en un idioma general.

Fue la única vez que los irlandeses, los holandeses, los marroquíes, los belgas, los austríacos, el público, los árbitros y los corresponsales de prensa dejamos de mirar el tremendo fuego con leña del equipo argentino.

Era un Mundial de barbacoa —esa rareza euro-

pea de carne veloz y pragmática—, y los argentinos estaban haciendo un asado de leña con corderos en cruz, a campo abierto. Un despropósito: era como si apareciese un tiburón de mandíbula tremenda en el consultorio de un dentista y se comiera a la secretaria. Ningún extranjero podía creer lo que estaba pasando en esa playa, con semejante viento. Ellos, los extranjeros, con su termodinámica para cocer dócilmente un churrasco, veían por primera vez el origen de asar de verdad un animal crucificado. Veían la prehistoria de la cocción. Lo que para mí eran seis chicos parecidos a cualquiera de mis amigos de hace veinte años, distribuyendo la brasa y pintando de chimichurri el costillar, para el ojo foráneo era un acontecimiento ancestral subrayado por el paisaje africano. Pude leer los labios de Felipe:

—¡Mirá donde estamos, Chino!

Un grupo de turistas españolas los mimaban. Un fotógrafo portugués les hacía fotos. Una televisión de Argelia los entrevistaba.

*

Yo me había alejado un poco para armarles cigarros y pensaba que unos años antes, en 2011, estos chicos se pasaban las noches organizando parrilladas en sus casas sin fantasear con el norte de África. Eran y son antiguos compañeros del secundario, hermanos mayores y amigos comunes. Algunos viven en la Patagonia y otros en el norte de Buenos Aires, pero se

juntan como un rito desde hace años en la casa del que sea. Unos son de Boca, otros de San Lorenzo o de River, y no todos son oficialistas ni todos opositores, pero las sobremesas de carne y vino los reúnen igual. Hay miles de grupos así en cualquier parte de Argentina; no se pelearon a muerte como parece asegurar la sensación térmica. Se llaman Joaco, Felipe, Rocco, Laucha, Chino y Rama; pero podrían tranquilamente llamarse Micho, Tito, Negro, Gordo y Cabezón y ninguna locutora de radio notaría la diferencia. Son esa clase de grupo cerrado de varones jóvenes que elige el asado a cualquier otro deporte, y que solo faltan a las citas del vacuno cuando la novia es nueva.

Les gusta el fernet y la conversación. Les gusta el fuego: mirarlo, estirarlo y verlo crepitar. Una noche colgaron en Facebook fotos de sus parrilladas. Chorizos en camión de panceta, morrón al huevo frito, achuras doradas y costillares interminables. Le pusieron a la página «Locos por el asado» y diseñaron un logo en donde el «por» es una equis formada por un cuchillo y un tenedor. De repente, cien seguidores nuevos en la página.

Ni el logo ni las fotos eran espectaculares, sino más bien amateurs, y justamente por eso otros grupos de amigos (también aficionados a la carne) se sumaron a la página. Un «Me gusta» atrás de otro, y así durante semanas enteras. A los dos meses se despertaron de una borrachera y tenían más de mil seguidores. Encantados de saberse con público, empe-

zaron a subir videos de un minuto con recetas de cómo asar mejor el costillar, el matambre o la bondiola. Cincuenta mil seguidores y tres asados por semana. No eran videos artísticos ni las recetas tenían grandes secretos gastronómicos. Sin embargo, ochenta mil seguidores.

Los que filmaban, a veces, estaban más borrachos que los que improvisaban las recetas, pero eso, en vez de quitarle valor a las imágenes, lograba que cada video resultara más divertido que el anterior. Cien mil seguidores. Llegó un momento, a finales de 2012, en el que ya no sabían si organizaban cuatro asados por semana porque querían charlar entre ellos, porque tenían hambre, o para nutrir de contenidos la fanpage de Facebook. Una tarde les llegó un mail en inglés. Era una invitación formal desde la World Barbecue Association, con sede en Suecia.

Todo esto me lo contaban ellos mismos en la habitación del hotel donde se concentraban para el match contra Marruecos, esa noche de luna llena.

—Imagínate que estás jugando a la pelota con tus amigos en el patio, aparece una limusina, se baja un tipo y es Michel Platini que te invita al Mundial.

Sabían que era imposible ganar ese torneo, porque lo que se evalúa allí es, entre otras cosas, la higiene y la tecnología. Ellos estaban allí como invitados de honor, para que los extranjeros conocieran cómo es cocinar a pelo. Se les inflaba el pecho de orgullo cuando me lo contaban.

*

El *World Barbecue Championship* se lleva a cabo desde hace doce años en diferentes países de Europa. Los organizadores tienen camiones provistos con parrillas preinstaladas, consiguen sedes paradisíacas, hay árbitros internacionales, stands con marcas de ketchup y un gran despliegue culinario.

En la página oficial, WBQA.com, dicen que son una organización fraterna que promueve los valores de unir a los países alrededor del fuego y otro montón de boludeces en inglés para conseguir mejores auspiciantes, pero la verdadera historia es mucho más divertida. En realidad son unos gordos suecos, holandeses, irlandeses y de otros países a los que les encanta comer, cocinar barbacoas y reunirse en grupos chillones. Todos tienen un montón de plata y se la gastan en ir y venir por el mundo con sus supercombis y sus parrillas móviles, tomar cerveza hasta morir y conocer gente nueva a la que le guste lo mismo: asar carne, emborracharse, charlar y comer. Lo vienen haciendo así desde hace quince años.

En una sobremesa de 1999 a uno de estos gordos de panza ovalada y cogote colorado se le ocurrió hacer un campeonato mundial de barbacoa. Lo dijo en chiste, pero otros gordos se rieron fuerte y empezaron a idear las reglas de una posible competición internacional. ¡Ah, qué hermoso ser europeo y gordo y rico y pasarse una tarde organizando un mundial de comer! Cuando la cerveza se les terminó,

uno de los gordos ya tenía diseñado el logo. Siempre las mejores cosas empiezan cuando alguien dibuja un logo en una servilleta. Pusieron plata entre todos y armaron, a los trompicones, el primer mundial en Estocolmo.

La primera edición la ganó Reino Unido, en una final muy trabada contra Holanda. Les gustó tanto la experiencia que no pararon nunca más. Cada año eligen una sede distinta y perfeccionan la organización: hubo mundiales en Austria, Alemania, Suiza, Holanda, Dinamarca e incluso un año saltaron a Sydney. Cada nueva competición tiene reglas más claras y mejores empresas patrocinadoras.

Actualmente, el match principal es país contra país y se llama «a canasta cerrada». Cada equipo nacional recibe exactamente los mismos cortes de carne (cordero, vaca, pollo y otros animalitos de Dios) y hay un tiempo límite para asarlos con la técnica de cada región. Después los jueces prueban los manjares y emiten un veredicto. El año pasado el Mundial se llevó a cabo en Bélgica y ganó Austria por penales. No sé qué significa por penales, pero me imagino que involucra embocar chorizos en una canasta.

Sin embargo, algo más ocurrió a finales de 2012: uno de los fundadores de la WBQA descubrió una página en Facebook llamada «Locos por el asado». Una página de Argentina, el país de la leyenda del fuego a campo abierto, el sitio donde nacen y mueren las mejores vacas, la tierra del gaucho carnívoro. La página tenía entonces más de cien mil seguidores.

Como quien tira una botella al mar, los gordos europeos mandaron un mail invitando a Argentina —con todo pago— al siguiente *World Barbecue Championship*, que se llevaría a cabo en Marruecos a finales de mayo de 2013. La respuesta desde Buenos Aires tardó cuatro minutos, y no dos, porque los chicos no querían parecer ansiosos. Esto me lo contaban los organizadores en el hotel, entre risas y cervezas, en un castellano torpe:

—Es como si organizamos mundial de rugby amateur, y descubrimos webpage de All Blacks en Nueva Zelanda y decimos, bah, invitemos a venir, no perdemos nada. Y ellos dicen yes. ¡Es un sueño!

*

Se cruzaron varios mails. Los de cogote colorado les mandaron pasajes y los chicos argentinos viajaron al mundial. El primer encuentro físico entre los dos contingentes fue muy gracioso. Cuando el equipo argentino llegó a Marruecos y fue recibido por los organizadores del mundial, ambos grupos creían que los profesionales eran los otros.

El equipo argentino viajó en vuelo directo desde Buenos Aires a Roma, de Roma a Tánger en un Airbus, y de allí en un tren tumultuoso hasta Saïdia, donde acaba Marruecos y empieza Argelia. Ninguno de los seis conocía África ni las costumbres islámicas del norte. Descubrieron en el tren, entre otras cosas, lo fácil que es conseguir hachís en esa zona del

mundo y llegaron a la sede del campeonato mundial alterados y felices.

El resto de los equipos europeos había llegado en aviones directos, mientras sus trailers cruzaron Gibraltar y llegaron por tierra. Los holandeses tenían una autocaravana gigantesca, equipada con tecnología de punta. Los austríacos, parrillas hidráulicas y termómetros para medir la temperatura de la brasa. Cada uno de los países expertos en el mundial había conseguido, con los años, competir sobre todo en velocidad de cocción y en higiene. Los argentinos llegaron con seis bolsos, una guitarra y dos banderas: una albiceleste de Argentina, y otra roja de la ciudad de Trevelin, en Chubut.

El contraste con el resto de seleccionados era notorio no solo en el equipamiento, sino también en las edades y la contextura física. Casi todos los europeos eran cuarentones macizos de pelo chestertoniano y barriga ostentosa; el combinado argentino se componía de jóvenes flacos y altos con un promedio de edad de veinticuatro años. Vestían camisetas blancas con el nombre de su país detrás, en celeste, y en la pechera el auspicio de vinos Don Valentín y Buscapina.

Cuando los organizadores les preguntaron qué tipo de equipamiento y herramientas necesitaban para asar los corderos, la respuesta del equipo argentino rebotó en las paredes del complejo, se hizo rumor en los pasillos y los comentarios en los jardines del hotel duraron todo el día:

—Quieren asar diez corderos en la playa y no les importa el viento —decía alguien en francés.

—Parecen indios, pero qué cachondos —escuché decir a una barcelonesa.

—Solo necesitan leña y algo a lo que llaman fernet Branca —decía otro en alemán.

*

El equipo argentino sabía que, de a poco, sus técnicas empezaban a generar expectativa. Estaban concentrados en una de las habitaciones del complejo hotelero, donde también se realizaba el mundial. Yo me alojé en el mismo sitio, más que nada porque no había otro lugar decente en la ciudad donde poder dormir. Nunca había estado en un complejo así. Ese hotel parecía cualquier cosa menos África: parecía Cancún o algún destino vulgar del Caribe, era un oasis de turismo pavote en el medio del desierto, cercado por la pobreza de los pueblos islámicos de alrededor.

No tengo tiempo ni ganas de describir el derroche de confort innecesario, pero el lector que quiera puede googlear «Oriental Bay Beach» y mirar la majestuosidad espantosa del sitio. Ahí estaban los asadores argentinos, en ese ambiente de lujo islámico. Y ahí también estaba yo, caminando por los pasillos y oyendo a los gordos europeos, de cogote encarnado y bermudas caqui, ansiosos por ver al *exotic team* que había llegado de las pampas.

Para ir de mi habitación a la del equipo argentino debía caminar kilómetros, atravesar jardines paradisíacos, piscinas y campos de golf. Un peligro tremendo que casi me convierte en un chanchito burgués. Pero me gustaba ir a la habitación del combinado nacional porque tenían, escondida entre el colchón y la mesa de luz, una pelota de hachís que habían comprado en el tren Tánger-Saïdia.

El hachís de Marruecos es el mejor del mundo y yo no había podido conseguir nada desde el aeropuerto al hotel. Descubrí rápido que el equipo nacional no tenía la menor idea de cómo se arman los cigarros de hash. Pensaban que era porro paraguayo, le ponían demasiada resina al papel y se drogaban muy mal, con grandes lagunas de resaca. La primera tarde que les hice cigarros buenos con mi papel, con mi tabaco y, sobre todo, con mi fantástica velocidad para el armado, me convertí inmediatamente en la mascota del equipo.

*

Mientras ellos tejían estrategias gastronómicas, yo les armaba un cigarro atrás del otro, tanto en la habitación donde se concentraban, como en la playa donde hacían los asados. Gracias a esa franquicia que les ofrecí me dejaron deambular con ellos y los pude conocer en la intimidad, escuchar sus conversaciones y la excitación que tenían metida en el cuerpo. Pero también, a causa de la resaca, ahora no

me acuerdo bien qué cara le corresponde a qué nombre. No sé cuál es Micho, ni sé cuál es Tito. Lo que sé —y esto lo sé muy bien— es cuánto se divirtieron en ese mundial de barbacoas europeas, sobre todo inventando cantitos de guerra. Me retumban todavía algunos de los versos, con música de tribuna, que prepararon para intimidar a los rivales:

Yo hago asado de chiquito,
carbón y leña y nada más.
Vos tenés parrilla móvil,
se te arrebató el costillar.
¡Gringo, tu asado es moderno,
prendés el fuego con campingás!

Y me queda grabada la risa de los adversarios gordos y colorados al conocer la traducción de esas estrofas.

—Oh, my god, cámpingás, my god —decía un irlandés riéndose con la boca abierta, y parecía que le fuera a explotar la panza.

No había competencia, sino camaradería y largas noches de alcohol. Gente reunida alrededor del fuego con ganas de pasarla bien. Así ocurrió durante los días que duró el encuentro. Fiestas nocturnas, almuerzos opíparos y un reguero de cerveza fresca para el calor agobiante que sopla en el ecuador del mundo. Las noches terminaban muy tarde, cuando el último país cantaba la canción que dice «Dame la gé, te doy la gé; dame la e, te doy la e» y que termi-

na con el grito «¡Germany!». Eran más de treinta países y se cantaban todas las canciones patrias. La enorme mayoría de los cocineros se quedaba hasta el final, deletreando el nombre de cada país, incluida la interminable y ríspida canción de Liechtenstein, que era complicadísima.

En ningún momento nadie se preocupó por las estadísticas del torneo. La excusa era el mundial, claro, pero el objetivo estaba en las sobremesas y se cumplía cada noche. A todo el mundo le daba igual si ganaba Bélgica o Nueva Zelanda, mientras los camareros marroquíes siguieran trayendo cerveza fría sin parar.

Me fui de Saïdia el domingo por la mañana, con la cabeza como un tambor. Los árbitros darían su veredicto por la tarde, y ni siquiera me importó quedarme a verlo.

*

Cuando llegué a Barcelona tenía la panza rígida de tanto comer carne y ya se empezaban a conocer los resultados del torneo. Había ganado Dinamarca, con ahumadores portátiles, seguido muy de cerca por el equipo alemán. Los argentinos quedaron cuartos y me pareció muy bien.

Entré a Facebook para revisar la página de los chicos, quería saber si ya habían informado de los resultados a sus seguidores, y fue entonces cuando vi que los estaban masacrando. Me descolocó un co-

municado del embajador argentino en Marruecos pidiéndole «calma a los medios». Abrí un diario, y después otro. De repente, en cada sitio de la prensa nacional se hablaba de traición y derrota. Fue una experiencia extraña, porque yo todavía tenía en las zapatillas arena marroquí y las voces felices de los cantos de tribuna en la cabeza.

Me costó al principio entender la agresividad que llegaba desde el otro lado del Atlántico. Era saña y era bronca. Los periódicos online deliraban de patriotismo mancillado. La basura del trendic topic funcionaba a cuatro motores.

Escuché una entrevista telefónica de radio *Mitre* a uno de los chicos. El pobre quería explicar que había sido una experiencia única, pero la entrevistadora le decía que no, que deberían estar tristes, que había sido una vergüenza.

*

Sentí una enorme compasión por esos chicos, a los que había dejado bailando y cantando el sábado por la noche. Ahora era lunes, habían pasado nada más que cuarenta y ocho horas, pero el mundo parecía otro. El que hablaba por la radio, creo que era Rocco, tenía la voz quebrada y quería disimularlo. Era una voz diferente a la del veinticinco de mayo, cuando la luna llena en Marruecos los iluminó a los seis para que asaran la carne como lo hacían sus padres y sus abuelos.

Cuando salió esa luna yo me alejé del calor de los diez corderos en cruz para conseguir la perspectiva que conviene tener en las gestas ajenas. Ellos estaban viviendo un momento único y se les notaba en la cara. Les habrá pasado por la cabeza el secundario completo, la amistad y las borracheras. Los seis se miraban a los ojos, se abrazaban y se decían cosas de amor al oído. Allí fue donde pude leerle los labios a Felipe cuando dijo: «¡Mirá donde estamos, Chino!». O quizá fue el Chino que se lo decía a Felipe. Pero podíamos haber sido Chiri y yo hace veinte años, por eso me emocioné cuando el otro lo abrazó y se sintieron inmortales.

Bailoteaban y le echaban leña al fuego. Bebían y pintaban los costillares con agua y sal. Se dejaban sacar fotos. Medían la temperatura de la carne con las manos para hacerles ver a los daneses la inutilidad de comprar termómetros hidráulicos. «¡Gringo, tu asado es moderno, prendés el fuego con campingás!», cantaban a los gritos mientras asaban y bebían. Si en ese momento me hubiera llevado aparte a cada uno y, por turno, les hubiera preguntado dónde querrían estar en ese momento, haciendo qué, los seis habrían dicho lo mismo. «En África, con mis amigos». No tenían la menor idea de lo que iría a decir la prensa en Argentina dos días después. Mejor que no lo supieran. Mejor dejarlos así, congelados en el abrazo. ¿Para qué aguarles la fiesta con noticias del futuro? ¿Con qué objeto escupirles el asado de esa noche perfecta?

Competencia personal

La revancha

Son las cuatro y mi hija acaba de tener una pesadilla. Se despertó llorando y me contó el sueño mientras hacía pucheros. Yo escuché la historia, le acaricié la cabeza y la tranquilicé. Mientras me describía al protagonista de su pesadilla intenté que no notara mi angustia. Ella no tiene edad todavía para entender mi sobresalto. Ahora que ha vuelto a quedarse dormida, ahora que el desvelado soy yo, voy a intentar contar la historia completa.

La pesadilla que acaba de tener mi hija es una venganza para su padre. Una revancha de la que ella, pobrecita, es solamente un daño colateral. Como los chicos que quedan en medio de un tiroteo, Nina se metió hace un rato, sin querer, en la guerra de otros. Para ordenar las ideas tengo que irme al Buenos Aires del noventa y cuatro.

En esa época yo era un tipo flaco, de veintitrés años, que trabajaba en una revista económica llamada *Énfasis*. Allí escribíamos —completamente drogados— sobre logística, packaging, management y alimentación. Desde un segundo piso de la calle Leandro Alem yo dirigía, sin conocimiento de cau-

sa, un dossier sobre gestión ambiental en la empresa. La palabra que más me gustaba escribir en esa época era «biodesarrollo».

Al principio me aburría bastante, pero un par de meses después de que me aceptaran, logré que incorporasen también al Chiri y entonces las tardes empezaron a ser divertidas y más rentables. Como ya teníamos un par de sueldos decentes, empezamos a vislumbrar la posibilidad de dejar de ser pobres y mudarnos a un lugar mejor. Justo entonces nos hicimos amigos de Andrés Gelós, un personaje muy pintoresco del Departamento Comercial de *Énfasis*, al que yo le debía mi puesto de trabajo. Él me había recomendado a los jefes, con grandes mentiras.

Andrés Gelós, el Chiri y yo decidimos alquilar una casa enorme en Villa Urquiza, con muchas habitaciones y terraza, para vivir los tres y compartir los gastos. Estábamos convencidos de que la idea era perfecta, porque en la redacción nos llevábamos muy bien. Con ese único indicio a nuestro favor, apostándolo todo a esa ecuación tan torpe, inauguramos convivencia junto a un desconocido. Gran error, por supuesto. ¿Pero quién podía anticiparse a las desgracias en los noventa?

El Chiri y yo veníamos boyando por diferentes barrios porteños desde los diecisiete, y no teníamos intención de dejar la adolescencia. Si ahora usábamos traje y escribíamos sobre el desarrollo de las *pymes*, sabíamos que aquello duraba de trece a diecinueve horas. Una vez fuera de la redacción, había

que volver a la idiotez con urgencia. Estábamos acostumbrados a comer arroz de la olla y a limpiar el baño solamente cuando venían mujeres. Nuestra vida de entonces consistía en ver televisión y fumar porro. Y nuestra lucha, a brazo partido, era lograr que nada cambiara de repente.

Andrés Gelós, en cambio, había vivido hasta entonces con sus padres y su hermano; como es lógico, la aventura de irse de casa le resultaba excitante, evolutiva, y más que nada iniciática. Él estaba dejando la pubertad porteña de estar cerca de papi y mami, y se planteaba inaugurar su madurez en casa propia, con un par de amigos del trabajo que le caían muy bien. Andrés Gelós quería que todo resultara perfecto. Y nosotros, sin querer (bueno, yo un poco queriendo) se lo hicimos muy cuesta arriba.

La debacle de la convivencia ocurrió de a poco, y en un porcentaje enorme por mi culpa. Por alguna razón, cada mejora que Andrés le hacía a la casa, yo la rompía, más tarde o más temprano.

Una mañana llegó a casa con una mesa de pimón hermosa para la terraza. ¡Ah, cómo jugamos, con cuántas ganas, durante un mes entero! Desde el primer día, como si fuera un padre de bigote entrecano, nos recomendó guardarla siempre bajo techo después de jugar. Al segundo mes la mesa amaneció doblada por la lluvia y derretida por el sol, y nosotros debajo, durmiendo.

Si bien muchas cosas las rompíamos el Chiri y yo, juntos, Andrés me echaba la culpa solamente a

mí, porque (nunca supe el motivo) ningún ser humano es capaz de enojarse con el Chiri.

Un domingo Andrés organizó un asado para su familia, y quiso que nosotros estuviéramos allí. ¿Por qué hacía esto, si nosotros odiábamos a las familias en general? Nos lo pidió de rodillas y accedimos. Una vez que formábamos parte del almuerzo, nos hizo limpiar la casa. Estuvimos toda la mañana bariendo y fregando y, es verdad, no debimos haber-nos drogado desde tan temprano.

Cuando llegaron los padres de Andrés, y su hermano mayor, me encontraron tirado en el suelo, boca arriba, con una botella de yogur que me goteaba líquido blanco en los ojos. Yo gritaba:

—Acabáme en la cara, acabáme en la cara...

Chiri estaba desparramado de la risa del otro lado de la habitación. Los padres de Andrés no quisieron aparecer nunca más por la nueva casa de su hijo. Su hermano Pablo, en cambio, empezó a venir más seguido.

Pablo Gelós era unos años mayor que Andrés y estaba completamente loco. Tuvimos con él una amistad fragmentada pero intensa. No lo veíamos mucho, pero cuando aparecía por la casa era como si llegase un Andrés con menos pelo y mucho más relajado. Cuando había discusiones serias entre nosotros y su hermano, Pablo no se metía. Sabíamos de él que era actor, un gran comediante.

Pasaban los meses en la casa de Urquiza y era obvio que tarde o temprano Andrés Gelós iba a ex-

plotar. De algún modo, nosotros hacíamos lo imposible para que nos echara a la mierda. La vida en la casa nos resultaba cada vez más agradable, sobre todo con la presencia paternalista de Andrés, que nos hacía ir bien vestidos e intentaba que no nos drogáramos adentro. No éramos nosotros los incómodos, era únicamente él. Para Chiri y para mí, era como volver a tener padres.

Supongo que la gota que colmó el vaso fue la llegada de los cachorros. No recuerdo a quién se le ocurrió tener perros en casa, pero los trajimos. Fuimos como esos matrimonios a la deriva que sospechan que con la llegada de un hijo todo se puede encarrilar. Una tarde, en una caja, aparecieron *Roosevelt* y *Burela*, macho y hembra. Los bautizamos igual que la esquina donde teníamos la casa.

Andrés trataba a esos perros como si fueran hijos humanos de corta edad. Les daba de comer mejor carne que a nosotros. Los peinaba, les enseñaba a cagar afuera, les acariciaba la cabeza... De repente, Chiri y yo dejamos de importarle: se había conseguido dos amigos nuevos, muchísimo más decentes y cariñosos que nosotros.

Al Chiri y a mí los perros nos divirtieron más o menos doce minutos. Después nos olvidamos por completo de su existencia. O por lo menos eso hubiéramos querido, pero Andrés nos obligaba a darles de comer y limpiar las cacas de la terraza. Chiri, alguna vez, subía con palita y escoba a limpiar. Yo no tengo recuerdo de haber hecho eso nunca en la vida.

Un fin de semana largo, Andrés tuvo que irse y dejó los perros a nuestro cuidado. Nos recomendó cien cosas: alimentos cuánto y dónde, pastillas de las pulgas a qué hora, caquita de la terraza impostergable, paseos nocturnos por la plaza, etcétera. Cuando Gelós salió por la puerta, Chiri y yo nos prendimos un porro y nos olvidamos de todo.

A la mañana siguiente *Burela* (la hembra) se había descompuesto y había cagado seis kilos de mierda líquida en las escaleras delanteras de la casa. El olor era insoportable. Para salir a comprar cigarros, o comida, o cerveza, era menester rodear la mierda con cuidado para no pisarla. O limpiar, claro. Pero eso no estaba en nuestros planes.

La mierda aquella duró todo el sábado, y el domingo se empezó a secar. Nosotros nos habíamos ubicado en la parte opuesta de la casa para no sentir el olor, pero la pestilencia nos perseguía. El domingo a la noche nos pusimos serios:

—Andrecito vuelve el martes —dijo Chiri—, algo vamos a tener que hacer.

—Tendríamos que haber baldeado cuando la mierda estaba fresca —dije yo—. Ahora alguien va a tener que rasquetear.

Nos miramos; prendimos un porro.

El martes al mediodía, cuando Andrés volvió, la mierda ya tenía gusanitos. Y los perros estaban en la terraza, conviviendo entre mucha más mierda, llenos de moscas, y sin comida desde el domingo.

Gelós me despertó a los gritos y me citó en el

comedor de nuestra casa. Llegué con cara de dormido. Me dijo que me tenía que ir, que no podía vivir más conmigo. Andrés tenía previsto que yo iba a oponer alguna resistencia, y había traído una lista de razones que acreditaban su decisión. No le hizo falta usar el listado: le dije que bueno. Que me diera unos días para buscarme algo.

—Dos días, ni uno más —me advirtió.

Después se acercó a Chiri, que había escuchado la conversación en silencio.

—No te preocupes —le dijo—, lo convencí a mi hermano Pablo para que se mude con nosotros, así seguimos siendo tres para el alquiler.

A Chiri le dio ternura que Andrés diera por sentada su permanencia.

—Yo me voy con el Gordo —le dijo sonriendo.

—Pero yo no estoy enojado con vos.

—Yo tampoco, Andrecito —le dijo Chiri, y le palmeó la espalda.

Una hora más tarde estábamos metiendo los mismos libros de siempre adentro de cajas de cartón. Era la segunda vez en cinco años que nos echaban de Villa Urquiza: iba siendo hora de entender que ese barrio estaba maldito.

Los tres o cuatro días de transición no fueron amables. Ahora Andrés, además de estar enojado conmigo por lo de siempre, estaba enojado con Chiri porque había elegido irse en lugar de quedarse. Mientras buscábamos otro departamento, teníamos que seguir viendo, a diario, la cara de orto de An-

drés Gelós, nuestro segundo padre, el padre más joven que tuvimos en la vida.

Desayunábamos a horas distintas para no compartir la cocina, y las pocas veces que nos cruzábamos en los pasillos, o en *Énfasis*, bajábamos la vista. El toque de equilibrio a semejante frialdad lo ponía Pablo Gelós. El hermano mayor de Andrés estaba a punto de ocupar mi habitación y ya empezaba a traer sus cosas a la casa. Pablo hacía chistes e intentaba que nosotros y su hermano nos reconciliáramos, para que —al menos— el final fuera feliz.

Sin decirlo abiertamente, para no enojar más a su hermano, los gestos cómplices de Pablo nos hacían notar que él nos entendía, que sabía muy bien el esfuerzo que conlleva aferrarse a la adolescencia con las uñas y con los dientes.

La mañana que nos dieron la llave de un departamento desvencijado en la calle Guatemala, fuimos por última vez a Villa Urquiza para buscar nuestros bártulos. Andrés estaba adentro, lo vimos a través de una cortina, pero no quiso salir a despedirnos. Había sido un año agotador para él. Pablo Gelós, en cambio, nos ayudó con las cajas y le ofreció a Chiri pagar una parte del flete. Cuando nos fuimos, pensamos que quizá habíamos elegido vivir con el hermano equivocado.

Nuestro nuevo hogar no era gran cosa. Dos ambientes chiquitos, cocina y baño. Todo el departamento, balcón incluido, podía entrar siete veces en la casa gigante de Urquiza. Pero, al revés de lo que

podía pensarse, nos sentíamos libres sin Andrés quejándose por todo y persiguiéndonos para que nos bañáramos.

Volvimos a comer de la olla y fumábamos más que nunca. Como el alquiler no era mucho, también renunciábamos a *Énfasis*, un poco porque estábamos hartos del *management*, y otro poco para no tener que ver a Andrés nunca más en la vida.

La tercera noche en el departamento nuevo, soñé que volvía a la casa de Urquiza. Fue un sueño nítido y comprimido que no olvidé nunca más.

Yo tenía las llaves viejas y era consciente de que aquélla ya no era mi casa. Era de madrugada y sentí curiosidad por ver cómo estaban los muebles y dónde dormía Pablo Gelós. Esa curiosidad por conocer cómo son, ahora, los lugares donde vivimos antes, me persiguió toda la vida.

Entré a hurtadillas a la casa de los hermanos Gelós y subí las escaleras. Vi el comedor, exactamente igual a como lo habíamos dejado. Abrí la puerta de la habitación de Andrés y ahí estaba él, dormido. Estuve a punto de hacerle alguna maldad más, pero preferí seguir de largo.

Yo era consciente de estar dentro de un sueño, y eso me daba poderes mágicos. Subí flotando a la que había sido mi habitación. Abrí la puerta y me quedé en penumbras. En la cama estaba Pablo Gelós, el hermano mayor de Andrés, durmiendo boca arriba.

Me acerqué; Pablo se despertó. En ese momento tuve miedo de asustarlo y le tapé la boca para que

no gritase. Quería decirle que con él estaba todo bien, que no era mi intención molestarlo. Pero vi sus ojos, aterrorizados, y descubrí que era tarde. No era un sueño mío donde estábamos, sino una pesadilla de él. Lo supe realmente, con una conciencia espantosa.

En general, las pesadillas deberían asustar al dueño, al que las sueña. Pero en este caso yo estaba muy tranquilo, en casa ajena, asustando a otro pobre diablo.

Los ojos de Pablo Gelós se hacían cada vez más grandes, las pupilas dilatadas, su corazón a los saltos. Cuando confirmé que el malo del sueño era yo, y que el miedo me era ajeno por completo, me ayudé con la otra mano y empecé a ahorcar a Pablo. Apreté su cuello con fuerza y me empecé a reír. ¡Ja, ja, ja!

Me desperté transpirado. Nunca había escrito esta pesadilla, pero la conté cien veces en sobremesas, cada vez que hablamos de sueños raros. Me fascina la historia, porque por única vez yo fui el monstruo, el malo en una pesadilla ajena. Jamás hablé con Pablo Gelós para certificarlo, pero siempre me gustó pensar que esa misma noche él, durmiendo en la casa de Urquiza, soñó que yo entraba a su habitación para matarlo. ¿Por qué no?

Pasaron los años. Nunca más vi a los Gelós. Después me vine a vivir a España y tuve una hija. Andrés tuvo dos, por lo que sé. Una noche de este siglo, Gelós le empezó a contar un cuento a sus hijas, un cuento que se llamaba «Reinas Magas». El

cuento resultó ser tan interesante que lo vendió a la televisión argentina y se produjo, con la historia, una serie infantil con guiones de Andrés. En esa historia hay un malvado que se llama Das Pulgas. En la serie, a este personaje lo interpreta Pablo Gelós.

«Reinas Magas» tuvo mucho éxito en diversos países del mundo y hace un año llegó a la televisión española. Nina, mi hija, vio todos los episodios, se rió y bailó con las protagonistas, pero también se asustó mucho con el malo malísimo del cuento, porque la interpretación de Pablo Gelós, en el papel de Das Pulgas, es magistral.

A las cuatro de la madrugada de hoy Nina se despertó a los gritos y fui a su habitación para calmarla. Entonces me contó su mal sueño. Me dijo que ella estaba durmiendo y que entraba Das Pulgas a su cuarto, que se sentaba en su cama y la despertaba. Me dijo que ella quería gritar y no podía, porque Das Pulgas le tapaba la boca con una mano.

Mientras la escuchaba tragué saliva y me puse pálido, pero creo que ella no se dio cuenta. En un segundo se me representó la revancha de Pablo. Tranquilité a Nina como pude y le dije que volviera a dormir. Ella me hizo que no con la cabeza, me dijo que tenía miedo de cerrar los ojos, porque Das Pulgas podía aparecer otra vez. La miré a los ojos y le dije, con absoluta seguridad, que eso no iba a pasar.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Porque no te está buscando a vos —le dije—, me busca a mí.

El segundo cajón

Hace algún tiempo, en el blog, escribí una historia de amor, «Tetas», que me ocurrió a los ocho años. Los personajes que aparecían en el cuento eran compañeros de tercer grado que no vi nunca más, porque al año siguiente me cambiaron de curso. Como en la historia usé nombres y apellidos reales, uno de aquellos compañeros, Juan José Bugarín, me escribió un correo electrónico tan pronto se vio mencionado.

Temí enseguida su enojo, porque soy afecto a la anécdota mejorada. Sin embargo su correo fue muy cariñoso. Pero lo más importante, lo extraño, es que Juan José destrabó de mi cabeza otra historia, esta sí real de principio a fin, que yo había olvidado por completo.

«Gordo —me escribió Bugarín en su mail—, en mi casa siempre nos acordamos de vos y es por eso que, a pesar de no verte desde hace como treinta años, leer un cuento como el que escribiste, en el que me nombrás, me llena de emoción. Una de las historias que yo siempre cuento, cuando alguien me pregunta

por vos, es la anécdota de las revistas porno. Me alegra saber que tus cosas están muy bien y te mando abrazo enorme. Juanjo».

Durante uno o dos minutos no reconocí la anécdota, porque la había enterrado bajo kilo y medio de otros recuerdos inútiles. Cuando por fin llegó a mi cabeza me sorprendí mucho: era un acontecimiento vital para entender la futura relación con mi padre, y sin embargo yo lo había sepultado. Aquella noche, la que rememora Bugarín, estaba amordazada en mi cerebro desde 1979, y así habría seguido, muda, olvidada, de no ser por ese correo.

Fue instantáneo: cuando reviví los hechos tal y como ocurrieron, recordé con mucha cercanía el olor de la madera del segundo cajón del escritorio; los árboles bajo los que caminamos esa noche con Roberto, ida y vuelta; el silencio vergonzante de aquella caminata; los ojos espantosos de Chichita durante la cena; la indigestión del recreo. También comprendí, ahora ya con ojos de adulto, qué horrible tuvo que haber sido todo para él.

Roberto, mi papá, fue la persona más tímida y reservada que conocí. Supongo que su principal objetivo en la vida fue el de pasar desapercibido, no llamar la atención, evitar cualquier excentricidad. Quizás por esa personalidad felina y ausente de mi padre, de chico yo me comporté muy perruno, muy atento a conocer sus secretos, a buscar más allá de sus palabras y gestos, a hurgar. Desde muy chiquito

me acostumbré a revisar los bolsillos de su pantalón colgado, los dobles fondos de la guantera del auto y, sobre todo, el único cajón con llave de su escritorio de roble. El segundo cajón de la derecha; me obsesionaba. Roberto abría y cerraba ese cajón todo el tiempo, pero nunca lo dejaba sin llave cuando se iba. Una mañana triunfal de domingo me encontré solo en casa y descubrí que podía sacar por completo el primer cajón sin llave, y, como por arte de magia, el contenido del segundo aparecía, majestuoso, al alcance de mi mano.

En el cajón secreto había un montón de cosas interesantes: un cronómetro de carreras de regularidad, un fajo de billetes de cien pesos ordenados del modo bancario, dos de las mejores lapiceras que había visto en mi vida, su antigua libreta de enrolamiento con la foto de la conscripción y, al fondo, envueltas en papel madera, una colección de seis revistas en otro idioma, llena de fotos de mujeres y de hombres desnudos haciendo acrobacias.

De todos esos tesoros me hubiera gustado quedarme con el cronómetro, o con una de las lapiceras, pero entendí que mi papá descubriría las ausencias: solamente había un cronómetro y dos lapiceras. En cambio los billetes y las revistas sí eran bastantes; me llevé entonces tres billetes y dos revistas, para que no se notara la falta. Acomodé el resto como si nadie hubiera pasado por allí, coloqué el primer cajón y me fui a mi cuarto con el botín escondido abajo de la camiseta.

Entonces no me di cuenta, pero ahora lo sé con seguridad: eran revistas europeas traídas a la Argentina de contrabando por algún amigo sibarita de Roberto (incluso puedo imaginarme quién). En 1979, plena dictadura conservadora, no se vendía esa clase de porno en los quioscos. No eran desnudos estéticos, ingenuos y serenos, como los que aparecerían en el país durante los años ochenta, sino una colección brutal de sexo explícito, interracial, con tríos y accesorios.

Había vergas gigantescas y tetas chorreadas de semen, y señores con patillas muy hirsutas, y señoras de pestañas como dedos, con maquillajes desteñidos. Yo pasaba las hojas con extrañeza y pudor, sin excitación pero tampoco con asco. Me llamaban mucho la atención dos cosas: las protuberancias físicas llenas de pelos y las vocales con dos puntitos de los epígrafes: había mujeres muy elásticas que hacían smögen här con gran empeño, y dos negros con una rubia que practicaban könssjukdomår, y una señora que le lamía el erotikmässor a otra.

A la mañana siguiente me fui al colegio con las revistas y los trescientos pesos ley. En el primer recreo me compré más sánquches de los que un gordo de ocho años podría comer, en el segundo recreo le mostré las revistas a Juanjo Bugarín, que me declaró automáticamente el mejor amigo del universo, y en el tercer recreo se me empezó a revolver la panza.

Me imagino que el dolor de barriga pudo haber sido fruto de una indigestión, pero yo creí que era la

culpa: sospeché que al llegar a casa mi papá ya se habría dado cuenta del robo de billetes y revistas. Entonces hice lo que haría cualquier mal ladrón infantil: me deshice del tesoro. A la salida de la escuela me gasté el último billete en figuritas y le regalé las revistas a Bugarín, que las metió contentísimo en su portafolios.

Cuando llegué a casa todo estaba en orden y me sentí aliviado. La tarde pasó lenta, sin novedades, y a la noche me había olvidado por completo de la culpa y del pecado. En medio de la cena sonó el teléfono; lo atendió mi mamá. Del otro lado del tubo escuché, nítidos, los gritos de la madre de Bugarín. Los ojos de Chichita se hicieron cada vez más grandes, vidriosos y horribles.

Siempre temí la intensidad de los ojos maternos, que aparecían cuando yo hacía algo mal y desemboocaban en una paliza que duraba —en tiempo e intensidad— lo mismo que un terremoto. Pero esta vez había algo raro en la mirada de Chichita, algo nuevo que al principio no descubrí. Ahora lo sé, porque comprendo la historia desde la perspectiva matrimonial. Esa mirada no era para mí, sino para Roberto. La ferocidad de los ojos de mi madre, por primera vez, no me enfocaba.

Cuando Chichita colgó el teléfono se sentó otra vez a la mesa y me hizo dos preguntas simples. ¿Vos le regalaste a Juanjo unas revistas?, pregunta uno. ¿Dónde conseguiste esas revistas?, pregunta dos. Contesté la primera con un sí flojito y cuando hizo

la segunda señalé el escritorio de roble de mi papá. Roberto opacó la mirada y se quedó viendo su churrasco, como si de repente el pedazo de carne le hablara cosas importantísimas de fútbol o política. Yo cerré los ojos y me cubrí la cabeza con el antebrazo, para amortiguar los golpes que vendrían.

Pero no hubo golpes.

Seguí esperando con los ojos cerrados un poco más. Esperé y esperé una metralla de patadas y chancletazos, pero no, Chichita no puso el menor empeño. Me mantuve, por las dudas, con los brazos cubriéndome la cabeza, y escuché a mi madre:

—Te voy a hacer pasar la vergüenza del siglo, por pelotudo —eso fue lo que gritó Chichita—. Vas a ir ahora mismo a tocar timbre a lo de Bugarín y vas a pedirle que te devuelva las revistas.

Qué maravilla, la infancia. Aquella noche pensé que esa frase, que ese castigo, era para mí. Pero no me estaba hablando a mí. Y cuando Chichita agregó: «Y vos, idiota, lo vas a acompañar», pensé que se lo decía a mi padre.

Por ese malentendido, por no estar mirando a mi madre a los ojos, tuve la sensación de haber recibido una represalia muy pobre en comparación con mi delito. Únicamente la imposición materna de ir a buscar las revistas a la casa de Bugarín. ¿Solamente eso?, pensé. ¿Nada de golpes tremendos ni condenas dolorosas? Sentí alivio físico, sí, pero mi orgullo rebelde exigía moretones y gritos en el cielo. Yo no era mi hermana de cinco años. Yo era terrible, era un

gordito peligroso. No podía recibir la limosna de ese castigo tan pavote. ¿Y además me tenía que acompañar mi papá? Sentí vergüenza por mi penitencia, tan femenina y vulgar.

Salimos a la calle con Roberto. Era otoño y ya estaba fresco. La casa de Bugarín quedaba a dos cuadras de la mía, muy poca cosa. Pasadas las diez de la noche caminé con mi padre esos doscientos metros en silencio. Nunca supe que el humillado no era yo. Que el castigo lo imponía la esposa al marido, y no la madre al hijo; que el castigo no era un sopapo sino un escarnio, y que quien lo cumplía en silencio era un señor de casi cuarenta años, de Mercedes, un pueblo conservador de provincia; que la afrenta era para un hombre que vivía su vida serena de gestor impositivo en un pueblo donde todo el mundo se conoce y trata de ser invisible y no genera chismografía. «Te voy a hacer pasar la vergüenza del siglo», había dicho Chichita.

Yo lo conocí mucho a Roberto, dentro de lo poco que se dejaba conocer. Y puedo asegurar ahora, que tengo la edad que él tenía esa noche, que su vergüenza fue infinita. Mi padre tuvo que tocar timbre en la casa de otra gente, tarde, a la noche. Me acuerdo perfectamente de lo que le costó hablar, saludar, pedir disculpas. Salió a atendernos la madre de mi compañero, muy seria, por la puerta del garage. Le dio a mi papá las revistas en una bolsa de papel azul, con gesto ofendido, como si le devolviera los restos de una bomba que había explotado donde no debía.

Desde una puerta interior asomó la cabeza Bugarín padre, que saludó a mi papá con un gesto imperceptible de resignación ante la supremacía femenina. Roberto le devolvió el mismo gesto, ruborizado. La madre de Bugarín nunca sonrió ni dijo nada para romper la tensión. Juan José, mi compañero, no apareció en ningún momento; lo imaginé castigado sin pantera rosa, quizá golpeado con fuerza bruta por su madre, y lo envidié.

Roberto saludó a la mujer, que seguía ofendida. Nadie le devolvió el saludo. La puerta del garage se cerró y los Bugarín retomaron su vida. Nosotros volvimos a casa en una segunda caminata, igual de oscura y silenciosa que la primera.

La anécdota acaba aquí y no tiene mayores virtudes. Es breve, casi no tiene diálogos. Jamás hablamos con Roberto de aquel asunto. Yo olvidé todo, imagino, la semana siguiente, pero él no. Estoy seguro. Para mí no fue importante la anécdota de las revistas pornográficas. Ni siquiera habría regresado a la superficie de mi memoria si no hubiera sido por el correo de Bugarín.

Entre lo que volvió a mi memoria aquella noche mercedina hay un detalle que yo no recordaba y que ahora me emociona: Roberto y yo hicimos las dos caminatas, la de ida y la de vuelta, agarrados de la mano.

La batalla del movimiento

Hubo una época, que para peor fue larguísima, en la que Chiri ejerció un extraño poder sobre mí. La desgracia empezó al inicio de la edad del pavo, a los doce o trece años, en una plaza de Mercedes cercana a las vías. Chiri se puso a tararear *La batalla del movimiento*, una canción infantil en donde el juglar indica acciones que el oyente debe cumplir.

«Esta es la batalla del movimiento,
a mover los pies sin parar un momento».

Así dice la primera estrofa, y entonces hay que mover los pies. Más tarde se agregan las manos, la cabeza, los hombros, la cintura y todo lo articulable.

Cuando Chiri empezó a cantar, esa tarde iniciática, yo decidí —¡cuánto me arrepentiría después!— cumplir con los requisitos de los versos para hacerlo reír con mis monerías. Y lo conseguí. Mi amigo se divirtió mucho con mis aspavientos frenéticos, tosió y se carcajeó horas enteras, porque en la infancia yo le dedicaba mucha energía corporal y gestual a provocar la risa mortal ajena, que es una risa en la que

el otro debe pedir tregua, con el gesto colorado, pues ve cercana la muerte por asfixia.

Cuando nos reíamos tanto con una nueva rutina inventada a solas, a la semana la ejecutábamos para otros. Siempre fue así: ocurría con las canciones en mao, con diálogos que los demás sospechaban improvisados y con trucos a dúo de toda índole. Pero en este caso puntual, *La batalla del movimiento* se transformó en algo peligroso, porque Chiri decidía unilateralmente el comienzo del sketch. No hacía uso de la complicidad para inaugurar la broma. No me consultaba nunca, ni con palabras ni con gestos. Iniciar la pantomima —cuyo esfuerzo físico era casi todo mío— era su decisión personal. Y, hasta el día de hoy, yo nunca supe por qué me sentía obligado a responder.

En mi cabeza, acceder sin chistar al llamado musical de Chiri tenía la gravedad de una tradición religiosa. Si él empezaba a cantar *La batalla del movimiento* era mi deber reaccionar de inmediato, dar un salto atlético y ponerme a mover los pies, las manos, la cintura y todo lo que a él se le ocurriera, durante el tiempo de su antojo. A Chiri no le importaba que yo pudiera estar cansado, o desanimado, incluso sentir bochorno por la presencia de extraños o sin ganas de hacerme el payaso. Si él empezaba, yo *debía* seguirlo. Es más: él prefería activarme cuando menos dispuesto me veía, porque al contrario que el grupo, que festejaba mis morisquetas, Chiri se reía a causa del poder que yo le había conferido. Él disfru-

taba porque había descubierto que yo *siempre*, sin importar el contexto, iba a activarme.

Y entonces —como ocurre con quien se sabe poderoso— empezó a elegir los contextos con crueldad. Es cruel activar el Parkinson enajenado de un gordito de catorce años frente a las chicas más lindas de un cumpleaños de quince, por ejemplo; eso no ayuda a conseguir novia en la adolescencia. Es cruel activar a un gordito frente a sus padres y abuelos, a la salida de misa. Es cruel activarlo en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata, una tarde lluviosa de excursión escolar. Y sin embargo todo esto ocurrió hasta el final del secundario.

*

A los dieciocho años nos fuimos a estudiar a Buenos Aires, vivíamos en un departamento de Almagro y creo que allí fue donde nació la versión adulta de *La batalla del movimiento*, que se llamó *Gozá putita* y tenía un mecanismo similar, aunque su componente de humillación había evolucionado.

Como todo, la primera vez ocurrió por casualidad. Había quedado media pastafrola en la heladera y yo había llegado hambriento. Chiri me miró arrancar tres porciones y ponerlas en un plato. Sin esperar nada, para subrayar el momento, me dijo en voz alta esas dos palabras, «Gozá, putita». A mí me pareció divertida la gracia de confundir gula con lujuria, y escenifiqué la situación. La risa de Chiri, al

verme en posturas sexuales con una pastafrola, despertó a todos los vecinos del edificio. Le hizo mal esa risa, me contó después.

Yo pude notar que le costaba soltar el aire y volver a aspirar para seguir riéndose: se le había formado un embotellamiento de carcajada en la boca del estómago, y el aire no podía ni entrar ni salir. Me pedía con las manos, haciendo el gesto del minuto en el básquet, que por favor me calmara, pero yo no me calmaba sino todo lo contrario: me refregaba el dulce de membrillo por las tetas y chillaba como una morsa, y él tenía los ojos llenos de agua y un gesto horrible de dolor feliz. Tosió, tosió mucho, y de repente se fue al baño a vomitar. Esos síntomas eran muy conocidos para mí:

«Jorge querido —me dije cuando estuve solo en la habitación— si esto se convierte en sketch de grupo, es porque te lo buscaste».

Y así fue. Desde la semana siguiente me empezó a activar con el *gozá putita* en los bares, en las cenas con compañeros de trabajo, en los casamientos de los amigos. Sus momentos preferidos ocurrían cuando yo estaba a punto de darle el primer mordisco a un alimento deseado. Si Chiri notaba que yo desenvolvía un alfajor con nerviosismo, por ejemplo, o me servía impaciente un guiso de aroma seductor, o si estaba a punto de abrir un balde de Chomps tras el bajón de porro, es decir, si veía brillar en mí el espíritu del gordo insaciable frente a lo sagrado, me miraba y me decía al oído, con acento

español: «Gozá, putita...». Y entonces yo, sin transición ni pausa, sin importarme quién hubiera enfrente, empezaba a emitir sonidos de enorme satisfacción sexual, soltaba los jadeos destemplados del orgasmo en su cúspide, y al mismo tiempo me restregaba el manjar por la boca, por los labios, por las mejillas, por el cuello, y desparramaba la vianda sobre el mantel o sobre la alfombra y la frotaba contra mi cuerpo. Ocurrió frente a amigos benevolentes al principio, más tarde en fiestas más numerosas, pero con el tiempo Chiri se fue animando a activarme frente a públicos desconocidos, o en entornos más solemnes.

Perdimos trabajos que ya teníamos asegurados, nos echaron de restaurantes antes del segundo plato, desperdiciamos helados de kilo y medio en épocas de penuria, nos hicieron bajar de vagones comedor y nos echaron de alquileres compartidos por culpa de un gozá putita a destiempo.

Lo más doloroso, quizá, ocurrió durante el casamiento de mi hermana: mi abuelo don Marcos — un hombre conservador y recto al que nunca vi reír — estaba sentado a nuestra mesa. Nadie sabía que el pobre viejo iba a morir meses más tarde. Lo vimos llegar muy serio: se sentía a disgusto por tener que presenciar el matrimonio de una nieta embarazada. Chiri no debió susurrar *gozá putita* esa noche. Pero lo hizo. Todavía hoy me arrepiento: la última imagen que tuvo don Marcos de mí, su primer nieto varón, fue verme meter la cabeza en una fuente con

salsa de vitel toné, y emerger con gesto de excitación carnal. Esa noche de casamiento fue la única vez que dudé. Cuando escuché a Chiri decir las dos palabras susurradas supe que soltar alaridos sexuales frente a don Marcos era un límite que no debía traspasar. Pero hubo algo más fuerte y tuve que hacerlo. En esa época nadie hablaba aún del Trastorno Obsesivo Compulsivo, pero pude haber padecido esa dolencia. Al menos eso diría un psicólogo. Yo no lo creo. Prefiero pensar que se trataba, o que se trata, de un acto de fe.

Visto ahora, con el tamiz de los años, creo que Chiri tampoco podía detenerse. Sabía que estaba siendo cruel, conocía mi sufrimiento interior, pero no podía remediarlo. Mi vergüenza a veces era tremenda, pero jamás dejé de activarme, nunca, ni en la infancia, ni en la adolescencia ni en la adultez. Yo pensaba que si Chiri se quedaba cantando solo *La batalla del movimiento*, o si me susurraba *gozá putita* y yo no reaccionaba con fervor, es decir, si yo rechazaba el mandato, nuestra amistad se podía romper. Esto es lo más difícil de explicar. Creía que nuestra amistad podía arruinarse. Pero no por voluntad mía o suya, no hablo de enojos ni de traiciones. Sin ese mecanismo de lealtad a toda costa, la amistad se ponía en juego, se resquebrajaba. No en ese momento sino después, del mismo modo que el aleteo de una mariposa puede causar un terremoto en Japón años más tarde. Y lo sigo pensando, cada vez lo creo con mayor certeza, porque han pasado treinta años, te-

nemos hijos en la edad del pavo, y el *gozá putita* ronda todavía en las sobremesas adultas. No pienso que haya sido un trastorno del comportamiento, ni una sugestión patológica. Estoy convencido de que si un día de mi juventud, cualquier día entre mis doce y mis treinta, hubiera dejado de activarme con *La batalla del movimiento*, o con el susurro del *gozá putita*, hoy no seríamos dos viejos de casi cincuenta años que juegan a que nunca se van a morir.

Un belga en casa

Hace unos meses recibí un mail de una revista de Bruselas: me querían hacer un reportaje telefónico. Les dije que sí y tuvimos una charla por Skype muy simpática, nunca supe muy bien sobre qué. Después me olvidé de todo hasta hace dos semanas, que me escribieron de nuevo. Ahora me pedían permiso para mandar a un dibujante a casa. Me pareció extraño porque en general mandan fotógrafos, pero les dije que bueno.

Casi enseguida me mandó un correo el propio ilustrador. Me preguntaba, en francés, cuándo me parecía bien que viniera a mi pueblo. Me contó que se llamaba Jeroen y un par de cosas más que no entendí. Googleé su nombre y apellido, un poco por miedo, y descubrí que era un ilustrador fantástico. Eso me tranquilizó.

Como mi mujer sabe un poco de francés, y además me hace de filtro con la gente rara que se me aparece, le pasé el fardo a ella para que organizara el encuentro. Los siguientes días mantuvieron un intercambio de correos muy francófonos y Cristina, durante un almuerzo, me hizo notar el malentendido:

—¿Tú sabes que el belga este se meterá en casa tres o cuatro días, verdad?

—¿Qué belga? —le pregunté yo, que suelo olvidarme de los problemas en el momento que mi mujer se hace cargo.

—¡El belga! ¡El que vendrá esta semana a dibujarte! Me dice muy suelto de cuerpo que estará aquí tres o cuatro días.

—¿Se va a quedar a dormir? —yo estaba alarmadísimo.

—Quiere que le consiga un camping aquí en Sant Celoni, porque te dibujará cuatro horas por día todas las tardes.

—¿Cuatro horas por día?!

—¿Pero tú no habías acordado ya eso con él?

—Qué sé yo —le dije—. Yo leí el mail y te lo pasé a vos. No entiendo el francés, desde el secundario que se lo vengo diciendo a todo el mundo. ¡No entiendo el francés!

—Pues ahora ya lo sabes. Hay un belga que está viniendo esta semana para aquí: te seguirá a todas partes donde vayas, dibujándote de arriba a abajo.

—Pero si nunca salgo de casa —le dije, asustado.

—¡Por eso te pregunto si ya sabes que se nos meterá un belga en casa, coño! —me respondió Cristina, y salió pegando un portazo.

No señor. Yo no sabía nada. Había leído aquel correo inicial con la ayuda del traductor automático y la verdad es que todavía no funcionan muy bien esas tecnologías. Yo pensaba que sería una sesión

como la de los fotógrafos: una hora haciendo morisquetas en el escritorio y buenas noches.

Pero ahora la cosa se había complicado y era tarde para cancelar: el hombre ya había tomado su avión desde Bruselas.

Primera tarde

Pasé las vísperas con mucha angustia. Siempre me dieron miedo los compromisos, los extraños, las novedades y las cosas que duran demasiado. Y este belga era un pack con todas esas desgracias juntas.

Dos días después yo estaba durmiendo la siesta y sonó el timbre. Al rato mi mujer me zamarreó:

—¡Que está aquí el belga! —me dijo—. Ha llegado: es un hippie rubio de pelo largo, y lleva una mochila enorme.

—¿Le dijiste que estoy durmiendo? —susurré con miedo.

—Sí, le dije... Pero como es hippie no le importa, se ha sentado en el patio a pintar. Dice que te espera todo el tiempo que haga falta.

—¿Cómo que me espera?

—Que cuando tú te levantes para ir a trabajar, él te sigue.

Me puse el pantalón pijama y lo espí por el ventanal del comedor. Y ahí estaba: tenía unos cincuenta años muy bien llevados, como los de esa gente que ha viajado por lugares calurosos del mundo. Pelo rojizo, muy largo y atado con una cola de caba-

llo. Dibujaba, sin pestañear, el paisaje que se ve desde el patio de casa. Tenía los dedos manchados de verde y parecía feliz en mi reposera, como si fuera suya. Como si el patio fuera suyo. O el mundo entero. Entonces tuve un escalofrío: ¿me iba a tener que bañar para recibirlo? Peor aún: ¿me iba a tener que bañar tres o cuatro veces durante esa semana?

En general cuando recibo extraños me pego una ducha rápida, como un gesto de grandeza hacia el prójimo. Pero nunca me había pasado que una visita durase tanto. ¿Qué debía hacer? Fue una lucha intensa entre la vanidad y la pereza. Ganó la pereza tres a uno, así que me puse la parte de arriba del piyama y subí a trabajar en la computadora como siempre: sucio, feo y mal vestido.

Él llegó al rato, desde el patio; escuché sus pasos ágiles por la escalera y nos dimos la mano con mucha vergüenza los dos. Era altísimo y estábamos incómodos por la imposibilidad del diálogo, porque las personas rompemos el hielo con un chiste, en general muy malo, que sirve para distender. Pero entre nosotros no era posible ninguna frivolidad, y Cristina ni siquiera subió a socorrerme con la traducción simultánea.

Jeroen buscó una silla, se sentó a unos tres metros de mí y me empezó a dibujar. Antes me hizo un gesto con el labio inferior para afuera y la palma de la mano como quien empuja tres veces a un hámster sin hacerle daño. Significaba:

«Tú a lo tuyo, olvídate que estoy aquí».

Le hice la seña internacional del pulgar para arriba y me concentré en el monitor. Al principio intenté caretear normalidad. Pensé un par de veces en la Gioconda, que también había tenido que estar quieta muchas horas, y para peor mirando un punto fijo. Traté de no eructar ni de rascarme fuerte, de no mirar porno con el sonido alto, de no ponerle sacarina líquida al termo, de no prender cuete oloroso, de no entrar a los videos de Ciudad.com... ¿Pero cuánto puede durar una persona sin hacer lo de siempre?

En un momento, a las tres horas de dibujo silencioso, el belga ya era como un mueble en mi cabeza, como la cafetera o el sofá. Dibujaba en su cuaderno docenas de bocetos, a algunos los pintaba con colores, a otros no.

Yo lo miraba un poco de reojo y cada vez me sentía más cómodo a pesar de su presencia exótica. Supongo que me relajé sin querer, o algo, porque cuando empezó a caer el sol se me escapó un pedo sonoro que retumbó en el silencio de la tarde.

Es horrible cagarse frente a extranjeros.

El belga sacó los ojos de su cuaderno de dibujo y me miró; todavía duraba el eco, y ya empezaba a viarse el aire.

Yo le devolví la mirada por arriba del monitor. Y entonces pasó algo maravilloso. Él se puso un poco de costado en la silla, sonriendo con levedad, y me respondió con otro pedo, mucho más largo, más elegante y más europeo que el mío.

Después siguió dibujando en silencio.

Fue la primera vez que tuve comunicación amistosa por el culo con otro ser humano, y creo que fue la experiencia más importante de mi vida adulta.

Segunda tarde

Al día siguiente, que era jueves, no apareció a la hora convenida. Eran como las dos y media y el belga no llegaba. Le pregunté a Cristina qué pasaba con el hippie y me dijo que, al ir a comprar el pan al pueblo por la mañana, lo había visto en diferentes lugares del centro, dibujando con parsimonia el casco viejo de Sant Celoni.

—Y ahora, ¿dónde está? —le pregunté yo.

—Desde hace dos horas está en la esquina, parece que dibuja el frente de casa.

Salí a la ventana del frente, me escondí entre las cortinas y lo vi. Parecía una estatua. Daba la impresión de que no le importara el mundo.

Miraba mi casa desde la otra punta de la cuadra y trataba de plasmarla en el papel como si hacerlo fuera la cosa más importante de su vida. O la menos importante.

—¿Pero va a venir? —le pregunté a Cristina mientras lo espiaba.

—Supongo que sí —me dijo—. ¿Ya lo echas de menos?

No era eso. Es que yo había suspendido un almuerzo con Horacio Altuna en Barcelona para reci-

bir al ilustrador. De hecho le conté a Horacio por teléfono el motivo de mi cancelación, y a él le provocó mucha felicidad mi impedimento. En un principio pensé que, como Horacio también es dibujante, se ponía contento por su gremio en general. Pero no era eso:

—Es que después vas a contar tu sufrimiento en el blog —me dijo, como si lo pusiera feliz verme envuelto en desgracias.

Jeroen llegó una hora tarde y se sentó en la misma silla del primer día, aunque esta vez traía papeles color madera y témperas blancas y negras. Me empezó a dibujar como si fuera la primera vez.

Yo me puse a trabajar sin prestarle atención, porque ya lo sentía como parte de la familia y al rato cayó Nina a chusmear, porque le encantan los extraños. Los huele.

Saludó al dibujante como si lo conociera de toda la vida. Después mi hija, que tiene tendencia a mimetizarse con todo, agarró un cuaderno y un lápiz y se puso en otro costado del cuarto, también a tres metros de mí, y me empezó a dibujar concentrada. Me sentí un monumento rodeado de turistas japoneses. Jeroen, con ojos divertidos, incluyó a Nina en sus bocetos y yo fui, durante un rato, el punto ciego de esos espejos que se multiplican hasta el infinito.

Yo seguía sin fumar cuete, por ese prurito de anfitrIÓN decente que me persigue, pero más tarde apareció por casa mi primo William con una bolsa de porro recién cosechado.

William también es un poco hippie y tiene una edad y un motorcito interno parecidos a los de Jeroen. Me di cuenta porque al verse se saludaron como de toda la vida, sin estridencias pero con una secreta camaradería. A veces pienso que los hippies, las embarazadas y los enanos, cuando se cruzan por la vereda se saludan aunque no se conozcan. Son saludos corporativos, reverencias de género. Como si se dijera con la mirada: «Qué va'cer, hermano».

Con William nos drogamos ferozmente y ya no nos importó más nada. Le convidamos porro a Jeroen, por supuesto, pero no lo aceptó. Nos hizo un gesto de negación amistosa con una inclinación de cuello y la palma levemente en alto, como si dijera: «En mi casa me drogo más que todos ustedes juntos, pero cuando estoy de la cabeza el trazo se me pone inestable». O por lo menos nosotros lo entendimos así. Cuando pasaron las cuatro horas diarias de su trabajo metió los pinceles en la mochila y se despidió con timidez. William y yo estábamos tan en nuestro mundo de php, css y MySql que casi no nos dimos cuenta cuando se fue. Pero cuando volvimos a tierra vimos que, en la mesa, Jeroen nos había dejado unos bocetos lindísimos, en blanco y negro.

Un pequeño gesto de amistad.

Última tarde

El día final del belga en casa fue mágico porque, de alguna manera, nos pudimos comunicar.

Fue gracias al mate. Mientras Jeroen estuvo en casa, tan atento a mis movimientos, pude notar la extrañeza en sus ojos cada vez que yo cambiaba la yerba, o que me levantaba a poner el agua.

Y es que todo lo que a uno le parece normal se convierte en insólito cuando hay un extranjero que te mira fijo. Si lo pensamos con objetividad, llenar cada dos horas un recipiente con agua caliente y beberla, sin necesidad, no es algo lógico.

Yo me imaginaba a cada rato lo que él podía estar pensando: «¿Será tan gordo por culpa de eso que chupa?». «¿Será droga, eso que chupa?». «¿Será lo mismo que bebían los gauchos, eso que chupa?». «¿Entonces por qué los gauchos no son tan gordos?».

Durante aquellos tres días esas preguntas convivieron, confusas, en la mirada del dibujante. Pero la última tarde se notó más: parecía fascinado por el mate, por la bombilla y por mi ritual interminable: los dibujaba todo el tiempo, y a mí me daba rabia que la barrera del idioma no me dejara explicarle qué era aquello que tanto lo asombraba.

Entonces me acordé de algo que resultó ser como un salvavidas de babel. Busqué en la biblioteca la versión francesa de mi novela «Más respeto que soy tu madre» y pasé las páginas hasta encontrar un capítulo dedicado al mate, a su porqué, a lo que significa para nosotros.

Le traje el libro, se lo regalé y le indiqué con señas que leyera el capítulo 122 en uno de sus idiomas. Que lo leyera ahí mismo, en ese momento.

Entonces Jeroen leyó, en francés, algo como esto:

«El mate no es una bebida, mis queridos lectores de otros pueblos. Bueno, sí. Es un líquido y entra por la boca. Pero no es una bebida. En Argentina nadie toma mate porque tenga sed. Es más bien una costumbre, como rascarse. El mate es exactamente lo contrario que la televisión. Te hace conversar si estás con alguien, y te hace pensar cuando estás solo. Esto pasa en todas las casas. En la de los ricos y en la de los pobres. Entre mujeres charlatanas y chismosas, entre hombres serios o inmaduros. Entre los viejos de un geriátrico y entre los adolescentes mientras estudian o se drogan. Es lo único que comparten los padres y los hijos sin discutir ni echarse en cara. Peronistas y gorilas ceban mate sin preguntar. En verano y en invierno. Este es el único país del mundo en donde la decisión de dejar de ser un chico y empezar a ser un hombre ocurre un día en particular. Nada de pantalones largos o circuncisión. Acá empezamos a ser grandes el día que tenemos la necesidad de tomar por primera vez unos mates, solos. Sin nadie. No es casualidad; no es porque sí. El día que un chico pone la pava al fuego y toma su primer mate sin que haya nadie en casa, en ese minuto, es porque descubrió que tiene alma».

El dibujante belga me miró, después de leer esos párrafos, y me dio la impresión de que por fin había entendido algo sobre mí. O mejor todavía: sobre mi identidad y sobre mi pasado. El alivio que sentí, de

repente, fue enorme. Me conmovió saber qué tan necesitados estamos, todos, de que los demás nos entiendan un poco —más no sea desde las páginas de un libro o en el gesto infantil de un concierto de pedos—; que nadie pase por nuestras vidas sin un guiño de comprensión.

Jeroen guardó mi libro en su mochila, se señaló el pecho con el dedo índice y me dijo, con timidez:

—¿*Maté* pour moi?

Le dije que sí, que por supuesto, y le cebé uno bien caliente con azúcar. Cuando me lo devolvió me tomé otro y le pregunté con señas si quería más.

De nuevo dijo que sí, sonriente.

Nos bajamos dos termos calladitos la boca y respiramos, por primera vez, un aire cómplice.

Eso fue todo lo que pasó entre nosotros, porque después se despidió, volvió a su casa, y no tengo idea si lo veré alguna vez. Pero esas últimas tres horas, en mi habitación de trabajo, ya no fuimos un gordo raro y un belga hippie; de repente nos convertimos en dos colegas trabajando en cosas simples que nos gustan: escribir y dibujar.

Dibujar y escribir como si no hubiera otra cosa para hacer. Como si eso nos mejorara la vida. Como si el mundo fuera un lugar diseñado, exclusivamente, para que los extraños nos hagamos compañía en silencio.

Nuestros dominios

Escribo esto la tarde del 27 de octubre de 2014, mientras espero que Mauro se olvide de pagar la cuota trienal del dominio *Casciari.com*. No creo que ocurra, porque es un tano muy despierto y metódico, pero por las dudas tengo la tarjeta de crédito a mano. Ya hice guardia vana en 2008, en 2011 y me toca de nuevo hoy. Pero esta vez no estoy solo en la trinchera: me acompaña mi hija.

—¿Vos pensás que Mauro se puede olvidar de pagar, papá?

—Pudo haber tenido un accidente —fantaseo—. Con que se olvide durante diez minutos, le cago el dominio.

—¿Por qué tenés esa mirada de odio? —me dice.

Nina tiene diez años, y todavía no sabe que su apellido es poco habitual. Quizás hubiera sido mejor llamarla Fernández, Pérez, Rossi o Smith, para que no tenga que pasar por esto en el futuro.

Yo me empecé a preocupar a los once o doce años. En la guía telefónica de Mercedes solamente había dos *Casciari*: mi papá y mi abuelo, que para peor vivía a la vuelta.

Y yo envidiaba a los chicos de apellidos comunes, que encontraban parientes en los créditos finales de las películas. Cuando viajaba a Buenos Aires me encantaba buscar mi apellido en las guías de la Capital, porque tenían tres tomos y millones de abonados. Pero ahí tampoco había ningún *Casciari*.

En la infancia sentía lo mismo que un astronauta que mira el paisaje terrestre desde su escotilla: una vanidad solitaria y triste.

Entonces un día llegó internet y se destapó el frasco de todos los *Casciari* del mundo. Estaban mayormente en Italia y en Estados Unidos. Los había de diversas edades, profesiones, color de pelo y condición.

Me gustó la forma de dibujar de James, que hacía viñetas políticas en un diario de Washington; me pareció ejemplar la fuerza de Carla, que se presentaba a las elecciones municipales de Perugia; y me sentí orgulloso de Raymond, que estudiaba la cura del cáncer en Nueva York.

Pero más que nadie me llamó la atención Mauro, un tano de mi edad. Quizás porque era el único que —en aquel internet prehistórico— subía audios y videos de sus programas de radio.

Me sorprendió su voz, que se parecía a la mía de entonces, y sobre todo su nariz, idéntica a la de mi padre. Una vez, espionando un video de Mauro, él miró a la cámara. Yo puse pausa y me hipnotizó la familiaridad de su gesto congelado.

Habríamos sido muy amigos, estoy seguro, si él

no hubiera empezado la batalla territorial. En algún momento de 1999 Mauro sacó una cuenta de Hotmail sin la letra M antes del apellido. Así empezó esta guerra absurda.

Lo que hizo el tano fue dar de alta el correo genérico *casciari@hotmail.com*. Es decir, inauguró su vida virtual a los empujones, como si James, Carla, Joseph, yo, mi padre, mis hijos futuros y todos los demás *Casciari* no existiéramos.

Mascando bronca, tuve que poner la H en mi primer correo oficial: *hcasciari@hotmail.com*. Nunca me gustó mi primera dirección de mail; la usé con vergüenza hasta 2004, como si fuera un mediocre *jjperez241@* o un *hgonzalez_79@*. Mientras el tano se pavoneaba por ahí con su *casciari@* a secas.

El 31 de diciembre de 2000, mientras veía los fuegos artificiales del cambio de siglo, me juré estar más atento; y me vine a vivir a Europa para vigilar a mi enemigo de cerca.

Cuando escuché por primera vez que Google había liberado su correo electrónico yo estaba en la clínica, porque mi mujer hacía trabajo de parto. Escuché la noticia por radio, en la sala de esperas. Era el 15 de abril de 2004. Ese día, casi al mismo tiempo, nacían mi hija Nina y el servicio de Gmail.

Mientras mi esposa pedía por mí, dilatada y a los gritos, yo estaba en la biblioteca de enfrente dándome de alta en el flamante correo de Google, con miedo a que Mauro me ganara de mano.

Pero no. Esta vez yo fui más rápido que él y con-

seguí vengarme: la cuenta casciari@gmail.com fue mía; y será mía por siempre.

Cuando volví a la clínica y vi a Nina aparecer en este mundo, Cristina creyó que mis lágrimas de felicidad eran por causa de la paternidad flamante. Lo primero que le dije a mi hija, cuando la tuve en brazos, fue una disculpa susurrada al oído:

—Cuando tengas Gmail, corazón, vas a tener que usar la N antes del apellido, porque el genérico es de papá.

Disfruté mucho las noticias tecnológicas de aquel año, porque en todas partes se decía que los usuarios de Hotmail se estaban pasando en masa a Gmail. Y yo esperaba que Mauro, de un momento a otro, corrigiera en su blog la dirección de contacto.

Quería verlo morder el polvo. Quería saber si su nueva cuenta de Gmail sería mauro_casciari@ o incluso un humillante casciari_2@gmail.com. Pero a finales de 2005 pasó algo tremendo. Mauro cambió su correo electrónico por otro, pero no fue por uno de Gmail. Publicó una dirección de contacto llamada mauro@casciari.com.

A secas.

El tano me había ganado de mano la URL. La había comprado el 27 de octubre de 2005, en secreto, y sería suya mientras pagara su renovación trienal. ¡Yo nunca había pensado en eso! *Casciari.com*, la dirección web más preciada, siempre sería una página ajena. Lloré en silencio, abrazado a mi hija de un año y medio, y ella se puso a llorar conmigo.

—¿Tendrá hambre? —preguntó la madre.

—No, Cris. Lloro porque nos robaron el apellido.

De 2006 a la fecha empezamos, Mauro y yo, una guerra silenciosa. Yo compraba todos los suplementos tecnológicos de los diarios, solamente para cotejar las tendencias. Imagino que él hacía lo mismo, desde su escondite mugriento de Perugia.

Llegamos a no dormir por las noches, porque en los primeros años de este siglo cualquier nerd podía crear una red social en fase beta. Él me ganó de mano en MySpace, y yo lo primerí en Orkut; pero las dos redes sociales hicieron agua pronto.

Al mismo tiempo, nuestras carreras laborales crecían. Él pasó de ser locutor de radio regional a conductor de la televisión nacional. Yo pasé de bloguero a escritor de libros. Él se hizo conocido como movilero del CQC Italia, yo eché buena con una obra de teatro muy taquillera.

No triunfábamos en nuestros oficios por gusto, ni por talento, ni por vehemencia, sino para posicionar mejor nuestro apellido en los buscadores. Yo aparecí primero que él en la Wikipedia, pero él salía mejor favorecido en las fotos de Google Images.

Nos dábamos de alta en todas las boludeces que aparecían, siempre con nuestro apellido genérico como punta de lanza. Como los perros que mean los jardines ajenos de la cuadra.

Él me cagó LinkedIn, porque justo esa noche yo estaba jugando al póker con unos amigos. Desde ese día dejé de jugar al póker y de salir de casa en gene-

ral. Dejé de distraerme con amistades; me mantuve encerrado y atento.

Para nosotros, abrir cuentas *casciari* a secas era como comprar acciones: si alguna de todas esas redes sociales se hacía popular, el madrugador ganaba un nuevo combate.

Gracias a mi perseverancia, lo pude vencer en las dos batallas más importantes de la década: me le adelanté en Facebook (mayo 2006), y disparé primero en Twitter (octubre 2008). Todavía le debe estar doliendo... ¡Ah, *mascalzone!*

También es verdad que él plantó su bandera en el canal Youtube, y me dolió un montón. Pero yo le rapiñé Instagram. Solamente subí tres fotos mientras cagaba, para que Mauro sepa lo poco que me importa sembrar los territorios que le ocupo.

Y así seguimos hasta hoy: vigilando al enemigo común, cerrando filas, hojeando las novedades tecnológicas, durmiendo poco y con un ojo abierto.

Hoy es 27 de octubre, el día de su pago trienal de la punto com, y puede quedarse dormido. Tengo toda la noche por delante. Esta es la primera vez que no estoy solo en el insomnio. Mientras hago guardia, mi hija me ceba unos mates y me da charla para que no me quede dormido.

Los años anteriores ella era chiquita, pero ahora ya entiende cuál es mi misión y me hace el aguante. También me consuela:

—No te preocupes si esta noche Mauro paga, papá. En 2017 lo intentamos de nuevo.

—Bueno.

—Y si no podés hacer guardia porque estás viejo o lo que sea, yo siempre voy a estar atenta —me dice.

—Gracias, mi amor —le contesto, y la miro con mucha ternura.

Pero al mirarla me viene a la cabeza el primer apellido de Nina; se llama *Casciari*.

Y nació nativa digital, y es hija única, y posesiva, y ya tiene destreza para navegar las redes.

Entonces de golpe, por primera vez, en lugar de los ojos dulces de una hija descubro, acechante, la mirada torva de un enemigo nuevo.

La estrategia del banderín

Cuando sos joven y te mandás una cagada, le echás la culpa a la imprudencia. Pero la crueldad no es joven ni es vieja. Durante estos años me quise convencer de que todo fue una fatalidad. Pero no: lo que le pasó al Colorado Ulmer la madrugada del 14 de agosto de 1994 fue, sobre todo, culpa nuestra.

El Colo Ulmer fue compañero nuestro desde la primaria e hicimos toda la secundaria juntos. Es decir, fuimos amigos desde el principio de los tiempos. Cuando terminamos el colegio nos fuimos a la Capital. Vivíamos en diferentes barrios, pero nos veíamos seguido hasta que, una noche de sus veintitrés años, un vecino de su edificio le disparó sin querer con una escopeta. Sobrevivió, pero ya no pudo caminar. Chiri y yo habíamos cenado en su departamento esa noche y por eso estuvimos presentes en el juicio.

El vecino se llamaba Cárdenas, no me acuerdo el nombre de pila, y no era un mal tipo. Cuando explicó lo que había pasado esa madrugada le temblaban las manos y seguía muerto de miedo:

«Ya habían robado muchas veces en el barrio y en el edificio —declaró Cárdenas—, por eso yo te-

nía un arma. Esa noche estaba mi hija en casa, la madre me la había dejado. A las tres de la mañana me despertó un cuetazo que no venía de la calle, venía de adentro. Yo me asusté, más que nada por la nena. Enseguida escuché gritos y pasos en la escalera. Pensé que estaban robando en el edificio. Me levanté, agarré la escopeta y fui hasta la puerta. Alguien estaba queriendo entrar, forzaban la puerta. Disparé por miedo, a la altura del picaporte. Solamente quería que nos dejaran en paz.»

Cárdenas vivía en el quinto piso, departamento B. La bala se incrustó en la columna vertebral del Colo, que vivía en el cuarto piso, departamento B. Nuestro amigo se había equivocado de puerta. Al momento de recibir la bala, él intentaba entrar a su propia casa.

*

El Colo estuvo en coma y tardó catorce días en despertarse. Chiri y yo íbamos a verlo a la tarde; estaba en el Durán. La policía, que anduvo rondando los primeros días, nos tomó declaración por separado, a Chiri y a mí. Nosotros habíamos tomado la decisión de decir la verdad: que había sido una broma y que todo había terminado mal.

El padre del Colo no nos hablaba; el hermano mayor directamente nos quería fajar. Por eso íbamos a visitar a nuestro amigo bien entrada la tarde: para no cruzarnos con la familia. Más que nada, quería-

mos estar ahí cuando él se despertara para pedirle perdón. Estábamos destrozados.

A las dos semanas el Colo abrió los ojos y empezó a comer sin ayuda. Le costó mucho asumir que ya no iba a caminar, pero no se acordaba lo que había pasado. Nosotros íbamos a verlo, lo animábamos, le llevábamos discos, pero tampoco entrábamos en tema. En realidad no hubiéramos sabido qué decirle.

Una tarde llegamos a la clínica y no nos quiso recibir. Se le habían acomodado los recuerdos, se había acordado de todo. Durante años no nos habló ni quiso saber nada de nosotros.

Nos reconciliamos con él —a medias— en 2008. En esa fecha yo conté una parte de la historia en alguno de mis libros, aunque de una manera abstracta. Expliqué, más que nada, en qué consistía aquella broma que solíamos hacer en la juventud.

Pero nunca había contado, hasta hoy, por qué dejamos de hacerla.

*

La *estrategia del banderín* era una broma habitual que hacíamos con Chiri, una de muchas que se nos ocurrían cuando estábamos al pedo.

Nos sentíamos orgullosos de ese sketch y lo poníamos en práctica cada vez que podíamos, con diferentes amigos. Siempre le agregábamos una vuelta de tuerca divertida. La noche que fuimos a cenar a

lo del Colo habíamos incorporado una variante a la que llamamos «el efecto Trentuno».

Llegamos al departamento del Colo a las diez de la noche. En la mochila traíamos un banderín de Vélez, una caja de petardos y una bolsa de porro. Tocamos el portero eléctrico (él vivía en el 4º B) y bajó a abrirnos. Subimos los tres en el ascensor.

Contado así parece que íbamos a la casa de los amigos solamente a molestar, pero no es cierto. Íbamos a cenar y a pasarla bien. A ver fútbol o a mirar alguna película alquilada. La *estrategia del banderín* era un postre, una especie de colofón gracioso que nosotros ejecutábamos al pie de la letra:

—Mirá lo que te trajimos, Colo —dijo Chiri esa noche, antes de entrar, y sacó el banderín de la mochila. Era el inicio, peón cuatro rey.

Al Colo le encantó el regalo. Ese año Vélez estaba a punto de ganar la Libertadores y nuestro amigo era fanático. Agarró el banderín, le dio un beso y encaró para el comedor. Yo lo detuve en la puerta.

—Ponélo acá, para que todo el edificio sepa que sos del Fortín —le dije, y colgué el banderín en el picaporte de entrada, del lado de afuera. Al Colo le pareció muy bien.

Después entramos a su casa, cenamos, vimos fútbol e hicimos lo que hacíamos siempre a esa edad: conversar y fumar porro, leer en voz alta cuentos de Borges, desparramar cenizas en la mesa, tocar la guitarra y cantar. A las dos de la mañana le hice un gesto a Chiri, con las cejas, y le señalé las llaves

del departamento. El manajo estaba sobre la mesada de la cocina. Con esta señal empezaba la segunda parte, a la que llamábamos «El Éxodo». Chiri se levantó de la mesa y dijo:

—Me pegó el bajón, salgo a buscar alfajores —y agarró el manajo de llaves para salir a la calle.

—Buenísimo —dijo el Colo—. Tenés un quiosco abierto sobre Scalabrini.

Me puse de pie y agarré la campera:

—¿Por qué no vamos todos, así estiramos las patas? —propuse, como si se me hubiera ocurrido en el momento.

Al Colo le pareció bien y en menos de un minuto estábamos los tres en el pasillo, a punto de salir. Entonces, como indicaba el guión, me amasé la panza dolorido:

—Uy, me estoy cagando —dije—, mejor me quedo. ¿Está todo bien si van ustedes?

—Todo bien —dijo el Colo.

Ellos salieron a comprar alfajores y yo me quedé en el departamento. La primera parte del plan estaba en marcha. Habíamos dado los tres pasos: teníamos al Colo en la calle; las llaves estaban en el bolsillo de Chiri; y yo me había quedado solo, con tiempo para preparar la escena.

*

Yo no tenía ganas de cagar, obviamente. Cuando confirmé desde el balcón que mis dos amigos cruza-

ban la avenida, busqué un encendedor y lo puse entre el vano y el marco, para que la puerta no se me cerrara por el viento. Descolgué el banderín del picaporte, salí al pasillo del edificio y subí las escaleras hasta el quinto piso. Con sigilo, colgué el banderín en la puerta del 5° B.

Después, sin hacer ruido, volví al departamento del Colo, cerré la puerta y apagué las luces. *Todas* las luces. Me quedé sentado en la oscuridad, con la caja de petardos en el bolsillo y el encendedor en la mano.

Eso era todo lo que me tocaba hacer hasta que mis amigos volvieran. El resto del trabajo era de Chiri, y lo estaba ejecutando a la perfección.

Chiri y el Colo compraron una bolsa de Guaymallén de fruta y ya volvían al edificio entre risas y empujones. En la *estrategia del banderín* este es un momento de enorme importancia.

Chiri se encargó de distraer al Colo en el momento de subir al ascensor, para poder pulsar él mismo el botón. Ahí estaba el truco: Chiri debía apretar el quinto piso, y no el cuarto. Lo hizo sin problemas y el Colo no se dio cuenta de nada. Después se puso de frente, para que nuestro amigo no pudiera estar atento al visor electrónico.

Lo importante en este punto es mantener entretenida a la víctima durante el viaje. En circunstancias normales, cualquier inquilino conoce, por costumbre, el tiempo exacto que tarda el ascensor en llegar a destino. Ahí es donde la marihuana hace su parte: el porro provoca, entre otras virtudes, la dis-

torsión temporal y el anacronismo. Por eso la gente drogada siempre piensa que los ascensores tardan demasiado en llegar.

El Colo no percibió el paso real del tiempo, y cuando el ascensor se detuvo en el quinto piso, él creyó que estaban llegando al cuarto. Al caminar por el pasillo vio también el banderín colgado en la puerta B, y no tuvo dudas de que se trataba del piso correcto.

Chiri salió del ascensor con las llaves en la mano, dispuesto a abrir la puerta. Entonces se detuvo en seco y dijo:

—¿Vos sabías que estas llaves abren las puertas de todos los departamentos?

—Mentira —dijo el Colo— No puede ser.

—Te lo voy a demostrar —dijo Chiri—. Acompañáme al tercero.

Nuestro amigo, un poco por curiosidad y otro poco porque estaba contento, siguió a Chiri sin sospechar. Eran las dos treinta y cinco de la madrugada cuando los dos bajaron las escaleras.

Una vez apostados en el verdadero cuarto piso —ahora el Colo estaba convencido de estar en el tercero—, Chiri se acercó al departamento B e hizo girar la llave en el picaporte. La puerta, obviamente, se abrió.

—¡Boludo! —dijo el Colo, sorprendido—. ¡Abre!

—¿Viste? —respondió Chiri.

Yo, desde la oscuridad del comedor y con el pe-tardo en la mano, los escuchaba con nitidez.

—Cerrá, que acá en el tercero vive gente —dijo el Colo, respetuoso.

Estuve a punto de soltar la carcajada y arruinar la broma, pero me contuve.

—Voy a entrar —dijo Chiri—. Capaz que tienen Fanta en la heladera.

—¡Ni se te ocurra! —se asustó el Colo.

Chiri hizo tres cosas a la velocidad de la luz: entró al departamento en penumbras, le tiró las llaves al Colo y cerró la puerta tras de sí.

El Colo se quedó del lado de afuera. Susurraba, muy bajito: «Chiri, Chiri, salí de ahí que es peligroso». Nosotros, desde adentro, ya no podíamos soportar la risa.

Me levanté del sofá y puse una voz muy gruesa:

—¡Quién anda ahí! —dije.

Chiri prendió una lámpara, para que el Colo viera luz desde la hendija de la puerta. Para nosotros, esa parte del chiste era como hacer radioteatro.

Fingimos un forcejeo y nos revolcamos un rato por el piso. Mientras yo prendía la mecha del petardo, Chiri tiró un plato al suelo, que se rompió con escándalo.

Entonces explotó el petardo —que retumbó como un balazo en el silencio de la noche— y Chiri se tiró contra la puerta, como si hubiera recibido un disparo.

—¡Auch! —gritó Chiri, muerto de risa— ¡Muero, canejo!

El Colo se desesperó. Fue tan grande su confu-

sión que ni siquiera entendió que la palabra «canejo» era graciosa. Nuestro amigo, angustiado, hizo lo que hacen todas las víctimas en este punto del chiste: huyó escaleras arriba, para guarecerse en el que sospechaba su verdadero hogar.

Escuchamos sus pasos por las escaleras. No podíamos creer que siempre la broma nos saliera perfecta. Asustadísimo, el Colo subió al quinto (creyendo que subía al cuarto) y puso la llave en el pica-
porte donde todavía colgaba el banderín de Vélez.

Intentó abrir la puerta una vez, dos veces, tres veces. Creyó que no podía acertarle a la cerradura por culpa de los nervios.

Nunca supo que intentaba abrir la puerta de Cárdenas. Ni que Cárdenas estaba del otro lado, muerto de miedo, a punto de gatillar.

Papelitos

Érase un pueblo tranquilo en el que habitaban muchos vecinos tranquilos. Todos llevaban una vida agradable y sencilla y cada uno deseaba prosperar. Pepe era uno de ellos. Una tarde Pepe salió a caminar por el pueblo y tuvo sed. Siguió caminando y tuvo más sed. Cuando volvió a su casa, y mientras descorchaba una botella, descubrió algo que nadie había descubierto antes: en el pueblo no había bares. Pepe pensó que si montaba un bar podría ser feliz y hacer felices a otros dándoles de beber. Y además, ganar dinero.

Durante dos noches Pepe hizo un listado de lo necesario para montar el primer bar del pueblo: primero necesitaría diez mil monedas para comprar mesas, sillas, copas, bebidas y un palenque para que los parroquianos dejaran sus caballos; después le harían falta dos semanas para convertir su casa en un bar; y más tarde otras dos semanas para tener las mesas repletas de vecinos sedientos.

Su amigo Moncho, que esa tarde pasaba por allí, le dio un excelente nombre para el bar.

Por supuesto, Pepe no tenía diez mil monedas,

pero durante la noche se le ocurrió una buena forma de conseguir las. La tarde del sábado recortó mil papelitos y escribió en cada uno de ellos «Próximamente, bar de Pepe». El domingo, después de misa, se fue a la plaza del pueblo vestido con su mejor traje:

—Queridos vecinos, voy a montar un bar a las afueras del pueblo —dijo, y todo el mundo dejó de conversar para mirarlo.

—¡Qué gran idea! —exclamó Ramón, con su cigarro en la boca.

Pepe se sintió cómodo con la atención de todo el mundo y mostró en abanico los papeles recortados.

—Cada uno de estos mil papelitos cuesta diez monedas —les dijo Pepe a sus vecinos—. Quien me compre un papelito deberá guardarlo y no perderlo, porque de aquí a un mes, cuando mi bar tenga clientes, entregaré doce monedas por cada papelito que vuelva a mis manos.

—¿Pero no costaba diez monedas cada papelito? —preguntó Moncho, al que todos tenían por el tonto del pueblo—. ¿Por qué vas a regalar dos monedas?

—No es regalar, Moncho, es compensar. Compensaré a los que me ayuden a cumplir mi sueño, que es el de tener un bar en las afueras del pueblo.

—Tiene sentido —dijo el Alcalde.

—Me parece muy bien —sopesó Ernesto, que era rico y entendía de negocios.

—¡Qué gran idea! —dijo el cura Francisco, y rebuscó en sus bolsillos.

De ese modo tan simple, y en una sola mañana

de domingo, Pepe consiguió el dinero para montar un bar: entre todos le entregaron diez mil monedas exactas por la venta de mil papelitos.

—Yo le compré dos papelitos —dijo Sabino, que era pobre y optimista.

—¡Yo treinta y seis! —exclamó Quique, que era codicioso y altanero.

—Yo le compré cinco papelitos, y pienso emborracharme en ese bar para celebrar el negocio más fácil de mi vida —dijo Luis.

Y todos rieron.

Pepe se fue a su casa ese domingo con las diez mil monedas en la mochila y se durmió pensando en su bar.

El lunes por la mañana viajó a la gran ciudad y compró madera para construir un mostrador robusto. Volvió a su casa y se puso a trabajar. No pasó por la plaza del pueblo en toda la semana. Es decir: no se enteró de que había encendido, entre sus vecinos, un extraño furor por los papelitos.

La primera semana

La plaza del pueblo estaba llena de gente, y eso era muy raro para un lunes. Varios vecinos habían pasado la noche entera recortando y escribiendo sus propios papelitos, porque habían descubierto que también ellos tenían proyectos para ofrecer.

Unos papelitos decían «En breve Heladería de Horacio». Otros decían «Muy pronto Peluquería de

Carmen». Incluso algunos decían «A fin de mes Moncho hará viajes a la Luna».

De pronto, la plaza se convirtió en un lugar atestado: los vecinos se subían a las farolas, o se trepaban a la fuente, para comprar o vender porciones de nuevos proyectos.

Esto ocurrió el lunes y el martes fue todavía peor. El miércoles ya no se podía caminar por la plaza. El Alcalde tuvo que poner orden y habilitó un lugar cerrado para que los vecinos pudieran reunirse sin destrozar los espacios públicos. Este pequeño local se inauguró el jueves por la mañana y fue bautizado con el nombre de Salón de los Papelitos.

Y así ocurrió que el viernes todos los que tenían un proyecto ya habían conseguido las monedas necesarias y se habían puesto a trabajar. Horacio buscaba los mejores sabores para su heladería, Pepe serruchaba la madera para el mostrador de su bar, Carmen afilaba tijeras para su flamante peluquería y Moncho compraba dos caballos para hacer viajes a la Luna. Solamente quedaban, en el Salón de los Papelitos, un puñado de vecinos a los que nunca se les había ocurrido ningún proyecto interesante para llevar a cabo. Lo único que tenían estos vecinos eran papelitos.

—Necesito dinero para cigarros —se quejó Ramón en voz alta—. Hace unos días le cambié este papelito a Pepe por mis únicas diez monedas, pero la tabaquería de Raúl no me acepta papelitos, y necesito fumar.

—¡A mí me pasa lo mismo! —dijo Luis—
¡Quiero ir al cine y tengo los bolsillos vacíos!

Los murmullos fueron cada vez mayores.

—En tres semanas Pepe le dará doce monedas a quien le devuelva este papelito —dijo Sabino, con los ojos brillosos—. ¡Vendo mi papelito, ahora mismo, por nueve monedas!

—Trato hecho —exclamó Ernesto, que era rico pero quería serlo todavía más, y le arrancó el papelito de las manos a Sabino.

Ramón y Luis también vendieron su papelito por menos de diez monedas y, mientras uno corría a comprar cigarros y el otro al cine, los demás vecinos vieron que aquella era una nueva forma de hacer negocios, aunque ya no hubiera proyectos que vender.

Algunos se subieron a las sillas, otros a las mesas, y empezaron a ofrecer lo que tenían.

—¡Cambio cuatro papelitos de Horacio por dos papelitos de Carmen!

—¡Entrego ocho papelitos de Moncho y mi caballo por cincuenta monedas!

Cuando entró al Salón el cura Francisco, todos hicieron silencio.

—El día que Moncho puso a la venta sus papelitos —dijo el cura—, yo le compré algunos porque Moncho es tonto: los vende a siete monedas y devolverá quince. Pero ahora necesito monedas para arreglar la campana de la iglesia. Pongo a la venta mis papelitos de Moncho a seis monedas cada uno.

—¿Cuál es el proyecto de Moncho, padre Francisco? —preguntó Quique.

—Está construyendo un carro muy largo, tirado por dos caballos —dijo el cura—, el pobre quiere hacer viajes a la Luna.

Quique hizo un gesto negativo.

—¿Y si te los dejo a cinco? —regateó el cura.

—Los compro por cuatro, padre —dijo Quique, con gesto de limosna dominical.

—¡Ah, Dios te bendiga, hijo mío!¹

La segunda semana

Habían pasado solo siete días y el hogar de Pepe ya no parecía una casa. En el comedor había una barra de madera lustrada, el baño se había convertido en dos baños (uno para las damas, otro para los caballeros) y las paredes estaban a medio pintar de un azul marino intenso. Pepe estaba feliz con el progreso de su proyecto, y ya estaba colocando en la fachada el cartel luminoso de su flamante bar.

Como aún no había bajado al pueblo, seguía sin saber que la vida de sus vecinos se había convertido en un ir y venir de papelitos que cambiaban de precio y de dueño.

¹ Querido niño: en el mundo real el Salón de los Papelitos se llama Bolsa de Valores. Mientras que los papelitos pueden tener dos nombres: Bonos u Obligaciones. Las doce monedas que pagará Pepe cuando el bar se llene de parroquianos (o las quince monedas que pagará Moncho cuando logre ir a la Luna) se llaman Valor Nominal del Bono.

Incluso el Alcalde, después de conversarlo una noche con su edecán, decidió sumarse a la nueva moda. La mañana del segundo lunes salió al balcón con un megáfono y dijo:

—Vecinos, la plaza quedó estropeada después del furor de los papелitos.

Y era verdad. La primera semana de compra y venta de proyectos los jardines habían quedado deshechos y los espacios públicos parecían aplastados por una inundación.

—Necesito recaudar fondos para reparar la fuente, renovar las farolas y, por qué no, para comprarme una diligencia —dijo el Alcalde—. Desde este momento saco a la venta mil papелitos oficiales, cada uno cuesta un caballo. Cuando la fuente eche agua, las farolas den luz y mi diligencia me lleve lejos, devolveré dos caballos por cada papелito. Los papелitos oficiales están a la venta. ¡Corran, corran que se acaban!

Los papелitos del Alcalde se esfumaron en tiempo récord en el Salón de los Papелitos: todos en el pueblo entregaron sus caballos y las tareas cotidianas empezaron a hacerse de a pie.

La compraventa de papелitos siguió en aumento y ya no alcanzaban los lápices para apuntar quién era el dueño de qué. Algunos papелitos eran muy deseados: por ejemplo los de Pepe, que trabajaba día y noche en su proyecto del bar en las afueras. Pero a otros papелitos no los quería nadie: por ejemplo a los de Moncho, puesto que su artefacto para hacer

viajes a la Luna, por el momento, solo constaba de dos caballos flacos unidos a un carro, y a otro carro, y a un tercero. Nadie creía que Moncho pudiera remontar el vuelo.

Ernesto, el vecino rico, había comprado papелitos sin ton ni son durante la primera semana, y ahora los papелitos de Moncho le quemaban en las manos. Pero como también tenía papелitos de Pepe, inventó algo que bautizó los Fajos de Ernesto.

Eran paquetes cerrados con cien papелitos de proyectos variopintos; por ejemplo, diez papелitos de Pepe y su bar, veinte de Horacio y su heladería, y setenta de Moncho y su extraño vehículo para hacer viajes a la Luna.

Durante todo el jueves los Fajos de Ernesto tuvieron gran éxito entre los vecinos del pueblo que buscaban como locos papелitos de Pepe o papелitos del Alcalde, pero el viernes Quique descubrió el truco y lo dijo públicamente en el Salón de los Papелitos:

—¡Cuidado, vecinos! Los Fajos de Ernesto a veces vienen con papелitos de Pepe o del Alcalde en la parte de arriba, y eso está muy bien, pero al fondo del fajo hay un montón de papелitos de Moncho, que jamás hará viajes a la Luna. Les propongo que, antes de comprar Fajos de Ernesto, pasen por mi casa para que los aconseje. Mi tarifa por cada consejo son seis monedas, o dos papелitos de Pepe.

Durante el resto de esa semana, y la siguiente, los compradores de papелitos consultaron siempre a Quique antes de comprarle fajos a Ernesto.

Ernesto y Quique, que habían jugado al mus durante años en el centro recreativo, dejaron de hablarse para siempre.²

La tercera semana

Ya habían pasado más de veinte días desde el inicio de las actividades cuando los vecinos del pueblo descubrieron que algunos proyectos ya estaban casi terminados, y en cambio otros seguían en pañales.

A Pepe solo le faltaba montar el palenque para que los caballos de los clientes pastaran fuera del bar.

Horacio había conseguido, con éxito, batir leche y frutas para su heladería, y solo le quedaba traer barras de hielo desde la gran ciudad.

Pero Carmen todavía no había encontrado un buen local para instalar su peluquería, aunque ya tenía docenas de tijeras afiladas.

Y qué decir de Moncho: sus caballos estaban cada vez más lustrosos, porque los cepillaba día y noche, y había conseguido atarlos a cuatro carros, pero no parecía que su artefacto pudiera volar en el plazo de una semana.

Los vecinos que tenían papelitos de Moncho, o de Carmen, estaban inquietos y ya no lograban ven-

² Querido niño: en el mundo real, los papelitos oficiales del Alcalde se llaman Títulos de Deuda Pública. Los fajos de Ernesto reciben el nombre de Obligaciones de Deuda Colateralizada. Mientras que la casa de Quique, el sitio a donde acuden los vecinos para saber si confían o no en los Fajos de Ernesto, se denomina Banca de Inversión.

dérselos a nadie. Hasta que apareció Quique con una gran idea:

—¡Oigan! —dijo Quique—. Aquellos que todavía tengan papelitos de Moncho, yo les puedo vender Tranquilidad de Quique para esos papelitos...

—¿De qué hablas? —preguntó Raúl, que tenía varios papelitos de Moncho.

—Muy fácil. Tú me pagas dos monedas cada noche, de aquí a fin de mes, y si Moncho no consigue hacer viajes a la Luna y no puede devolverte las quince monedas que prometió, yo te daré esas quince monedas. Justo lo que él debía pagarte.

—¿Aunque el viaje a la Luna fracase?

—Aunque fracase.

—¡Tremenda idea! —dijo Sabino—. Así nos sentiremos mucho más tranquilos y podremos comprar más papelitos.

—Por eso mi idea se llama Tranquilidad de Quique —dijo Quique, con una sonrisa, y muchos vecinos empezaron a pagar dos monedas cada noche, por las dudas de que algunos proyectos no terminarían bien.

En medio de la euforia por estas nuevas ideas, nadie en el pueblo se dio cuenta de que el Alcalde ya no se dejaba ver por el Salón de los Papelitos, ni tampoco había reparado las farolas ni la fuente de la plaza.

El Alcalde había cumplido, eso sí, con una parte de sus promesas: se había comprado una diligencia y había desaparecido del pueblo con los caballos de todo el mundo.

El edecán, que había sido la mano derecha del Alcalde y conocía la estafa desde el principio, decidió hacer algo para que nadie descubriera la ausencia de su jefe. Y su idea fue estupenda. Trajo al Salón de los Papelitos una pizarra y empezó a ponerle una nota (del uno al diez) a cada proyecto del pueblo.

—¿Qué estás escribiendo en la pizarra, edecán? —le preguntó Ernesto. Pero el edecán se hizo el misterioso y siguió trabajando en silencio.

Al bar de Pepe le puso un ocho, a la peluquería de Carmen un cinco, a la heladería de Horacio un siete, al vehículo para hacer viajes a la Luna de Moncho un dos y, haciéndose el distraído, a las reformas de las farolas de la plaza les puso un nueve.

—Ahora sí —dijo—. Ya está.

—¿Qué significan estos números? —preguntaron todos.

—Son las notas de la Alcaldía. Es para que nadie compre papelitos sin saber si podrán recuperar sus monedas o sus caballos —dijo el Edecán—. Lo hago por ustedes. Confíen en estas notas.

Todos los vecinos agradecieron la ayuda y esa tarde se revendieron, a precio muy alto, muchísimos papelitos del Alcalde.³

³ Querido niño: en el mundo real, la idea de Quique de ofrecer tranquilidad sobre los papelitos de Moncho se llama Seguros de Impago de Deuda, o CDS (del inglés *Credit Default Swaps*). Y la gran pizarra en la que el Edecán le pone una nota a cada proyecto se denomina Agencia de Calificación, que a veces se equivoca sin querer, y otras veces queriendo.

La última semana

Cuando llegó el día de la inauguración, Pepe se levantó muy temprano y caminó tranquilo hasta el pueblo. De lejos vio la fachada de su bar, con el cartel luminoso a todo trapo. El bar se llamaba La Luna, como lo había bautizado Moncho el primer día. Ahora ya no faltaba nada más, solo que llegaran muchos clientes desde el pueblo, con las gargantas secas de sed. Recorrió las cinco leguas hasta el pueblo colocando carteles en todos los árboles del camino. «Bar La Luna, abierto desde esta noche». Cada cartel que ponía en un tronco, se lo quedaba mirando, lleno de orgullo.

Durante su caminata hasta el pueblo Pepe fantaseó con que, de allí en adelante, docenas de vecinos irían a caballo a su bar y todos serían felices conversando y bebiendo.

Pero cuando llegó a la plaza no pudo entender lo que veía. Hasta pensó que había equivocado el camino, y que estaba en un pueblo diferente. Parecía que hubiera pasado una guerra.

Las farolas y la fuente de la plaza estaban destrozadas. Los vecinos caminaban en círculos hablando solos, y había corrillos de hombres y mujeres discutiendo y peleando.

—¿Qué ha pasado aquí? —le preguntó Pepe a Horacio, que lloraba contra una farola.

—¡Ay, Pepe! ¿No lo sabes? —sollozó Horacio—. Todo el mundo enloqueció con los papelitos. Con

los míos, con los de Carmen, con los tuyos... ¡Con todos! De pronto empezó a haber más papelitos que monedas, más tarde ya no hubo monedas, después desaparecieron los caballos, y entonces el Alcalde se escapó del pueblo, y los vendedores de Fajos de Ernesto quebraron, y los revendedores de Tranquilidad de Quique no pudieron pagarle a nadie y escaparon por la noche... Y ahora todo el mundo está en la ruina...

—¿Qué diantres es eso de «fajos de Quique» y «tranquilidad de Ernesto»?

—Es largo de explicar —dijo Horacio.

—¿Y tu proyecto, y el de Carmen?

—Mi heladería fracasó: no hay caballos para ir a buscar hielo a la ciudad. Y Carmen no tiene clientes en su peluquería, ¿no ves que todos se están arrancando los pelos con sus propias manos?

Pepe se quedó en silencio.

—Necesito una bebida —dijo Horacio.

—Tengo la garganta seca —dijo Luis.

—¿Has abierto ya tu famoso bar? —preguntó Sabino. Y otros también se acercaron.

Pepe supo que, sin caballos en el pueblo, nadie podría ir nunca a su bar de las afueras, y entendió también que jamás podría devolver las diez mil monedas a nadie.

Y entonces vio, en el medio de la plaza, a Moncho. Sus caballos eran los únicos que quedaban en la región, y arrastraban tres carros con dos ruedas cada uno, en forma de tren. Allí se iban subiendo mu-

chos vecinos. Otros hacían una larga fila para esperar subir.

—¿A dónde los llevas? —le preguntó Pepe a Moncho.

—¡A tu bar! —dijo Moncho, con una enorme sonrisa—. ¡A La Luna!

Un cartel, colgado en la fuente rota, decía:

«Moncho hace viajes a La Luna, salidas por una moneda. Regreso gratis».

—¿Sabías que iba a ocurrir esto? —le preguntó Pepe, abrazándolo—. ¿Sabías que todos se iban a quedar sin caballos?

—No —dijo Moncho—. Solamente sé que la gente puede ir a un bar a caballo, pero nadie puede volver de un bar a caballo. Y como yo no bebo, pensé que mi negocio podría ser el de llevarlos y traerlos de La Luna.

Pepe se subió al primer carro y gritó:

—¡Vamos entonces a La Luna! ¡Bebidas gratis el primer día!

Y todo el pueblo aplaudió.⁴

⁴ Querido niño: en el mundo real, las historias de Pepes que montan bares, o las de Monchos que hacen viajes a la Luna, nunca tienen el final feliz de los cuentos. En medio siempre aparecen Quiques, Alcaldes, Ernestos y edecanes que lo echan todo a perder. Pero cuando funcionan, cuando algo mágico ocurre, se llaman «sueños». Y suelen ser muy divertidos.

Fuera de competencia

Los jefes, los empleados

—¿Vos sos el jefe de Chiri? —me preguntó Nina.

—No.

—Entonces Chiri es tu jefe.

—Tampoco, pensamos la revista entre los dos.

—¿Y si no están de acuerdo en algo, quién gana?

Me quedé pensando, busqué algún caso en la memoria pero no encontré. Le dije asombrado:

—Siempre nos ponemos de acuerdo, dormite.

—¿Pero entonces quién es el jefe de los dos?

—Nadie —le contesté.

Nina se quedó callada, pensé que por fin se quedaba dormida, pero no.

—Pero si un día se equivocan —dijo—, ¿a quién hacen enojar?

Esa noche soñé, nítidamente, un recuerdo de mayo de 1982. En el sueño tengo once años y estoy en mi habitación desgrabando unas entrevistas que les hicimos a los vecinos, en la vereda, la tarde anterior. Les preguntábamos sobre Margaret Thatcher. Chiri está a punto de llegar, fue hasta lo de Guinot a hacer fotocopias del segundo pliego de la revista.

La revista que hacemos se llama *Las Cloacas* y la

vendemos en la escuela, entre nuestros compañeros, sin demasiada algarabía por parte de ellos: solamente se ríen un poco con los dibujos, pero no con los textos. La revista tiene lema: abajo del logo dice, más chiquito, *aromas del Cairo*.

Son tres pliegos tamaño oficio doblados y grapados: doce páginas en total. La hacemos con mi flamante Léxicon 80, a dos columnas. Antes la hacíamos con la Olivetti portátil de la madre de Chiri, pero la nueva Léxicon que trajo Roberto a casa es de carro ancho, y podemos poner directamente la hoja apaisada. Es difícil hacer los originales a dos columnas y que te quede, cada línea, bien justificada a derecha, pero escribiendo despacio y pensando bien las frases, se puede.

En el sueño yo estoy ahí de manera rotunda; quiero decir, no tengo memoria del futuro. Soy realmente ese gordito, mis únicas preocupaciones son las de esa tarde. Son pocas, pero una me molesta: estoy un poco enojado con Chiri porque no nos ponemos de acuerdo en algo que, a mí, me parece simplísimo: las preguntas de la entrevista tienen que ir en rojo y las respuestas en negro, porque el lector va a entender mejor si la pregunta es de un color y la respuesta de otro.

Chiri dice que es al pedo, porque las fotocopias son en blanco y negro. Yo le digo que en las fotocopias el rojo se convierte en gris, por lo que el efecto se consigue igual. Chiri dice que no. Yo digo que sí. Creo que es la primera vez que nos peleamos.

Chiri se levanta, caliente como una pipa, agarra el original del segundo pliego y se va a lo de Guinot a hacer fotocopias. Yo estoy enojado porque Chiri cree que mis razones son otras. Estoy casi seguro. Él piensa que, como ahora tengo una máquina de escribir con doble tinta, quiero alardear.

Estoy enojado porque es verdad. Estoy enojado por ese instinto que tiene de saber mis verdaderas razones sobre las cosas. Le va a pedir a Guinot que haga las fotocopias con mucho contraste, para que no se note el rojo. Va a volver con esa cara que pone siempre cuando me descubre las intenciones.

En eso estoy pensando cuando Chiri entra a la habitación, con las fotocopias en la mano. No tiene la cara que yo me imaginaba, no está contento ni triste ni enojado. Me dice que afuera hay dos tipos que quieren hablar con nosotros. Lo vuelvo a mirar: está pálido, como si le hubiera pasado algo malo.

—¿Qué tipos? —le pregunto.

—Dos tipos: cuando volví con las fotocopias estaban a punto de tocar timbre.

—¿Y qué quieren?

—Dicen que son empleados nuestros, que ya terminaron la número siete y quieren que aprobe-mos los originales para entrar a imprenta.

—Será gente que pide —le digo.

—No, es muy raro: uno se parece bastante a mi tío Luis con anteojos; el otro es idéntico a tu abuelo Marcos más joven.

Bajamos la escalera caracol con alarma. Chiri

llevaba las fotocopias en la mano y los papeles le temblaban. Mi susto tenía más que ver con su cara de pánico que con mi propia inquietud. Entonces vi, por fin, a los dos hombres que nos estaban buscando; los vi en la vereda hablando entre ellos con tranquilidad, sin apuro.

Supe enseguida lo que Chiri no se animaba a decirme. Me quedé paralizado, mirándolos a través de la cortina. Yo no conocía al tío Luis Basilis, pero a mi abuelo Marcos sí lo conocía muy bien. Y uno de ellos era bastante parecido a mi abuelo: algo más joven, pero igual de serio y de gordo. Pero no era mi abuelo. Y el otro no era el tío Luis.

Miré a Chiri:

—Somos nosotros —le dije.

Él hizo que sí con la cabeza, sin mirarme:

—Somos nosotros, pero viejos.

Hicimos silencio. De repente Chiri dejó de estar asustado (lo supe porque suspiró) y eso me tranquilizó también a mí. Creo que tenía miedo de estar loco él solo, de que ni siquiera yo le creyera.

—¿Cuándo te diste cuenta?

—Enseguida, ni bien me hablaron —me dijo en voz baja—. Yo venía en la bici para tu casa y los vi en la esquina de la Treinta y Dos. El gordo se dio cuenta de que era yo el que venía y le avisó al canoso. De lejos no los reconocí, de cerca me parecieron conocidos, pero cuando me hablaron me di cuenta. No les dije nada, pero me di cuenta. Hablan igual que nosotros.

—Vos tenés canas y anteojos de puto.

—Vos sos gordísimo. Y usás cartera.

—No es una cartera, es un morral de hippie.

—No existen los hippies gordos.

Habíamos levantado la voz y nos oyeron. Los dos hombres miraron a la vez la puerta. El más gordo saludó con la mano. El canoso nos hizo señas para que saliéramos de una vez.

Abrimos la puerta despacio, caminamos hasta la vereda y nos quedamos, los cuatro, mirándonos. El canoso me señaló al verme y le dijo al gordo:

—Ya tenías tetas de chiquito.

Los dos se rieron. Yo me puse colorado y encorvé los hombros. Me dio muchísima bronca ver que Chiri también se reía y se ponía del lado de los mayores. El canoso miró la hora en un rectángulo negro, muy raro, que sacó del bolsillo.

—Boludo, apuremos que tenemos que entrar a imprenta —dijo. El más gordo me preguntó:

—¿Hay alguien en casa?

Negué con la cabeza.

—¿A dónde están?

—En la Liga.

—Entonces vamos adentro —dijo, abriendo el morral—, tenemos que solucionar un asunto.

Estuvieron en casa media hora, no mucho más. En ningún momento se presentaron, ni nosotros les preguntamos los nombres. Había algo, más fuerte que las palabras, que nos unía y nos hacía entender quiénes eran. Mejor dicho: quiénes éramos los cuatro.

Nos reunimos en la cocina, ellos caminaban por mi casa sin confundir los pasillos ni las habitaciones. El canoso abrió la heladera sin permiso y sacó una botella de leche. El gordo puso cuatro vasos grandes en la mesa y les echó dos cucharadas soperas de Nesquik a cada uno, menos al suyo. A su vaso le puso seis. Chiri y yo lo mirábamos sin decir nada.

El canoso bebió un trago, entrecerró los ojos y suspiró con alegría:

—¡Ah, la chocolatada de esta época es mil veces mejor! —dijo.

El gordo se llevó el vaso a la boca pero no se detuvo. Bebió y bebió, sin respirar, hasta la última gota. Después se limpió la boca con el mantel.

Ya no me quedaban dudas: ese gordo era yo. Y lo peor es que yo era ese gordo porque nunca había dejado de tomar la leche de esa manera. Ni siquiera de viejo. Tenía razón el doctor al que me llevaba Chichita: el problema era el Nesquik.

—El asunto es así —se puso serio, de golpe, el canoso—. Estamos haciendo una revista, ya vamos por el número siete, y hasta hoy nunca habíamos tenido un desacuerdo entre nosotros.

—¿Una revista de qué? —pregunté, tratando de que no se me notara la cara de felicidad.

—Cuentos, crónicas —dijo el gordo.

—Historietas, sonetos —agregó el canoso.

Chiri y yo nos miramos y sonreímos.

Una semana atrás habíamos tenido una conversación muy seria sobre nuestro futuro y habíamos

decidido que nos íbamos a dedicar a hacer revistas. A escribirlas y dibujarlas.

—¿En serio trabajan en una revista? —preguntó Chiri— ¿Escriben o dibujan, o las dos cosas a la vez?

—La dirigimos —dijo el gordo—. Yo soy el editor responsable y él es el jefe de redacción.

—¿Ninguno de los dos dibuja? —pregunté.

—No —respondieron a la vez.

Chiri y yo nos miramos serios.

—¡Pero dirigimos! —dijo el gordo— Buscamos a los que escriben, a los que investigan, a los que dibujan. Pensamos los temas, hacemos garabatos en unas carpetas, llamamos por teléfono a los autores, los cagamos a pedo cuando se atrasan... Deberían estar contentos.

—¿Ustedes están contentos? —pregunté.

—Claro que estamos contentos, gordito infeliz —dijo el canoso, pero no me sonó como un insulto—. Estamos haciendo lo mismo que hacíamos a los doce años. ¿No te das cuenta? Mirá este pliego: es el pliego uno. Y este es el pliego ocho.

—¿Qué problema tienen? —preguntó Chiri.

El canoso le hizo una seña al gordo para que hablara él. El gordo levantó las cejas, como si ya hubiera explicado lo mismo mil veces:

—Se me ocurrió escribir una historia en la página tres, pero se me quedó corta la hoja —dijo, mirando al canoso con rabia—, y la quiero seguir en la página ciento veintiocho. Pero el pajerto no quiere saber nada.

—Es una reverenda pelotudez —dijo el canoso—. Hacemos una revista clásica, no somos vanguardistas, no experimentamos con boludeces.

Se notaba que la discusión venía de lejos. Se quedaron en silencio, mirándonos. Esperaban una solución por parte nuestra.

—¿Por qué tenemos que decidir nosotros?

Yo iba a hacer la misma pregunta, pero Chiri se me adelantó. El gordo grande dijo:

—Porque ustedes son los jefes y nosotros somos los empleados.

Nos quedamos en silencio.

—Quiero decir —siguió—, empezamos a hacer esta revista para cumplir un compromiso con ustedes. No estamos acá por casualidad. Ustedes tuvieron una conversación hace poco.

—En el patio —dijo el canoso—, en el segundo recreo. ¿Se acuerdan?

Asentimos, pálidos.

—Y se juraron algo.

—Sí.

—¿Juraron que iban a ser ricos?

—No.

—¿Que iban a ser famosos?

—No.

—Qué juraron.

Chiri tragó saliva:

—Que cuando fuéramos grandes íbamos a seguir siendo amigos.

—Y qué más —preguntó el gordo.

—Que íbamos a hacer una revista.

Lagrimemos todos a la vez, como una coreografía de maricones en diferentes períodos de su sensibilidad hormonal.

—Nosotros —dijo el canoso— venimos a decirles que está todo bien, que lo que viene va a estar bueno. Porque ese juramento, para nosotros, fue una orden.

—Ustedes son los jefes —dijo el gordo—, los jefes son los que dan las órdenes. Nosotros, los grandes, solamente somos empleados. ¿Aprueban el cambio del editorial, entonces? Decidan rápido porque estamos entrando a imprenta mañana.

—Por mí sí, que vaya el cuento largo —dijo Chiri, y el canoso lo miró con bronca.

—Yo pienso lo mismo —dije—. Si el cuento está bueno, qué importa dónde termina.

—*Ese* es el problema —dijo el canoso, resignado—. Es uno de los peores cuentos que el Gordo escribió en su vida. Es infantil, está lleno de lugares comunes. ¿Saben cómo termina?

—Cómo.

Y entonces me desperté.

Una alarma inesperada

Durante media vida lo más trágico que puede pasar es tu propia muerte egoísta, pero entonces llega algo y ¡zas!, te cambia para siempre el epicentro del miedo. Yo descubrí esto arriba de un taxi. Un rato antes me habían pagado un dinero que no esperaba por algo que ni siquiera era un trabajo. Entonces decidí no viajar desde la Capital a La Plata en un micro mugriento, porque lo mínimo que podés comprar con plata inesperada es comodidad. El problema es que elegí a un taxista que estaba a punto de cruzar un límite.

Me acuerdo muy bien la fecha: era el invierno de 2008. Yo había ido a Buenos Aires a presentar «España decí alpiste» a un teatro, pero en medio del viaje había muerto mi padre y yo estaba un poco como bola sin manija. Hice mi presentación de todos modos y todo salió más o menos decente.

Una semana después mi amiga Carolina presentaba su primer libro en la librería El Ateneo, y me invitó a la presentación como moderador. Ella trabajaba con la Editorial Aguilar. Yo estaba muy decepcionado con Sudamericana, porque después de la

presentación de mi libro, «España decí alpiste» no estaba en ninguna librería.

Cuando llegué a El Ateneo, la gente de Aguilar había puesto cientos de libros de Carolina, y todo el mundo que entraba compraba alguno. ¡Ah, cómo odié a los de Sudamericana! Pero todavía faltaba el broche de oro. Cuando terminó la presentación de Carolina vino alguien de Editorial Aguilar y me dio un sobre con plata.

—¿Y esto qué es? —quise saber.

—Nuestra editorial acostumbra pagarle a los que vienen a acompañar a los autores —me dijo la chica de Aguilar.

Yo pensé en el pobre Chiri, que había ido a ayudarme en mi presentación una semana antes. Y en Laura Canoura, que viajó a cantar desde Montevideo con su pianista... Los de Sudamericana no le habían dado ni la hora, ni un café con leche, ni un gracias. Qué emperrado estaba yo con mi editorial aquella noche.

Salí del Ateneo chinchudo, con el sobre de plata en la mochila. Ya era de noche. Tenía que cenar en casa de mi hermana, así que pregunté dónde podía tomar un ómnibus a La Plata. Me dieron una explicación tan llena de vericuetos que se me llenó el cerebro de pereza; entonces paré un taxi. Que pagara Aguilar.

Como sería un viaje largo, le pedí al taxista un precio fijo. El taxista era un muchacho de mediana edad, morochito, de ojos cansados, y no tenía la

menor idea de precios fijos. Me explicó que manejaba el taxi desde hacía una semana, que el coche era de un primo, y que si era un viaje largo mejor, porque necesitaba el dinero.

Llamó por teléfono al primo y le pidió instrucciones y tarifas. El primo, por el manos libres, dijo un precio en voz alta. El taxista me miró. Yo acepté y nos pusimos en marcha.

Salimos por Santa Fe y promediando la Nueve de Julio me di cuenta de que el chico manejaba nervioso. Pensé en cocaína. Después supuse que podía estar tenso por su inexperiencia al volante, pero no era nada de eso. La respuesta llegaría por teléfono.

El recorrido que estábamos a punto de hacer es de unos sesenta kilómetros. El teléfono del coche sonaría varias veces, pero la primera llamada ocurrió a la entrada de la Autopista, a la altura de la avenida Brasil. El taxista puso el manos libres y retumbó la voz de una mujer en el auto:

—¡Está cada vez peor, Alberto, no sé qué hacer!
—gritó la mujer.

—Te dije que la lleves a un privado y después vemos —gritó el taxista, y se saltó un semáforo.

—¿Con qué plata, me querés volver loca?

—¡Sacála de casa, abrigada, y llévala al Durán, llévala a cualquier lado!

—¡Con qué auto!

—¡Decile a la conchuda de tu vieja que le pida el auto al marido! ¿Querés que haga yo? ¡Estoy en la Autopista La Plata!

La mujer empezó a insultar al taxista entre sollozos, pero se notaba que al mismo tiempo le hacía caso: se la oía caminar, resoplar y después un sonido de aire libre y bocinazos. En mi cabeza eso quería decir: alzó en brazos a la nena, bajó unas escaleras, la sacó a la calle.

El taxista también adivinó estos sonidos y dio indicaciones imprecisas. En un momento se oyeron sollozos en el teléfono; yo creí que eran de la mujer. Pero era el llanto de la nena. Lo supe porque el taxista, al escucharlos, crispó los puños sobre el volante y le dijo a la mujer que estaba en medio de un viaje, que no podía seguir hablando. Y cortó.

Durante un rato no nos dijimos nada. Pero al minuto, como si el taxista hubiera evaluado entre contarme o no contarme, me pidió disculpas y me explicó su drama entero.

Me lo soltó sin pausas, o por lo menos yo tengo el recuerdo de una parrafada que no tenía espacios, ni comas, ni matices. Me dijo que su hija desde hacía seis noches volaba de fiebre y que él se estaba separando de su mujer desde mucho antes pero que ahora la familia de su mujer decía que él se separaba para no hacerse cargo de la enfermedad de la nena y que él ya casi no dormía porque trabajaba de día en un corralón y de noche con el taxi del primo porque quería llevar a su hija a un hospital privado porque en los hospitales públicos la mandaban de vuelta a la casa con aspirinetas y que su mujer lo estaba volviendo loco.

Dijo algo así, o incluso fue más largo, y no había comas. Cuando empezó a hablar, el velocímetro estaba en ciento diez, pero cuando terminó ya íbamos a ciento sesenta. Me dio miedo, pero no dije nada porque el taxista hablaba sin grietas, como si estuviera ensayando frente al espejo un borrador que tendría que decir más tarde.

La tensión estaba en sus manos, no en sus palabras. Yo le miraba los nudillos y buscaba a contrarreloj alguna palabra de ánimo, o de consuelo, porque iba a una velocidad tremenda por la autopista. Cuando encontré una frase para decirle, algo me lo impidió.

Empezó a sonar una alarma insoportable adentro del auto, una alarma potente y desesperada, como las chicharras contra robos de los coches estacionados.

Ni él ni yo entendimos qué pasaba, hasta que del manos libres apareció una voz metálica, grabada:

«Usted está saliendo del perímetro de la Ciudad de Buenos Aires», decía la voz, «necesita ingresar el código de seguridad».

La frase se repitió tres veces más, por encima de la alarma. El taxista no tenía la menor idea de lo que quería decir el mensaje y llamó a su primo con dedos torpes. El primo le dijo que era un sistema de seguridad del taxi. Nos costó entender la explicación, porque la alarma tapaba todo:

—¡Alberto! —gritó el primo—, seguramente pasaste el límite de Capital y el radar lo captó. Debés

estar en Provincia. Hay que avisar que el pasajero no te está encañonando o no te robó el taxi. Anotá este número...

El primo le dio un número de seis cifras. El taxista lo tecleó en el teléfono y la alarma dejó de sonar. Se sintió en el taxi una paz vacía, irreal, parecida a cuando deja de sonar un lavarropas. Durante diez minutos viajamos en silencio. Yo miraba a cada rato el velocímetro, y de reojo vigilaba el gesto del taxista por el espejo.

Cuando sonó por última vez el teléfono faltaban diez o quince kilómetros para llegar a La Plata. Esta vez la mujer lloraba a los gritos y no se entendía muy bien lo que decía. Solamente escuchamos con nitidez la frase «está muerta». Lo dijo tres o cuatro veces, en medio de otras palabras cortadas, y después la consumió un llanto que me puso la piel como un rallador.

El taxista repetía a los gritos «Vanina, qué pasa» y la mujer respondía siempre las mismas dos palabras, pero él parecía no entender la respuesta y volvía a preguntar: «Vanina, qué pasa», y ella otra vez lo mismo. Fue un bucle de treinta segundos que se cortó en seco, como si el teléfono de la mujer se hubiera caído en un pozo.

No dijimos nada.

Hicimos de cuenta, el taxista y yo, que esa comunicación no había ocurrido. Ni el ‘Vanina qué pasa’ ni la respuesta de ella, monocorde y sin ritmo. Fue extraño ese silencio, porque estaba lleno de sordera.

En un momento empezó a cambiar el paisaje: se empezaron a estirar los árboles y las fábricas en la ventanilla. Tardé un poco en darme cuenta que la velocidad del auto se había disparado.

Me agarré con los dedos al asiento de adelante. El velocímetro estaba en ciento noventa y cerré los ojos. Los abrí y había pasado los doscientos. Cerré de nuevo los ojos y pensé dos cosas: o el taxista se quiere matar conmigo adentro, o quiere dejarme lo antes posible en La Plata para volver a Buenos Aires.

Le toqué el hombro, sin abrir los ojos:

—Déjame acá y volvé —le dije.

—¿Cómo acá? ¿Acá en la ruta?

—Acá mismo. ¡Pará acá!

Frenó sobre la banquina con una maniobra zigzagante. Se dio vuelta y me miró a los ojos por primera vez.

Al verlo de frente, supe que era más joven de lo que pensaba: no tendría más de veinticinco años y estaba llorando desde hacía rato. Yo no me había dado cuenta de eso. Seguramente había hecho esfuerzos para evitarme el ruido de sus mocos.

—¿En serio? —me dijo, mirándome a los ojos—
¿No te jode si te dejo acá?

Le dije que estaba todo bien, que yo podía llamar con mi teléfono a otro taxi. En realidad mi teléfono español no podía hacer llamadas locales, pero lo mío no era generosidad: era un miedo espantoso a que nos hiciéramos mierda contra un poste. Lo cierto es que yo quería salir inmediatamente de su drama.

Si el taxista tenía que matarse con el auto, que fuera de regreso a la capital y solo, no conmigo en el asiento de atrás. Sentí culpa por pensar de esa manera, pero fue lo que pensé. Entonces hice lo que solemos hacer los cobardes cuando sentimos culpa: saqué de mi mochila el sobre que me habían pagado los de Aguilar y me quedé con cien pesos. Cerré el sobre y se lo di entero, con todos los billetes adentro.

—El viaje y la propina —le dije.

El taxista miró la plata y ni siquiera hizo la actuación habitual de «no, hermano, no te puedo aceptar esto». Pasó por encima de cualquier tradición pelotuda porque sabía que ese tire y afloje sería una pérdida de tiempo.

Me bajé del auto. Lo imaginé llegando al peaje y cambiando de carril como un rayo. Me quedé parado, con las brazos cruzados de frío.

Estaba oscuro y no había estaciones de servicio por ninguna parte. Tenía que empezar a caminar para algún lado, pero no pude: había una angustia horrible en las luces de los autos que iban y que venían. Y yo no me quería mover de mis dos baldosas de paz.

Entonces me senté en el suelo, con las piernas cruzadas, y pensé en lo que no había querido pensar. Pensé en Nina y en sus cuatro años. Pensé con terror en mi hija, que seguramente estaba en casa, durmiendo; y pensé en mi padre, que había muerto diez noches antes.

Sentí, de repente, que estaba cruzando un límite. Allí mismo, en ese momento. No un límite que se

para la capital de la provincia. Era una frontera más intensa: había pasado de ser un hijo a ser un padre. Había pasado de no tener miedo nunca a vivir con pánico para siempre.

Aquella noche, en una zona imprecisa entre Quilmes y Berazategui, me empezó a sonar una alarma horrible en la cabeza. Y yo no tenía —nunca voy a tener— el código de seguridad para apagarla.

Protocolo en el subsuelo

Hace un tiempo me invitaron a Lima para dar una charla. Justo antes de volver a casa, en el Aeropuerto Internacional Jorge Chávez unos policías enojados me llevaron a la rastra a un subsuelo, me pusieron las manos contra la pared, me abrieron las piernas, rompieron una por una las artesanías que le llevaba de regalo a Nina y me hicieron pasar una eternidad maravillosa junto a dos perros amaestrados: uno blanco, el otro negro.

Al revés que sus dueños, los perros que huelen droga son inteligentes y dóciles. Yo jamás los había visto trabajar, por eso creía que los perros adiestrados, cuando huelen una maleta sospechosa, ladran fuerte. Y no es así en absoluto. El primer perro que olfateó mi valija se sentó y se quedó quieto. Esa es la señal del crimen: sentarse inmóviles. Cuando ocurre esto, a los policías les brillan los ojos y se ponen contentos. Si tuvieran cola, la moverían. Les encanta que sus mascotas den la señal de alerta, porque eso significa que pueden iniciar *el protocolo*.

El protocolo de detención por drogas en el aeropuerto de Lima, Perú, es alucinante de inicio a fin.

Todo lo que ocurre va *in crescendo*: primero te detectan en la fila del embarque, después te alejan de la gente con delicadeza, enseguida te hacen bajar por escaleras que tienen cartel de «No pasar» y, cuando ya no hay testigos a la vista, te empiezan a hacer preguntas violentas mientras cruzás charcos y habitaciones sucias.

Te aprietan el brazo, nunca dicen qué ocurre y, todo el tiempo, mientras caminás por pasillos desolados, tenés un solo pensamiento: «Acá me cogen». Yo tuve esta certeza un montón de veces mientras duró el protocolo: «Acá me ponen en cuatro y me cogen entre todos».

*

Seis días antes yo había llegado a Lima en un vuelo directo desde Madrid. Nunca había estado en la ciudad y tenía muchas ganas de conocerla. El hotel que me dieron estaba bien y el primer recibimiento feliz ocurrió por teléfono, cuando yo siquiera me había descalzado. «Hay alguien que quiere hablarle, le comunico», dijo la recepcionista.

Me quedé esperando el tono sentado en la cama. Supuse que serían los organizadores del evento, pero no. «Casciari», dijo una voz cavernosa del otro lado, «soy Julio Villanueva Chang, bienvenido a Perú. Supongo que necesitarás marihuana, ¿verdad?».

Me puso de buen humor escuchar la voz del director de *Etiqueta Negra*, la revista de crónica lati-

noamericana que más me gusta. Pero más feliz todavía me hizo sentir su anfitriónzgo elegante.

Recuerdo que pensé, después de colgar: «¿Por qué no soy así de generoso con los colegas drogonos que vienen de visita a España?». Mi excusa fue al mismo tiempo chovinista y falsa: «Porque no soy español», me dije; «que les ofrezca porro la directora de *JotDown*». Y me sentí redimido.

Esa misma noche Julio Villanueva se acercó hasta mi hotel con una bolsa llena de porro aromático y suave. Armé uno y guardé el resto bien al fondo de mi valija, más abajo incluso que la ropa interior. Después me fui con Julio a caminar por Lima, una ciudad que siempre parece estar a punto de llover, pero en la que nunca llueve. Nunca es *nunca*.

Esa inminencia falsa de chaparrón es muy tentadora para el extranjero, porque todo el tiempo nos da la sensación de que está a punto de ocurrir algo húmedo. Para el limeño, en cambio, es una desgracia que los hunde en un pozo de locura, como la más famosa tortura china pero al revés: ellos esperan una gota en la frente que no aparece nunca.

Los siguientes cinco días fueron ajetreados. Lo que más me gusta de estar solo en los hoteles es que me siento el padre que mi hija querría tener, y el esposo que mi mujer hubiera preferido: me levanto temprano, me ducho por las mañanas y a diario, desayuno bien vestido alimentos de muchos colores y después salgo a la calle y soy sociable, hablo, sonrío, camino bajo el sol y me dejo llevar a hacer turismo.

Es una lástima que Cristina y Nina no puedan disfrutarme en ese estado, y en cambio deban verme en casa —los otros trescientos sesenta días del año— malhumorado, fotofóbico y roñoso.

Di la charla y la conferencia previstas, pero también fui a la televisión y me dejé maquillar, hablé de libros con un señor de anteojos, almorcé en todos los restaurantes que pusieron de moda la comida peruana en el mundo, tuve largas sobremesas con directores de revistas que hablaban sobre asuntos inteligentes y tuve la sensatez de quedarme callado.

Paseé por los mercadillos y le compré a Nina instrumentos musicales autóctonos, conocí a muchos lectores de la revista *Orsai* en una fiesta que se alargó hasta que se hizo de día en la casa de un japonés que tenía pósters colgados de Spinetta y una cocaína muy conversadora, conocí a Paloma Reaño, que por esa época empezaba a hacer realidad lo que más tarde sería *El Buensalvaje*, una revista de literatura que ahora me llega cada mes a casa y me recuerda aquellas noches de Lima en que su proyecto empezaba a tomar forma.

A cada paso que daba en la ciudad, a cada actividad de mi agenda, la precedía una rutina idéntica: por la mañana me duchaba, desayunaba y sacaba de la bolsa un poco de porro aromático y suave; me lo metía en un bolsillo y dejaba el resto de la bolsa en la maleta, bajo la ropa interior limpia.

Lo hice así todos los días hasta el último, en que se acabó el porro y tiré la bolsa vacía al inodoro. El

regalo duró exactamente mi estancia en Perú: hasta en eso Julio Villanueva había sido previsor; gracias a él encaré todas mis tareas en Lima —charlas, conferencias, entrevistas— con una predisposición aromática, suave y risueña.

*

Perdí la sonrisa cuando, ya a punto de embarcar de regreso a Barcelona, sentí con nitidez que un funcionario uniformado le decía mi nombre a la azafata del vuelo. No escuché la frase completa, solo mi nombre y mi apellido exactos, pero la actitud del guarda aeroportuario era obvia.

Dijo algo así como: «Cuando aparezca por aquí me avisas». No le di tiempo: salí de la fila y llamé al funcionario yo mismo, con un gesto. Él se acercó: «¿Dígame, señor?». «Escuché que decías mi nombre», le contesté. «Soy Hernán Casciari», y le mostré mi pasaporte abierto en la foto.

En un primer momento de ingenuidad pensé que me había olvidado algo en el hotel y que me buscaban para devolvérmelo. Entendí que no era tan simple cuando el policía, sorprendido de que me entregara sin resistencia, llamó a dos compañeros y me hizo poner los brazos como un espantapájaros para cachearme.

Recién entonces intuí, con toda la certeza del mundo, que el tema venía por la valija que había facturado media hora antes y que estaba en la bode-

ga del avión. Mi lucidez fue inmediata: los perros habían olfateado el aroma persistente de una bolsa de marihuana que ya no existía.

Saber esto me fascinó. Quiero decir: saberme inocente y limpio me pareció una bendición, porque supe que todo lo que iba a pasarme no estaría teñido por el miedo a quedar preso, sino por la deformación profesional del periodista.

¿A dónde me llevarán?, ¿qué me harán?, ¿en qué momento descubrirán que fue un error?, ¿me darán fuertemente por el culo?, ¿el avión me esperará o tendrán que darme otro vuelo?, ¿me pedirán disculpas?, ¿conoceré a los perros?

Mientras los tres policías me agarraban de un brazo y me sacaban de la parte visible del aeropuerto, tuve una sensación placentera que suele darse en ciertas pesadillas, cuando uno descubre que está soñando y lo que ocurre ya no produce miedo sino curiosidad viciosa.

Me hicieron bajar varias escaleras, y en cada descenso la decoración pasaba de buena a regular, de roñosa a mugrienta, y de pésima a cochambrosa. «¿Lleva algún encargo?», me preguntó durante la caminata el único policía que me hablaba. Le respondí que no. «¿Está seguro?». Le respondí que sí, que estaba seguro, y le pregunté a dónde me llevaban. «Tenemos que abrir su maleta, señor, usted debe estar presente».

*

Llegamos a un sucucho infame, de tres por tres, iluminado por un fluorescente pálido. En medio de la escena, como una diva gorda de otros tiempos: mi valija precintada.

Me pusieron contra la pared y me dijeron que debía mirar fijamente la maleta. La miré como un prehistórico mira el fuego. El policía hizo una seña y entró a la habitación un perro blanco precioso, de raza indefinida, que empezó a dar vueltas alrededor de la valija. Después de la cuarta vuelta, se sentó.

La sentada del perro provocó murmullos entre las autoridades. Tras una señal entró un policía nuevo; se notaba a la legua que era de categoría superior, porque parecía más enojado que los otros. «Debemos proceder a la apertura de su equipaje», me dijo; «hay evidencia de sustancias ilegales en su interior».

Me pregunté si siempre diría esa frase del mismo modo. «¿Está de acuerdo?». Le dije que sí. «Póngalo por escrito, mirando hacia allí mientras firma». Me dio un papel y me señaló una cámara de vigilancia en la punta de la habitación.

Miré la cámara con un gesto que hacía Carlitos Balá cuando se veía sorprendido y firmé. Los otros tres policías empezaron a abrir la valija.

«No deje de mirar», me dijo el superior. Yo no pestañeaba. «¿De qué color son los taxis en Roma?», me preguntó. Le dije que no tenía idea. «¿Usted no es italiano?». «Tengo pasaporte italiano, pero vivo en Barcelona». «¿Qué distancia hay entre Barcelona y

Madrid?». «Seiscientos kilómetros, ¿por qué?». «¿De qué color son los taxis en Barcelona?». «Amarillos y negros.»

Entendí que me estaba haciendo preguntas para descubrir si mi pasaporte era falso, o si yo no era quien decía ser. «¿A qué vino a Perú?». «A dar una charla, soy escritor». Mi maleta estaba por fin abierta. Me dieron vergüenza mis calzoncillos.

Los tres policías hicieron entrar a un segundo perro, este era negro y parecía cansado de su rutina diaria. El animal dio solamente tres vueltas alrededor de mi valija y se puso muy frenético con un grupo de camisetas sucias. Movi6 la cola un par de veces y se sent6, inm6vil. Los murmullos de los uniformados eran 6xtasis puro. Dos hablaron entre ellos, un tercero le hizo una seña breve a alguien detrás de la puerta.

Entr6 un tercer policia, de jerarquía infinitamente superior a todos los demás. El nuevo tenía canas en las sienes, galones en la charretera y la piel curtida por mil batallas. Daba miedo. Yo pensé: «Este sí, definitivamente, me coge». El nuevo funcionario me mir6 de arriba abajo con desprecio. «Vamos a tener que revisar su maleta», me dijo. Respondí que no tenía ningún problema.

Los cuatro policias de menor rango empezaron a sacar la ropa y a revisar los bolsillos, a mirar las páginas de los libros que me habían regalado y a hurgar en los instrumentos musicales que eran regalos para mi hija. Esto fue lo peor: perforaron la quena,

destrozaron la bandurria, rasgaron la zampoña y abollaron el pututu. Pero no encontraron nada ilegal por ninguna parte.

«¿Usted consume drogas?», me preguntó decepcionado el comandante canoso. «Todo el tiempo», le dije. Me miró muy serio y levantó una ceja. «¿Consumió drogas estando en territorio peruano?». «Sin parar», le contesté. Al policía superior no le gustaba mi sinceridad.

«¿Trajo sustancias ilegales al Perú?». Le dije que no, que me gustaba fumar pero que no estaba loco. «¿Quién le proporcionó drogas en territorio peruano?». Estuve a punto de nombrar a Julio, pero había sido un gran anfitrión y no merecía ser delatado. «Un señor alto con los ojos achinados», le dije, «nunca le pregunté el nombre».

Los policías de mayor rango se fueron uno a uno de la habitación, junto con sus perros amaestrados. Parecían tristes, como si les hubieran quitado un juguete. ¿Les pagarían una comisión cada vez que contraban a un perejil?

Dos funcionarios se quedaron arrodillados junto a mi maleta, poniendo todo en su lugar, mientras que el primer policía, el que me había traído, me agarró otra vez del brazo y me llevó escaleras arriba.

«¿Pierdo el avión?», le pregunté. «No señor, el vuelo aún lo esta esperando». Me sentí un gordo importante.

Desandamos los pasillos y dejamos atrás el subsuelo. El policía que me llevaba parecía más relajado,

creo que fue el único que siempre confió en mi inocencia. En menos de diez minutos me dejó otra vez con la azafata, al pie del avión, y se despidió de mí con un consejo. «Recuerde, señor», me dijo antes de soltarme: «al llegar a su casa lave muy bien su equipaje».

Le respondí que tenía pensado hacerlo.

Algo para recordar

Lo que voy a contar pasó cuando todavía existían las pesetas, exactamente el día que me quedé sin ninguna. Con treinta años recién cumplidos, yo vivía en una pensión del barrio de Gràcia. Una cama, un escritorio, el baño afuera. Hacía poco que estaba en Barcelona y Cristina ya me había empezado a pagar los cigarros.

Tengo cada vez menos recuerdos sobre esos meses: escribía, con falta de pasión, una novela malísima que nunca supe terminar, y me pasaba el resto del día preguntándome por qué no se me ocurría una buena historia si el contexto era ideal: Europa, pensión barata, pobreza y juventud. Pero lo cierto es que no avanzaba y me aburría, hasta la hora en que Cristina salía del trabajo y por fin podía hablar con alguien.

Aunque ya había perdido, adrede, el avión de regreso a Buenos Aires, me comportaba como si estuviera de vacaciones, despreocupado por el futuro, y así estuve hasta la tarde en que Cristina debió pagarme el mes entero de la pensión. A la mañana siguiente bajé a la calle con dos monedas de cincuenta

pesetas y me compré el *Segundamano*. Me senté en el Barbarella, el único bar de Barcelona con bidé, y me dispuse a encontrar trabajo.

No lo hice por responsabilidad ni por culpa, sino para darle a entender a Cristina que yo no era un argentino vago.

Al segundo llamado telefónico conseguí una entrevista: el aviso buscaba a alguien que consiguiera publicidad para una revista de aparición inminente. Me bañé, me puse la camisa adentro del pantalón y me fui caminando hasta la avenida República Argentina. El nombre de la calle era una buena señal.

Llegué sin nervios, porque en esa época me creía inmortal, y subí por ascensor a la primera planta de lo que me pareció, más que una editorial, una casa antigua. Me abrió la puerta un mayordomo sesentón, vestido *realmente* de mayordomo. Me hizo pasar a una salita y me invitó a sentarme.

Al lado mío, en otra silla, había un muchacho alto, de pelo lacio, que también esperaba con un currículum en la mano. El mayordomo golpeó una puerta, la entreabrió con ceremonia y dijo:

—Niño, están aquí el modelo y el redactor.

¿Niño? El chico que estaba sentado a mi lado también se sorprendió con la palabra. Pasó un minuto. El mayordomo se mantuvo todo ese tiempo al lado de la puerta con la vista en alto. Entonces apareció, con cadencia de teatro griego, el ser humano más extraño que conocí en la vida.

Miró primero al chico de pelo lacio y le brillaron

los ojos. Después me miró a mí, señaló mi cuerpo con el dedo meñique y adivinó con asco:

—Tú eres el redactor, sin duda.

Eso fue lo primero que me dijo Narcís Cardelús antes de hacerme pasar a su despacho.

Durante el primer minuto me sentí ofendido. No tanto porque yo no pudiera ser modelo, eso era obvio, sino porque el desprecio de las palabras «sin duda» venían de la boca de un chimpancé con facciones humanas, solamente un poco más alto que un enano, vestido con una bata de arabescos y con una gata siamesa entre los brazos.

Yo sé que estos detalles parecen insidiosos y pido perdón por el tópico, pero Narcís Cardelús era, realmente, un enano alto que hacía todos los esfuerzos del mundo por ser el estereotipo del gay: exageraba el seseo, el quiebre de la muñeca, el olor a talco. Todo su entorno era una producción minuciosa excepto la cara y la estatura. Si lo mirabas a los ojos y te olvidabas del resto, parecía un camionero rumano en miniatura.

Aunque había conseguido imitar, con mucha gimnasia de espejos, los movimientos y el aura de una bailarina, su genética era rústica, de una enorme mediocridad heterosexual. Pero yo no podía dejar de mirarlo. Tenía algo hipnótico. Después de unos segundos de desprecio, sin darme cuenta, pasé de repente a la fascinación.

Nunca había visto un gay enano, no sabía que podía existir esa cruz. Por eso cuando Narcís abría

la boca, o cuando hacía un gesto, yo no sabía muy bien de qué tabú avergonzarme. Tenía la misma voz aflautada que usan los actores que no saben componer a un homosexual.

Y aunque su voz era increíble, su aventura editorial era mejor: planeaba una revista para los gays de Barcelona, con noticias para gays. Él ya tenía lo más importante, me decía: todos los empresarios del Eixample, el barrio gay barcelonés, eran sus amigos y estaban encantados de financiar la revista. Solamente faltaba redactar algunos publlirreportajes y cobrarlos.

—¿Puedes encargarte tú de eso? —me preguntó.

Le dije que había dado con la persona indicada. No pareció muy convencido, pero como ningún otro candidato había respondido el aviso, me contrató en negro y con un sueldo mensual descabellado.

Yo supe desde el primer minuto que jamás cobraría ese dinero y que la revista no saldría nunca, pero acepté encantado. Estar allí era mejor que seguir buscando trabajo sin papeles, o que estar en la pensión todo el día peleándome con una novela sin futuro.

A los ojos de Cristina yo había conseguido empleo, eso era lo importante. A mis ojos, había conseguido algo para contarle a mis amigos de Mercedes.

Mi obligación era estar allí todos los días a las nueve en punto. Narcís no se levantaba nunca antes de las diez, aunque el mayordomo repetía, cada cinco minutos y en el mismo tono:

—Niño, que ha llegado el periodista.

Yo podía verlo en su habitación, de reajo. Narcís no dormía: miraba películas yanquis viejas, dobladas al español, y lloraba con un paquete de Kleenex al lado de la cama. Yo bajaba la cabeza y fingía estar muy ocupado en la computadora.

En esas horas muertas me hice un poco amigo de Ramón. Supe que durante décadas había sido el mayordomo de una familia compuesta por el duque de Cardelús i Monturiol, un personaje de abolengo dueño de dos teatros clásicos de Barcelona; su esposa Emma, famosa actriz de teatro ya retirada; y el único hijo de ambos, Narcís, que, en palabras de Ramón, siempre estuvo demasiado protegido por su madre a causa de ser canijo. Canijo es petiso, pero Narcís era más que eso.

El duque, un hombre de la alta sociedad barcelonesa, se avergonzó siempre de su hijo único, pero mientras estuvo a cargo de su madre lo soportó. El problema empezó en septiembre, me dijo el mayordomo, cuando falleció la señora Emma. El duque intentó convivir con su hijo pero le resultó imposible. Le irritaba que Narcís estuviera todo el día solo, vestido como un transexual y llorando la muerte de la madre. «¡Que tienes ya cuarenta años, coño!», gritaba el duque y pasaba cada vez más tiempo fuera.

Una tarde, harto de no poder estar cómodo en su propia casa, el duque se alquiló un dúplex y se fue a vivir allí. Dejó a Ramón en la casa para que cuidara de Narcís, y le puso al hijo una paga mensual módica para que pudiera mantenerse, a cambio

de no tener que verlo. Ramón no estaba feliz con la decisión, pero era leal al duque y hacía ya meses que cuidaba del niño.

—Este pringado jamás va a pagarte el sueldo... Vete ahora que no pierdes nada —me advertía el mayordomo.

Yo lo sabía, claro, pero esperaba con ansiedad que Narcís se levantara de la cama, cada día, y me llevara caminando al Eixample para cobrar las publicidades. No le importaban los pequeños textos que yo escribía por la mañana, sino mostrarme en el barrio y presentarme como «mi jefe comercial argentino».

Descubrí pronto que todos los gays del barrio lo conocían y le escapaban: Narcís era una especie de tonto del pueblo, le prometían cualquier cosa con tal de sacárselo de encima.

Conocí el mundo gay barcelonés como la palma de mi mano. Entré a discotecas con luz de día, conocí peluquerías para gays que también le cortaban el pelo a caniches, estuve en agencias de viajes que ofrecían tours a San Francisco y otros destinos friendly, visité sex shops y me entretuve con una fauna de gente maravillosa.

Al principio iba con Narcís, pero algunas tardes en que mi jefe se quedaba en casa, deprimido y mirando películas, me mandaba a mí solo a hacer negocios. Al verme llegar sin compañía, los comerciantes gays me llevaban aparte y me confiaban lo mismo que el mayordomo Ramón:

—¿Sabes que estás perdiendo el tiempo, verdad?

Y cuando yo les respondía que sí, que estaba al tanto, me miraban con extrañeza. No podía explicarles el sentido de la experiencia, el valor que tenía para mí estar en esa casa, con Narcís y su mayordomo. Si hubiera tenido plata, habría pagado para que me dejaran meterme en sus vidas.

Cuando la pasaba a buscar a Cristina por su trabajo podía explicarle historias increíbles, también a Chiri y a mis padres por mail. Les contaba que un día me llevé el termo con el mate a la casa de Narcís, y que Ramón se interesó por el mecanismo de la infusión. Al día siguiente él mismo calentaba el agua y se hacía cargo de todo.

¿Qué importa no tener sueldo, pensaba yo, si un mayordomo, vestido realmente de mayordomo, te ceba mates toda la mañana?

Cada pequeña escena de aquel mes fue memorable: un acopio de anécdotas nutritivas. La mejor ocurrió el último día, cuando decidí que ya era hora de encontrar un trabajo de verdad.

Llegué tarde, cerca del mediodía. Narcís había empezado a escaparse de mí, porque era consciente de que me debía el sueldo. Me decía que cuando su padre le pagara la mensualidad él me daría dinero. Yo sabía, por Ramón, que el duque le había dado su paga hacía ya una semana. Entonces le dije que lo dejaba, que una revista no podía hacerse sin un diseñador, sin una imprenta, sin fotógrafos o editores. Le dije todo lo que podía haber dicho el primer día.

Él se puso intenso, se le aflautó la voz más que

nunca y dejó la gata en el suelo. Me dijo que yo no entendía nada del negocio, que lo estaba dejando en mitad del río, justo cuando aquello empezaba a funcionar. Pegaba grititos, se sentía estafado. Me decía que no esperara paga alguna si lo abandonaba. Quería pelea y yo no le daba el gusto.

Cuando supo que no había vuelta atrás dijo una frase que, durante mucho tiempo, Cristina repitió cada vez que fingía enojarse conmigo. Narcís me gritó, con todo el odio del mundo, «¡Vete a la pampa, guapa!» y se fue a su habitación llorando. Después prendió la tele y la puso a un volumen imposible.

Ramón, que había visto el escándalo, levantó las cejas y me palmeó la espalda. «Así acaba siempre», me dijo el mayordomo y se despidió de mí con un apretón de manos firme, sin agregar palabra.

Caminé por el pasillo buscando la puerta de salida y, como tantas otras veces, vi a Narcís de reojo en su habitación. Lloraba y murmuraba una misma frase entrecortada, *tots em deixen*, que en catalán significa todos me dejan, y me partió el corazón.

Entré a su cuarto para hacer las paces (no era la primera vez que entraba) y me senté a su lado. Eso sí era la primera vez. Fingió no verme y siguió mirando la tele con los ojos en compota y la respiración entrecortada. Sobre la cama había media docena de VHS con las películas viejas que Narcís miraba todo el día sin parar. Pude leer algunas carátulas: *Julio César*, *De aquí a la eternidad*, *Buenos días tristeza*. La que estaba puesta en la tele se llamaba *Tú y yo*. No

reconocí el título hasta que vi las imágenes en la pantalla. Era *An Affair to Remember*.

—Esta la vi —le dije para decir algo—, en Argentina se llama *Algo para recordar*.

Él no respondió nada, estaba ofendido conmigo.

—¿Te gusta Cary Grant? —le pregunté.

Negó con la cabeza y señaló el televisor:

—Me gusta oírla a ella —dijo.

En la pantalla estaba el rostro de una mujer imponente. Descubrí que a las otras películas, las que estaban desparramadas sobre las sábanas, las protagonizaba la misma actriz, pero no tuve tiempo para sorprenderme, porque Narcís subió el volumen.

—Escucha su voz —me dijo—, es mi madre.

Y cerró los ojos.

El corazón me empezó a latir más fuerte. De repente supe que había estado en esa casa un mes entero para que llegara ese momento.

—Mamá dobló a Deborah Kerr en todas sus películas —dijo.

Y a mí me dio vergüenza la cantidad de horas que había pasado en la pensión, intentando escribir una historia falsa. ¿Cómo carajo se me iba a ocurrir, allí encerrado, el cuento de un mayordomo que cuida a un enano gay que oye la voz de su madre muerta en los doblajes de las películas? Sentí pena, muchísima pena, por todos los escritores que buscamos sin suerte historias en la imaginación, y me acomodé en la cama junto a Narcís.

Él acurrucó la cabeza en mi pecho.

Basdala

En algún momento de este siglo descubrí que ya no quería escribir más como antes. Quiero decir: nunca más a solas, con la Olivetti en la cocina, viendo crecer las páginas sin mostrarle a nadie cada capítulo o cada cuento, sin la invasión permanente de los lectores, sin la adrenalina del borrador a la vista. Supe que ya no podría sentarme, durante meses, a construir una trama sin que otras miradas me devolvieran, de inmediato, sus comentarios veloces, sus correos instantáneos, sus críticas, e incluso, con suerte, nuevas tramas mejores que las mías. Sobre esto último, sobre la magia de las devoluciones literarias, tengo una anécdota para contar.

Estoy en medio de un dilema: me propongo contar esta historia en una revista impresa, no en un blog. Y no importa que la revista y el blog se llamen igual: no tengo el ritmo ni la mano suelta. Hace mil años que no escribo una anécdota con destino final en papel. Desde 2003 todo lo que conté, real o imaginario, acabó siempre con el gesto de hacer clic en el botón enviar. Ese gesto ya es, en mí, una especie de automatismo. Me acostumbré al tic de la publi-

cación inmediata, a que no haya nada entre los actos puros de escribir y de leer. Desde hace mucho tiempo me despreocupo después de ponerle el punto final a una historia, y me encanta saber que los lectores verán los resultados dos segundos más tarde, con los errores de tipeo incluidos, es verdad, pero también con las palabras y las ideas todavía calientes. Si narrar en directo fuese un ejercicio de tiro al blanco, la flecha estaría todavía en el aire cuando le llega al lector. La audiencia virtual parece levantar vuelo e ir en busca del dardo; no se queda en el suelo esperando el impacto: de algún modo el lector pega un salto y dirige su corazón a la trayectoria de la flecha. La audiencia virtual es, además, muy veloz: me corrige la ortografía en menos de una hora, debate la gramática, y después todos empiezan a conversar entre ellos sobre lo que han leído. Es muy gratificante ese murmullo de voces cuando la trama todavía está humeante, cuando ni yo mismo sé si lo que acabo de echar a la parrilla es carne buena. Hay una sensación de veredicto en ese barullo de voces y conversaciones. Me gusta espiar los comentarios y charlas ajenas; es como hacer realidad el sueño de convertirse en mosca y escuchar lo que se dice de un cuento propio, en el exacto momento en que a uno ese cuento le importa más, porque lo acaba de parir.

En realidad, no sé si la práctica de la literatura en directo es buena o mala, si es mejor o peor que otros sistemas. En todo caso siempre habrá veintisiete letras y un teclado, nada más que eso. Pero estoy

seguro de que a mí me resulta más divertida la inmediatez que la espera. Por ejemplo ahora: escribo esto a finales de mayo. Ustedes están leyendo este párrafo en julio, en agosto, en septiembre. ¿Quién sabe si en medio no se acabó el mundo?

La historia que voy a contar explica, mejor que cualquier charla literaria o debate de blogueros, por qué me gusta más escribir en directo y no en papeles impresos. Es una anécdota en la que la inmediatez propició el mejor cuento posible, uno que nunca se me habría ocurrido inventar. Pasó muy al principio, cuando nadie todavía era consciente de las ventajas de narrar ficción en la red, cuando nadie sospechaba que del otro lado de los monitores había lectores ávidos, y que esos lectores eran reales, que tenían un nombre y un apellido, que no eran solamente un seudónimo. En el preciso momento en que ocurrió esta anécdota supe que escribir en directo me iba a resultar vital y necesario.

*

Hay que viajar, entonces, a los tiempos en que empezaba tímidamente lo que después sería llamado «el fenómeno de los blogs», un furor que duraría unos seis o siete años. Yo escribía mi primera novela en directo y de forma anónima, disfrazado de un ama de casa mercedina de cincuenta y dos años, en la que imitaba un poco la voz de mi madre y recreaba como podía nostalgias felices de mi adolescencia.

Una noche, después de cenar, me llegó el mail de una desconocida llamada Montse. Me acuerdo con mucha claridad de ese correo, porque cuando iba por la mitad de su lectura me agarró un ataque de llanto, con hipos y pucheros, y no pude dejar de llorar durante un rato. Yo sabía, mientras lloraba, que la escena era patética: un gordo grandote moqueando frente a un monitor es peor que un gordo grandote mirando porno en un monitor. Las dos imágenes son humillantes, pero llorar tiene un plus femenino, una afrenta mayor.

Lloré, y lloré. No podía parar.

Un rato antes habíamos terminado la sobremesa y Cristina se había ido a acostar temprano porque ya no soportaba la panza de su embarazo. Era enero de 2004, invierno crudo en Barcelona. Yo estaba muy contento con mi nuevo juguete literario, que entonces se llamaba weblog y no blog, y me fui a la máquina a escribir un nuevo capítulo de la historia del ama de casa y su familia disfuncional. Publicaba como una bestia en ese tiempo: lunes, miércoles y viernes. Le daba al botón enviar justo a mitad de la madrugada española. En esas tres horas, entre la escritura y la publicación, yo cerraba los ojos y me transportaba a Mercedes, a mi ciudad natal, donde transcurría la historia. No tenía un plan ni una estructura narrativa; más que escribir, yo miraba en la pantalla una especie de película muda que me salía de los dedos. Me sorprendía la sensación de placer, de fiesta interna, que me generaba en el cuerpo estar

narrando en directo. Hasta entonces escribir me había resultado tortuoso; la literatura era una especie de ejercicio duro que había que alcanzar y después mantener. Yo creía que había que impostar un tono alto y meditado en el oficio de narrador; que había que demostrar una cierta inteligencia indulgente; que era fundamental no parecerse a nadie, incluso a costa de experimentar sin necesidad; que había que ser culto o, por lo menos, usar anteojos o polera negra. Demasiado trabajo. Esto de internet, en cambio, era más parecido a un hobby o a un deporte. Los lectores no pedían nada, no eran intelectuales, no formaban parte del círculo cerrado de las letras, ese grupo de gente que escribe y publica para colegas escritores. Este era un público real, fervoroso. Me sorprendía también que cada semana hubiese más y más lectores, y que se divirtieran y se emocionaran con el folletín. En esa época nadie sabía quién escribía la historia, y me resultaba excitante la cantidad de lectores que, desde la medianoche, esperaban la actualización de la trama. Allí nació el «pri», un grito de guerra en donde el lector que conseguía hacer el primer comentario dejaba su rúbrica de fidelidad.

Muchos ya sospechaban que los tres capítulos semanales del ama de casa no eran vivencias reales, pero otros todavía creían en la existencia verdadera de Mirta, la narradora. Para hacerlo más ambiguo, la protagonista tenía una dirección de correo electrónico a la que llegaban muchos mensajes privados, casi todos divertidos y cariñosos. Yo revisaba cada noche

esa casilla de mails y contestaba como si lo hiciera Mirta: «Gracias, corazón, un besote», o cosas por el estilo. Los lectores del folletín habían empezado a convertirse en una comunidad y llegaban de todas partes del mundo. Ninguno conocía la edad ni el nombre real de nadie, pero sí sus seudónimos de internet. A toda esa primera camada de alias prehistóricos les deberé siempre la energía inicial. Muchos de ellos, sospecho, tienen este número de la revista en sus manos y seguramente recordarán esta anécdota.

Resulta que uno de estos lectores más asiduo y participativo se hacía llamar Basdala. Dejaba siempre comentarios correctos y bien redactados, respetuosos, cálidos, y llamaba a la protagonista «mamá Mirta». Una tarde de finales de 2003 dejó un comentario que a mí me gustó mucho. Decía que las historias de los Bertotti eran como «un minué en un mundo de adagios». Ponderaba que se juntara tanta gente a leer una historia cotidiana, se decía contento de ser parte de una comunidad tan serena, donde no había «ni trolls ni malos rollos».

Como nadie sabía quién podía esconderse detrás de cada seudónimo, sospechábamos las edades y la residencia de cada lector por la forma de escribir de cada uno. Yo pensaba que Basdala era de procedencia española, por el uso de «malos rollos» u otros giros, y también creía que era un lector de mediana edad, pongamos unos treinta o cuarenta años. Me equivocaba. Mirta, la narradora del blog, se había encariñado mucho con él. Tanto que una vez lo

nombró en medio de una conversación con su hijo Caio: «Ay, nene, si fueras modosito como Basdala, que no tiene faltas de ortografía y además seguro que se baña». Basdala se sintió muy agradecido por ser mencionado en la obra. Eso pasó en noviembre.

Un mes después Basdala desapareció. Esa ausencia no se notó demasiado, porque los comentaristas y los lectores de los blogs iban y venían sin rumbo: todavía no había facebook ni twitter donde pudieran echar el ancla. Pasó un mes más, y la noche del 22 de enero de 2004 llegó un mail al correo de Mirta. Lo firmaba Montse, la hermana del lector Basdala. Después de un saludo frío, que daba a entender que escribía esa carta no porque quisiera, sino porque tenía la obligación de hacerlo, Montse decía:

«Mi hermano, Miguel Ángel, falleció el pasado dieciséis de diciembre de 2003 en el hospital Vall d'Hebron de Barcelona. Estaba muy enfermo del corazón, con problemas hereditarios. Había aguantado dos paros cardíacos, pero no pudo soportar el tercero. Murió a los dieciocho años recién cumplidos con una sonrisa en los labios, con sesenta y cuatro poemas nuevos y maravillosos, uno por día que estuvo ingresado, y con grandes obras a su paso. En su honor fue tocado el Réquiem de Mozart, su obra favorita, y se hizo una lectura de todas sus poesías completas en los días de luto de su colegio. Mi hermano sabía que iba a morir, y dejó varias cartas antes de irse, que fueron encontradas esta semana en su disco rígido. Una para mis padres, otra para mí, una

para su médico de cabecera al que quería mucho, otra para su novia, y en la última de esas cartas mencionaba tu página web y dejó anotado tu correo electrónico. Una de esas cartas era para ti, Mirta. La he adjuntado a este mail, porque he creído conveniente cumplir sus últimas voluntades».

Solo entonces vi que había un .txt adjunto al mail de Montse. Lo abrí temblando pero no lo pude leer enseguida. Ya había empezado a llorar a la mitad del mail de la hermana y las lágrimas no me dejaban hacer foco en la carta.

Entendí más de literatura en esos cinco minutos que en todos los años analógicos en los que había intentado escribir cuentos y novelas en la Olivetti. Un tal Miguel Ángel le había escrito una carta de despedida a una señora de Mercedes, provincia de Buenos Aires, sin saber que el verdadero autor del personaje vivía a siete cuadras del hospital donde agonizaba el lector. Jamás se me habría podido ocurrir una historia así, tan simple en su sinopsis, tan poética. El chico había muerto, sospeché, en medio de una paradoja literaria. Intenté imaginarlo en el hospital, leyendo el blog, dejando comentarios agradables siempre, felices y llenos de vida. Mensajes inteligentes que no parecían de su edad, ni tampoco los de un moribundo. Pensé en él, en Basdala, un chico del que no conocía el verdadero nombre mientras estuvo vivo; y pensé también en Miguel Ángel, su nombre real que conocía ahora que ya es-

taba muerto. Entre las seis cartas de despedida que había dejado antes de morir, una estaba destinada a un personaje de ficción. Esa fue la primera vez que entendí, de golpe, que escribir en directo, sin el proceso tradicional de la publicación en papel, sin la firma de un autor en la portada de un libro, podía devolvarte relatos increíbles; aunque no fueran tuyos.

Cuando me pude calmar un poco leí, por fin, la carta que Basdala le había dejado a Mirta Bertotti. La leí con la sensación espantosa de estar espiando la correspondencia de otro:

«¡Saludos, mamá Mirta! —había escrito el chico—. Cuando leas esto, mi pluma ya se habrá parado. Espero que te llegue pronto, he dejado esto como mensaje a mi hermana y mi familia. No sé si conseguirán encontrar todas las cartas, pero así lo espero. ¡Ay, voy a echar tanto de menos mi querido ordenador! ¿Sabes quién soy, verdad? Soy Basdala, quien una vez te llamó Minué. Un minué en un mundo de adagios... Eso es lo que eres, gordita. Y estoy completamente seguro de que lo seguirás siendo por mucho tiempo. ¡Seguro! Hace unas semanas que llegué del hospital. ¡Dieciocho años y ya he sobrevivido a un paro de corazón! Espero que mi madre tenga razón y nada pueda conmigo... Bueno, al grano. Mucha suerte y valor para seguir adelante en tu vida, Mirta. Recuerda que estaré contigo esté donde esté... porque pienso dar la lata bastantes años en este mundo. Aunque la verdad es que tengo miedo... Tengo tantas cosas que hacer. ¡Y tan poco tiem-

po! Quizás me queden tres meses. Hasta siempre, gordita. Cuídate y sé feliz. De alguien que te quiere y siempre te ha querido, desde el primer post. Basdala, un réquiem en un mundo de sueños».

*

Cristina se despertó por culpa de mi llanto y pensó que había muerto alguien de mi familia. Pero después, cuando ella también leyó la carta de Basdala, se puso igual de triste y lagrimeó.

El siguiente capítulo del folletín no fue una historia más sobre la familia Bertotti, sino una tristísima despedida de Mirta a uno de sus lectores más fieles. Me costó mucho escribir ese capítulo utilizando la voz femenina de siempre. Por un lado, debía seguir siendo la narradora y actuar como tal, pero por otra parte me transformaba en un personaje falso para hablar de una muerte verdadera. En un punto me pareció inmoral. Decidí entonces que fuéramos los dos, a cuatro manos, quienes diéramos la cara. Escribí muchas versiones de aquel capítulo, durante una noche larga y dolorosa. Fue la primera vez, en todo el folletín, en que perdí el estilo de Mirta, que ya era automático en mí, y se notó que atrás había alguien, un autor.

«Los vecinos más memoriosos —escribió Mirta esa noche— se acuerdan de una tarde en que Basdala me escribió uno de los piropos más lindos que me

han dicho: Mirta, eres un minué en un mundo de adagios. Yo estuve todo ese día contenta, firmando Mirta Bertot de Minuét. Basdala se llamaba Miguel Ángel, era un chico español al que el dieciséis de diciembre se le paró el corazón. Yo no lo supe hasta hace media hora: su hermana Montse me escribió para contármelo, y por supuesto no estoy para milongas en este momento. ‘Murió a los dieciocho años recién cumplidos con una sonrisa en sus labios’, me escribe Montse. Casi nunca existe relación entre quienes escribimos y quienes nos leen. Exceptuando a dos amistades personales mercedinas, no conozco de cara a ningún lector de este weblog. Pero siento una complicidad enorme jugando con ustedes, amigos a la distancia. Montse me contó que Basdala sabía que iba a morir, y que dejó varias cartas antes de irse, que fueron encontradas esta semana en su computadora. ‘Una era para ti’, me cuenta. Nunca creí, en toda mi vida de escribir historias, que la literatura pudiera depararle dolor verdadero a un personaje de ficción. Porque soy Mirta y estoy llorando. Abrí la carta de Basdala; la leí con una sensación muy rara en el cuerpo. No voy a quitar ni agregar una coma a sus palabras de despedida, que son pocas y están llenas de optimismo. Que cada uno de ustedes, corazones, se lleve lo que le toque de la carta que le dejó un amigo, antes de irse, a una señora que escribía para él en internet».

Dicho lo cual, Mirta publicó la carta de Basdala, y dio por finalizado el capítulo del día.

A la mañana siguiente había cientos de comentarios, todos escritos con pena y desconcierto. Los lectores se fueron contando anécdotas de Basdala, elogiaron su prosa, sintieron mucha pena por su edad. Algunos se sorprendieron al saber que era varón, porque siempre, a causa del seudónimo, lo habían creído mujer. Fue como un triste velorio virtual en el que nadie escribió en mayúsculas ni con signos de admiración.

Las charlas de lectores, durante los siguientes capítulos, fueron grises, filosóficas, y todas estuvieron teñidas por la certeza de la muerte. De a poco, empezó a darse un cambio monumental en la dinámica del grupo: aquellos cientos de comentaristas, que hasta entonces eran nada más que un puñado de alias, empezaron a decir públicamente sus nombres reales, a contar quiénes eran, a explicar en qué pueblo del mundo vivían. La muerte de Basdala los había conmocionado tanto que, como catarsis, tuvieron la necesidad de darse a conocer. Desde finales de enero y hasta mediados de febrero de 2004 muchos fueron levantando la mano: me llamo Carlos y vivo en Santo Domingo, tengo una hija, me gusta el jazz; mi nombre es Luisa, tengo sesenta y dos años, tres nietos; soy Ernestina, de Rosario, tengo veinte años y estudio derecho; me llamo Julio, soy uruguayo viviendo en Dublin, a veces me siento solo. Cada uno empezó a decirle hola a los demás, y a conversar de una manera distinta. En esa época fue que algunos empezaron a visitarse en sus casas, a convertirse

también en amigos físicos, a planear viajes juntos. Muchísimos inauguraron también su propio blog y dejaron de visitar a Mirta para convertirse en anfitriones. Ya no eran alias, ni sobrenombres, ni seudónimos. Ya nadie quiso llamarse Basdala nunca más: todos empezaron a querer ser Miguel Ángel.

A mí me pasó lo mismo. A finales de febrero abrí otro blog donde seguí escribiendo en directo. Le puse de nombre *Orsai*, pero debajo escribí, por primera vez, mi nombre y apellido reales.

*

Unos meses después de la carta póstuma de Basdala, o de Miguel Ángel, ya casi en el final del folletín de los Bertotti, recibí el correo de una madre valenciana, Alejandra, muy enojada conmigo. Me decía que su hija adolescente, de nombre Nery, se había enterado de la muerte de Basdala desde el blog, y «cayó en una profunda depresión, además de llevarse varios días llorando y sin querer comer nada». Parece que Nery había tenido un romance de verano con Basdala, y nunca lo había vuelto a ver hasta la noticia de su muerte.

Y aquí viene lo más raro del asunto: la madre también me decía en su correo que, para sorpresa de ambas (madre e hija), «vimos a Basdala el pasado fin de semana en un centro comercial, vivito y coleando». Y me echaba a mí la culpa de lo que ella creía una broma pesada.

Primero pensé en un inmenso malentendido. Quizá hubiera dos motes Basdala. Pero Alejandra me daba, además, el nombre y los apellidos del muerto que no estaba muerto. Y el nombre era Miguel Ángel. Demasiada coincidencia.

Esa fue la primera vez que dudé de la primera carta. No fue antes. Qué crédulos éramos todos en esos años. Hasta entonces la historia de la muerte de mi lector no había pasado nunca por el colador de la sospecha. Ahora, que casi todo en internet es hoax o fake hasta que se demuestre lo contrario, ahora no me hubiera tragado la primera carta de Montse sin investigar un poco. Pero era todo tan real en esa época... ¿Cómo iba a ser falsa una carta tan sentida? Y sobre todo, ¿cómo iba a hacerme llorar, a mí, una historia inventada, si en mi cabeza era yo, y solo yo, el que estaba capacitado para hacerme pasar por una señora y provocar el llanto de otros?

Con esta información que me dio Alejandra (sobre todo los apellidos de Miguel Ángel) hice una búsqueda simple en Google y descubrí que Basdala, nuestro Basdala, con su misma prosa diplomática y correcta, dejaba mensajes en docenas de foros y blogs con fechas muy posteriores a su muerte. Qué ingenuo soy, pensé enseguida, y qué genio él. Qué hijo de una gran puta.

Lo que más me gustó de la estrategia de Basdala es que había preparado la trampa con muchísimo cuidado, con increíble destreza literaria (el correo de Montse no se parece en nada a la redacción de la

carta póstuma del chico moribundo). Pero sobre todo lo admiré porque había hecho explotar esa bomba para hacerme caer solamente a mí, al mentiroso, al que se hacía pasar por una vieja de Mercedes. Y porque después de triunfar con su engaño no le hizo falta alardear ni darse a conocer, ni llamarme para demostrar supremacía, ni hacer uso del pito catalán. Le bastó con urdir la trama y retirarse anónimo. Eso es digno, pensé. Hay un valor agregado de nobleza en las victorias que no llevan firma. Y Basdala, o quién fuese, nunca había buscado la gloria personal.

Necesité con urgencia escribirle para mostrarle mi admiración. En la búsqueda de los datos encontré, con facilidad, su correo electrónico. Y le escribí allí mismo, en caliente, pensando que jamás respondería. Me equivoqué de nuevo: recibí su respuesta al instante. Basdala siempre, en toda la historia, pareció estar diez metros por delante.

Recibí su respuesta y supe que realmente escribía muy bien. De verdad tenía dieciocho años y se llamaba Miguel Ángel. Me dijo, con humildad y sin faltas de ortografía, que durante seis meses había creído que Mirta Bertotti era real. Que la llegó a querer mucho, como a una madre postiza, y que con el paso del tiempo y del surrealismo latente de las historias que ella contaba, descubrió que no había tal Mirta, que alguien lo había engañado, que un desconocido lo había hecho llorar con mentiras.

Me dijo que provoca una sensación horrible

creer en alguien, confiar en las palabras de alguien, y descubrir después que allí, donde había una casa, una familia, una madre, no había en realidad nada. Primero pensó en dejar de leer el blog, pero eso le pareció, me dijo, como perder seis meses de su vida sin beneficio. Y que por eso una tarde se le ocurrió la venganza y la puso en práctica.

Mantuvimos una buena charla, vía mail, durante toda la noche. Me despedí de él con reverencias y le di otra vez las gracias, porque me había regalado dos historias intensas, un drama y una comedia, que alguna vez usaría en alguno de mis cuentos. También lo felicité por jugar sus cartas en silencio:

—Si no hubiera sido por esa madre y esa hija que te vieron caminando por el centro comercial, yo nunca me habría enterado de nada —le dije—. Es muy loable que no hayas querido firmar tu obra.

Su respuesta fue también su último mail:

—Entonces —me dijo Basdala—, ¿también te has creído que existen Alejandra y Nery?

Gaussian blur

Estoy en San José de Costa Rica y llueve. Acabo de pedir un café y abro la portátil. De repente aparezco etiquetado en una foto de Facebook y pienso que se trata de un error, porque a primera vista no me veo en la imagen. Es nomás un segundo, menos de un segundo, hasta que entiendo. Me quedo mirando la foto con los ojos abiertos y sin pestañear; pasa un rato, después otro rato, y mi gesto sigue congelado.

Me defiendo de la inminencia con la inmovilidad ridícula de las liebres, que se quedan quietas en el medio de la ruta cuando ven venir un camión de frente. El camarero del hotel debe pensar que estoy viendo porno en tres dimensiones, un porno nuevo y genial, porque ni siquiera reacciono cuando llega con el café. Hago un esfuerzo tremendo para que no se me note ninguna reacción, porque estamos en un espacio público y no quiero que nadie me vea así.

El asunto es que desde que murió, en julio de 2008, esta es la primera vez que miro una foto de Roberto sin desenfocar los ojos. Puto Facebook y las etiquetas intrusivas. No hubo tiempo para armar el *gaussian blur*; no me lo esperaba.



Un segundo golpe me subraya el desconcierto. Yo creía conocer todas mis fotos familiares, pero esta no estuvo nunca en los álbumes de la infancia, ni en los portarretratos de la casa donde crecí. En la foto hay un cielo limpio de verano, con una nube inofensiva recortada por un edificio que recuerdo bien, frente a la playa más famosa de Mar del Plata.

¿Dónde había estado esa foto todo el tiempo? La respuesta es simple: en ninguna parte. Más tarde sabré que no es realmente una foto, sino una diapositiva. Mi abuelo Marcos hacía diapositivas y las guardaba en cajones que nadie vio desde su muerte.

Mi tía Ingrid decidió, este mes, digitalizarlas a todas antes de que el tiempo las volviera inservibles. Cuando encontró esta foto se la mandó por mail a mi mamá, y mi mamá la subió a su Facebook por la ma-

ñana de Argentina. Dos horas después estoy en este bar, con la guardia baja, pensando en cuánto nos gusta a los gordos el bufet libre de los hoteles, y entonces la imagen me asalta sin que me pueda defender.

Por eso estos párrafos, desordenados y sin estructura, se arman en mi cabeza contra toda lógica, y por eso me acuerdo instantáneamente de Fernando y de León. Y de otra foto marplatense. Pero eso será después, cuando el llanto haya arrasado. Ahora contengo las lágrimas y me dejo invadir por estas ideas inconexas. No las escribo, las veo pasar como vagones de un tren lechero.

Son frases sin gramática interna que se redactan solas y que pasaré en limpio un poco más tarde, en la habitación 1010, cuando ya no sea necesario fingir serenidad. Pero ahora estoy todavía en el bar y la foto ocupa tres cuartos del monitor, y la miro fijo. Y busco un mail que hace cinco años me mandó Fernando Luna. Busco ese mail como antídoto del llanto.

*

Antes de eso tengo que explicar que no es exacto que nunca he visto una foto de mi papá después de su muerte.

En realidad, cuando no hay más remedio entreveo alguna —en la entrada de la casa de mi hermana hay dos retratos—, pero antes de pasar a la cocina preparo muy bien el Photoshop mental y desenfoco los ojos a un sesenta y cinco por ciento. Si hay que

mirar fotos de Roberto, me digo, por lo menos que sea con filtro.

Ojo: no me da miedo verlo ni es que tema ponerme a hacer puchero. Es más parecido a una superstición. Una noche Dolina dijo algo en la radio que me quedó grabado. Dijo que en las fotos donde aparecen muertos queridos, los muertos saben que están muertos y te miran, desde el papel, con un gesto cómplice y triste, como diciendo «qué le vamos a hacer».

No sé si será verdad —en el fondo creo que sí— pero cuando andan dando vueltas fotos de Roberto las esquivo por las dudas. Es un artilugio cobarde, supongo, pero también es una forma de preservación. El mismo mecanismo me impidió, durante todos estos años, pisar la casa de Mercedes donde nací y en la que él murió.

Las muchas veces que fui a Argentina pasé de largo por casa, porque quiero mantener en la memoria otras imágenes de esas habitaciones, unas imágenes más inofensivas y cotidianas en las que nadie se muere en el sillón del comedor. No sabría qué hacer en esa casa, si la recorriera hoy, del mismo modo que ahora no sé qué hacer con esta foto de Facebook que se aparece sin preaviso en Costa Rica, cuando estoy tan sin filtro y todavía no desayuné.

Busco en Gmail el correo de Fernando, con desesperación, y no lo encuentro. Pero como sé qué día me lo envió, la asociación de ideas me lleva a un recuerdo peor.

Me acuerdo, esta vez sí con pánico, de otra foto que sé que existe y que no veré jamás, ni que me pongan un revolver en la cabeza. Cuando se murió Roberto, en julio de 2008, yo tenía las valijas hechas para viajar a Buenos Aires a presentar mi segundo libro.

Al conocer la noticia intenté adelantar el vuelo unos días pero fue imposible, por lo que no llegué a tiempo para estar en el velorio, ni tampoco en el entierro. Es raro decir no llegué a tiempo cuando el objetivo no es ver a tu padre vivo por última vez, sino verlo por primera vez muerto.

Chiri fue mi corresponsal de guerra. Él estaba en el cementerio de Mercedes y me llamó por teléfono a Barcelona. Me fue relatando todo, me dijo que había muchísima gente, que mi mamá se mantenía firme, y también me contó detalles del velorio, que la vigilia había durado una noche entera, etcétera. Fue una conversación telefónica extraña, porque hablamos como si fuéramos grandes.

Me acuerdo de eso y de casi nada más. No teníamos planeado hablar así; nadie tiene planeado hablar así. Por suerte —a veces la distancia sirve para algo— nunca vi por primera vez a mi padre muerto. Sin embargo una semana más tarde, cuando al final presenté mi libro, estaba mi tío Toto en la platea del teatro. Al terminar la charla se acercó, ojoso, porque la muerte de su hermano mayor lo había afectado, y me susurró en la oreja algo que me dejó sin palabras:

—Como no pudiste llegar al velorio —dijo—, le saqué una foto en el cajón. Estaba tranquilo, estaba en paz. No sé si quieres tener la foto ahora, o si la quieres después. Yo la tengo acá en el auto. Pedímelas cuando te parezca, yo te la guardo.

No se la pedí, ni entonces ni después. Pero desde aquel día el solo hecho de saber que existe esa imagen, y que además me está esperando en alguna parte, me hace sentir una zozobra parecida al vértigo. No hay *gaussian blur* que valga con esa imagen. Papelera de reciclaje urgente.

Prefiero esta que acaba de asaltarme en Facebook, donde hay un cielo y unas nubes y una Pepsi. Esta foto de cielo marplatense es nueva, además. Mucho más flamante que la foto de mi padre muerto. Es nueva, quiero decir, en un sentido muy amplio, porque yo nunca había visto, ni antes ni ahora, una imagen en la que estuviéramos los dos tan cerca, tan al principio de nuestra historia.

Puede ser enero o febrero de 1973, supongo, no más que eso, y mi papá me tiene en sus brazos. En la foto yo estoy a punto de cumplir dos años y nos estamos mirando. Él de frente, yo un poco de reajo. ¿Yo ya sé que es mi padre?, me pregunto, mientras se enfría el café de Costa Rica. Supongo que sí; a los dos años uno ya intuye relaciones intensas.

¿Y él ya sabe que soy su hijo, quiero decir, en el sentido más profundo y absoluto? Su sonrisa pareciera indicar que no. Todavía no sabe que nunca seré un buen tenista. No tiene la menor idea de que en el

futuro se quedará muchas noches en vela, sin saber a dónde estoy ni a qué hora volveré, si es que vuelvo. No sabe que un día me iré a vivir lejos y que no estaré cerca cuando se muera. Es verano, es Mar del Plata, no tiene por qué saber nada de eso.

¿Qué sabe de mí, entonces? ¿Qué quiere de mí esa tarde? ¿Fantasea, en ese momento, en cómo serán nuestras charlas del futuro, como yo pienso en mis charlas futuras con Nina? ¿Entiende, o por lo menos se imagina, que mi mano derecha, regordeta y flexible, ya está en posición dactilográfica? ¿Sabe ya que escribiré a veces sobre él, cuando crezca, y que cuando se muera tardaré cinco años en llorarlo de verdad, y que lo haré en un hotel de Costa Rica y no en su entierro, ni siquiera en nuestra casa, a la que no puedo volver?

El tren lechero de las preguntas pasa veloz por encima de la mesa y hace que tiemblen todas las cucharas. No soy yo quien llora, todavía, es un tren sin ventanillas y nocturno que se percibe más de lo que se ve. Por eso nunca he querido ver sus fotos ni entrar de nuevo al comedor de casa. Porque no me gustan las preguntas que aparecen cuando estoy con la guardia baja.

¿Qué pensará el camarero costarricense al ver a un gordo que empieza a llorar en silencio mientras mira porno en tres dimensiones? Trato de calmarme, pero no puedo. Ahora pienso que voy a cumplir dos años en la foto, pero me llama más la atención su edad que la mía. Roberto está a punto de cumplir

veintinueve, tiene catorce menos que yo ahora. Es un chico joven con su primer hijo en brazos. Conozco esa sensación, la de tener a tu primer hijo en brazos y creer en la eternidad.

Tengo que llorar. Alguna vez tenía que hacerlo, pienso, lo jodido es que sea en Costa Rica, tan lejos de todo, y que haya una pareja de holandeses viejos mirándome de reojo. Lo jodido es que se me haya cerrado el estómago justo en un bufet libre. Ojalá sea verdad que Facebook quiebra en dos o tres años. No era acá, ni ahora, donde había que llorar.

Había que llorar la noche que llamó mi hermana para avisar que Roberto se había muerto, pero no pude. Yo estaba jugando con Nina y con Cristina en el estudio de casa. Las ventanas del verano estaban abiertas. Cuando supe lo que estaba pasando mi primera reacción fue hacerle señas a Cris para que se llevara a Nina a otra parte. En ese momento tuve miedo de quebrarme y que ella, con cuatro años, se asustara. Ese llanto no resuelto me duró media década.

También lo postergué una semana más tarde, la noche de la presentación del libro, en Buenos Aires, cuando salimos con Chiri al escenario y Roberto no estaba en la primera fila. Pasó algo más esa noche, un rato después de que mi tío Toto me ofreciera la fotografía que nunca acepté. En un momento, antes de empezar a firmar libros en el hall del teatro, Fernando Luna me llamó aparte. Fernando es un viejo amigo de Mercedes que había ido a ver la presentación del libro. Pero tengo que contar algo antes, por

eso digo que estos párrafos no tienen estructura ni lógica.

*

Tengo que contar que hace muchos años, en 1993, yo trabajaba en una revista de Mercedes y viajé a Mar del Plata a hacerle una entrevista a Fernando Luna. Él hacía un programa de televisión, muy visto en la ciudad, en donde interceptaba mercedinos en la playa y les hacía notas.

Su esposa era la camarógrafa, y sus hijos los tirables. Fernando tenía dos hijos. El menor, León, había cumplido o estaba por cumplir diez años. Esos días que estuve con la familia Luna en la costa pude ver de cerca la relación de Fernando con su hijo: tenían una complicidad brutal, sobre todo en temas futbolísticos, y los dos me hicieron acordar a la mía con Roberto.

Una mañana Fernando me estaba contando, para el reportaje que yo le hacía, que había ido con León a ver un Boca-Independiente por la copa de verano, y que se perdieron con el auto, se pasaron de la cancha y llegaron para el segundo tiempo, cuando Independiente ya ganaba uno a cero. Después hubo un gol de Boca y lo anularon.

«No sabés qué bronca», me decía Fernando, «nos perdimos el primer gol y el único que sí pudimos ver ni siquiera fue gol... Había un tipo que puteaba en la platea, que le tiró una botella al árbitro, ¿te

acordás, León?». Y entonces León lo miró y le dijo, muy serio: «Eras vos, papá».

Me acuerdo de muchos pimpones verbales así entre los dos, como si los hubieran planeado de antemano. Y yo pensaba que si esos pasos de comedia eran espontáneos estaba muy bien, pero que si los habían preparado para hacerme reír, entonces era todavía mejor.

Un tiempo después, creo que un año más tarde, León murió de repente, a los once años, de una enfermedad fulminante. Yo vivía en Buenos Aires y el que me avisó de la desgracia fue mi papá, por teléfono. Esa mañana, cuando colgué, lloré de una manera descomunal, muy parecida a la de Costa Rica. Me dio un ataque de espasmos cortos, como hipos gigantes, y creí que no iba a parar nunca. El modo en que Roberto me dio la noticia por teléfono fue demoledora; la causa del llanto fue esa. No dijo nada especial, porque era muy tímido para las situaciones graves, pero había algo en su voz que intentaba decir: «Estoy asustado», había una inflexión en el teléfono que decía: «Nunca me hagas eso».

Pasó otro año, y con Fernando Luna fundamos un periódico en Mercedes que se llamó *El Domingo*. Charlamos mucho en esa época, y un día me contó que la foto que está en la tumba de León la había sacado yo, aquellos días en Mar del Plata. Y me preguntó si quería ir a verla. Le dije que no, aunque recordaba la foto perfectamente. Es una donde León está con una cámara VHS, filmándome mientras yo

lo fotografió. Fernando también me dijo, esa tarde, que podían cicatrizar ciertas heridas menores después de la muerte de un hijo, pero que nunca se podía volver a ser feliz.

*

Hacía muchos años que no veía a Fernando, cuando lo vi aparecer en el hall del teatro esa noche de 2008, una semana después de la muerte de Roberto. Me llamó aparte. Sospeché que me daría el pésame, como ya habían hecho otros mercedinos durante esos días, pero solamente me saludó y me dijo: «Esta mañana te mandé un mail, ¿lo leíste?». Le dije que no, que había estado todo el día de un lado para el otro. Y me dijo: «Leélo.»

Releer ese mail, que es una especie de foto verbal, me serviría mucho tiempo después, en una habitación de Costa Rica, para calmar el borbotón:

«La semana pasada —me decía Fernando en el correo, con fecha 16 de julio de 2008—, yo salía de lo de Magadán con un CD de Sabina y me crucé a la librería Chelén para ver si ya había llegado tu libro, y en el cordón de la vereda estaba tu viejo con tu libro en la mano. El tipo estaba mirando la vidriera, porque Andrecito Monferrand había puesto un montón de libros tuyos apilados, como si fueran best-seller. Un día Nina va a ser grande y vas a entender mejor esto que te cuento. Te lo escribo y se me pone la piel

de gallina como si estuviera en la Bombonera. Nos pusimos a hablar, con tu viejo, me dijo que Chichita me estaba buscando para ver si yo quería venir a la presentación en la Combi, y en un momento se hizo un silencio. Ahora me doy cuenta de que yo quise decirle algo y no encontré las palabras. Yo quería decirle que siempre te vi como un gordito terrible. Yo quería decirle que siento un placer enorme cuando en Boca aparece un jugador nuevo y en la tercera jugada vaticino: “¡este va a ser un crack, este en Boca la va a romper!”. Me pasó con Riquelme, con Bati y con Mársico. Y hace unos años con tu hijo. Eso le quise decir, pero no le dije nada. Igual él debe haber entendido algo, porque las personas también somos instinto, por eso me miró a los ojos, como hacía tu viejo, medio de costado, y me dijo: “Bueno, nos encontramos allá en el teatro y charlamos”. Créeme que nunca hablé tanto con él de cosas importantes. Esa noche (y esto lo sé ahora que creo en Dios y que no tengo hijo que escriba libros, porque el mío se fue antes) confirmé que tu viejo era un gran tipo, y eso, gordo, es mucho más difícil que escribir libros. Cuando me fui él se quedó ahí, enfrente de la plaza, con tu libro en la mano y mirando la vidriera. Al otro día me dieron la noticia y no lo podía creer. Te lo tenía que contar porque es la verdad, no es una frase... Lo hiciste feliz hasta el último día de su vida, no sabés cómo estaba ese hombre ahí parado, mirando tus libros».

Era eso. Había que llorar. Y llorar hace bien.

En esta habitación de Costa Rica, cuando por fin llega la calma, cuando ya no queda agua en la represa que ha estado contenida cinco años, y cuando terminan de pasar —por fin— los vagones del tren lechero a la velocidad de la luz, entiendo que la foto entre Roberto y yo, la de Mar del Plata, es la primera de una historia que duró casi cuarenta años. La quiero elegir como la primera.

Y elijo como la última foto de esa historia la que me regaló sin querer Fernando en ese mail, la que me sirve ahora para cerrar el duelo. Desde hoy, supongo, podré mirar a mi viejo otra vez de frente, sin desenfocar los ojos.



El PDF de este libro fue liberado por su propio autor y lo descargaste de internet sin cometer ningún delito. Si su lectura te hizo sonreír o emocionar, pensá que podría ser un buen regalo para alguien (y queda feo regalar un PDF para un cumpleaños). Podés comprar este libro en papel desde **hernancasciari.com** y el autor te lo enviará a la dirección que indiques, dedicado con fingido cariño.

+ de esta colección

01

Charlas con
mi hemisferio
derecho
Cuentos



02

El pibe que
arruinaba
las fotos
Novela



03

Más respeto
que soy tu
madre
Novela



04

España
decí
alpiste
Cuentos



05

El nuevo
paraíso de
los tontos
Cuentos



06

Messi es
un perro y
otros cuentos
Cuentos



07

El mejor
infarto de
mi vida
Cuentos



«Cada vez que subo las escaleras del Camp Nou y de pronto veo el fulgor del pasto iluminado, en ese momento que siempre nos recuerda a la infancia, digo lo mismo para mis adentros: **hay que tener mucha suerte para que te guste mucho un deporte y te toque ser contemporáneo de su mejor versión.** Tengo nostalgia del presente cada vez que juega Messi. Soy hincha fanático de este lugar en el mundo y de este tiempo histórico».

Los **dieciocho relatos** que componen este libro fueron escritos entre los mundiales de Sudáfrica 2010 y Brasil 2014. No todos tienen que ver con el fútbol, pero los atraviesa una sensación alarmante: la felicidad es tan efímera y vergonzosa como el festejo del delantero que grita el gol sin saber que, a sus espaldas, el juez de línea ha levantado el banderín.

Messi es un perro y otros cuentos es el cuarto libro de relatos de Hernán Casciari, escrito con los borradores a la vista del lector.



9 788415 525097

EditorialOrsai.com
Facebook.com/EditorialOrsai
Twitter.com/@EditorialOrsai
EditorialOrsai@gmail.com
casciari@gmail.com